

NADIE SE SALVA SOLO: LA COMUNIDAD SE ORGANIZA PARA DAR RESPUESTA

Las adicciones en el contexto de una cultura
del consumo y del descarte

Pablo Viola
Santiago Vargas
(Coords.)



Pablo Viola
Santiago Vargas
(Coords.)

NADIE SE SALVA SOLO:
LA COMUNIDAD SE ORGANIZA
PARA DAR RESPUESTA

Las adicciones en el contexto de una cultura
del consumo y del descarte

Nadie se salva solo : la comunidad se organiza para dar respuesta : las adicciones en el contexto de una cultura del consumo y del descarte / Nicolás Angelotti ... [et al.] ; Coordinación general de Pablo César Viola ; Santiago Vargas. - 1a ed. - Córdoba : EDUCC - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, 2025.
Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-626-664-2

1. Adicciones. 2. Prevención de Adicciones. I. Angelotti, Nicolás II. Viola, Pablo César, coord. III. Vargas, Santiago , coord.
CDD 362.293

De la presente edición:
Copyright © by Educc - Editorial de la Universidad Católica de Córdoba

Diseño de interior: Gabriela Callado
Arte de tapa: Gabriela Callado
Fotografía de tapa: Bigstock

ISBN: 978-987-626-664-2



La presente obra se publica bajo los términos y condiciones de la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar.



Obispo Trejo 323. X5000IYG
Córdoba. República Argentina
educc@ucc.edu.ar - libros.ucc.edu.ar

ÍNDICE

Génesis y propósito de esta obra	5
Prólogo, <i>por José María “Pepe” Di Paola</i>	7
Agradecimientos	10
Discurso de apertura del “1er Congreso Arquidiocesano de la Pastoral de Adicciones” CAPAC 2025	11
La comunidad se organiza para dar respuesta, nadie se salva solo, <i>por Pablo Cesar Viola</i>	11
Discurso inaugural, <i>por Cardenal Ángel Sixto Rossi S.J.</i>	17
SECCIÓN I	19
La mirada pastoral: adicciones y complejidad, <i>por Carlos Olivero</i>	19
I.1. El polo de la oferta: la instauración de otra ley	19
I.2. El polo de la demanda: el malestar en la cultura	21
SECCIÓN II	24
Comunidades que se organizan: experiencias de trabajos subsidiados	24
II.1 Experiencia de la parroquia San José, <i>por Nicolás Angelotti</i>	24
II.2 Políticas de subsidiariedad situada, <i>por Paulo Cassinerio</i>	27
II.3 La doctrina social y el principio de subsidiariedad, <i>por Juan Álvarez</i>	29
II.4 Acompañar y financiar lo que ya funciona, <i>por María Migliore</i>	32
SECCIÓN III	34
Estrategias de prevención	34
III.1 Las tres “C”: un modelo de prevención frente a la crisis actual, <i>por Matías Dalle Fontana</i>	34
III.2 La cuarta “C”: Comunidad, el eje de la prevención, <i>por Marcos Muíño</i>	39
III.3 La capilla, <i>por Diego Delvecchio</i>	42
III.4 El colegio, <i>por Patricio Bolton</i>	44
III.5 Proyecto educativo San José, <i>por Katherine Crichigno</i>	47
III.6 El club en el barrio, <i>por Miguel Viola</i>	50

III.7 Unión de Clubes Parroquiales, <i>por Juan Manuel Gauna</i>	51
III.8 La familia como parte de la solución: un enfoque desde el Hogar de Cristo, <i>por Florencia Boneu</i>	53
SECCIÓN IV	57
Estrategias de asistencia: distintas respuestas ante la problemática del consumo	57
IV.1 Nuestra historia, recibir la vida como viene, <i>por Pablo Vidal</i>	57
IV.2 Madre de la Esquina, <i>por Ana Campoli</i>	59
IV.3 Fazenda de la Esperanza, <i>por Sara Victoria Maidana</i>	63
IV.4 Parroquia Crucifixión del Señor, <i>por Mariano Oberlin</i>	66
IV.5 Casas convivenciales: una experiencia para recibir la vida como viene, <i>por María Elena Acosta</i>	69
IV.6 Ningún pibe nace malo, <i>por Christian Gianera</i>	71
IV.7 ¿Residencial o convivencial? Dos formas de entender la manera de recibir, <i>por Santiago Emanuel Vargas</i>	75
IV.8 Situación de calle. Experiencias que abrazan, <i>por Claudio Rover</i>	79
IV.9 Salir de la calle, <i>por Gaston Garay</i>	80
IV.10 La espiritualidad en los procesos de recuperación, <i>por Fernando Cervera</i>	83
IV.11 Esperanza y misericordia, la puerta de entrada al centro barrial, <i>por Marisa Loser</i>	86
IV.12 El rol del profesional atravesado por los núcleos identitarios del Hogar de Cristo, <i>por Constanza Restelli</i>	90
IV.13 Falta o defensa dos formas de abordaje, <i>por Valentín Viglianco</i>	92
SECCIÓN V	94
Estado eficiente y comunidad organizada o narcotráfico	94
V.1 Comunidad organizada o la ley del narcotráfico, <i>por Fabián Belay</i>	94
V.2 Estado y comunidad organizada o narcotráfico, <i>por Melchor López</i>	97
V.3 Construyendo Oportunidades, <i>por Liliana Montero</i>	102
V.4 Acompañar cuerpo a cuerpo en las cárceles, <i>por Liliana Come</i>	105
V.5 Las cooperativas: una respuesta ante el descarte, <i>por Hugo Vidal Fernández</i>	107
V.6 Nos dimos cuenta de que el vínculo era fundamental, <i>por Florencia Boneu</i>	109
V.7 ¿Reinserción social o comunidad organizada?, <i>por Gastón Fabián Heredia</i>	111

GÉNESIS Y PROPÓSITO DE ESTA OBRA

Este volumen nació de la profunda convicción y el fructífero diálogo generado en el marco del Primer Congreso Arquidiocesano de la Pastoral de Adicciones (CA-PAC 2025). Alejándose de la estructura de las actas de congreso, esta obra se erige como una propuesta de pensamiento independiente. Destila las reflexiones, los diagnósticos y las experiencias allí compartidas para consolidarse como una herramienta práctica y esencial que dé continuidad al trabajo iniciado.

La tesis central que articula este libro se originó en la convocatoria del congreso, el cual buscó abordar la compleja problemática de las adicciones, entendiéndose no como un problema meramente individual, sino como el síntoma de una “enfermedad del organismo social y colectivo” enmarcada en la actual “cultura del consumo y del descarte” y una “crisis del compromiso comunitario”. Desde esta perspectiva, el objetivo primordial fue trascender el “exceso de diagnóstico” para indagar en las causas profundas e impulsar una “conversión social y profundamente colectiva” que transforme valores y paradigmas culturales.

Este libro presenta una selección y estructuración temática de los principales paneles y ponencias que conforman el cuerpo de la discusión. La base de los capítulos proviene de transcripciones de las sesiones que fueron grabadas. Sin embargo, para garantizar la coherencia y la calidad de una obra escrita, estos textos han sido revisados y corregidos rigurosamente. Es importante señalar que, debido a la complejidad intrínseca de convertir el lenguaje oral a escrito, se omitió de manera intencional la inclusión de ciertos discursos cuyo formato en video dificulta la transcripción fidedigna y cuya riqueza se habría perdido al intentar plasmarlos textualmente. Con el fin de facilitar la lectura y la óptima comprensión del volumen, se han tomado ciertas licencias editoriales para modificar y optimizar fragmentos del material original, asegurando la máxima claridad sin alterar el sentido profundo de las ponencias. Pedimos disculpas por omitir textos de un gran valor y riqueza.

Para construir una respuesta integral y coherente al fenómeno de las adicciones, el presente volumen ha sido estructurado en torno a **cinco ejes temáticos** interconectados que guían al lector desde el análisis profundo hasta la acción concreta.

1. El recorrido inicia con **“La mirada pastoral: adicciones y complejidad”**. Este primer segmento sienta las bases conceptuales, abordando la problemática desde una perspectiva amplia que no se limita a lo individual. Aquí se analizan los polos de la oferta y la demanda, examinando cómo factores estructurales, tales como la debilidad estatal y la cultura del consumo, ejercen una influencia determinante en la expansión del fenómeno adictivo.
2. A partir de este diagnóstico, la obra se dirige hacia las soluciones impulsadas desde la base con el eje **“Comunidades que se organizan: experiencias de trabajos subsidiados”**. Este apartado se centra en el análisis de las alianzas y colaboraciones entre instituciones, la sociedad civil y el Estado, destacando el valor de la subsidiariedad para articular respuestas concretas y efectivas en el territorio.
3. La discusión se profundiza en las estrategias de acción mediante dos secciones cruciales. La primera, **“Estrategias de prevención”**, explora los enfoques destinados a la construcción de entornos protectores y el fortalecimiento de las comunidades frente a la vulnerabilidad.
4. La segunda, **“Estrategias de asistencia”**, se concentra en los modelos de acompañamiento, recuperación y reinserción, haciendo énfasis en la necesidad imperiosa de una atención integral y profundamente humanizada.
5. Por último, el libro culmina con **“Políticas públicas integrales”**. Este espacio se dedica a debatir el rol crucial del Estado y la sociedad en la creación de marcos normativos y acciones coordinadas que aseguren respuestas sostenibles y equitativas a largo plazo.

De este modo, al ofrecer una visión que transita desde la comprensión teológica y sociológica hasta la implementación de programas de prevención y asistencia, se espera que este compendio sea una herramienta de consulta valiosa y un recurso inspirador para profesionales, investigadores y miembros de la sociedad civil comprometidos en la lucha contra las adicciones.

PRÓLOGO

LUGARES DE ESPERANZA

Nuestro horizonte como Hogar de Cristo es siempre dar esperanza al hermano con un abrazo y desde allí parte esta estrategia que nos caracteriza en la territorialidad e integralidad de nuestra tarea. “Territorialidad” e “integralidad” son dos palabras importantes en las que conviene detenerse. La primera indica un área específica donde vivimos y, por lo tanto, trabajamos, caracterizada por un entorno humano incluso antes que uno social y económico y donde las necesidades emergen, son visibles y desafían la iniciativa de una comunidad. En este sentido es justo repetir las palabras que el papa León XIV dirigió hace unos días justo sobre el tema de las dependencias: “Hay que comprometerse cada vez más, y de manera coordinada, en una labor de prevención que se traduzca en una intervención de la comunidad en su conjunto”.¹

La segunda palabra, “integralidad”, define el horizonte de este desafío, que debe ser total, es decir, dirigido a la persona en su fisonomía concreta. Porque las personas mantienen “una profunda sed de vivir” que debe ser acompañada con responsabilidad y esperanza.

Después de celebrar los diecisiete años desde que el papa Francisco diera el puntapié inicial a nuestra propuesta han surgido casas de acogida en los centros barriales que están enclavados en las periferias de la patria. Justamente decía Francisco que “se reconoce nuevamente que la realidad se ve mejor desde los márgenes y que los pobres son sujetos de una inteligencia específica, indispensable para la Iglesia y la humanidad”.

Este hacer en favor de los adictos se nutre siempre de la oración, de la reflexión, del estudio y de la escucha. Por eso celebramos de una manera especial esta propues-

¹ VII Conferencia Nacional sobre Adicciones, Roma, Italia, 7 y 8 de noviembre de 2025.

ta del padre Pablo Viola y su equipo de profundizar en la reflexión que siempre nos ayuda a alumbrar dando mayor eficacia a la tarea y a la visibilidad de este concepto que surgió por primera vez desde una parroquia popular en las villas de Buenos Aires.

Este congreso tiene la particularidad de ir al centro de la mirada que se convierte en estrategia, que es ir al centro de nuestro planteo. El ámbito donde nos realizamos es la comunidad y, por lo tanto, el espacio donde nos “recuperamos” es la comunidad. La comunidad organizada ayuda a cada persona a realizarse, por lo tanto el congreso nos hace ver cómo el que padece la adicción encuentra allí su recuperación. La comunidad organizada hace que cada persona e institución pueda sentir que frente a la problemática de las adicciones y de las dependencias no debe mirar hacia otro lado, sino que debe abrazar y hacerse cargo de esos hermanos. Con las palabras de la reciente exhortación apostólica *Dilexit te* podemos decir que es deber de todos “Acoger, proteger, promover e integrar como una ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la construcción de una sociedad más justa, una democracia más plena, un país más solidario, un mundo más fraterno y una comunidad cristiana más abierta”.

Cada institución entiende que debe reformularse de modo permanente para no abandonar su objetivo primero; de esta manera será una pieza clave en la prevención y la recuperación. La realidad de las adicciones nos ayuda a no detenernos. Vale en este punto recordar una vez más lo que escribe el papa León XIV en continuidad con su predecesor Francisco, Jorge Mario Bergoglio, para todos nosotros: “Cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos”. Además, “fácilmente terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infecundas o con discursos vacíos”. El eco de su predecesor es fuerte y, por otra parte, el papa León quiso completar abiertamente lo que Francisco había dejado inconcluso antes de su muerte.

Desde allí es que en vez de preguntarse cómo derivó este problema, la primera pregunta es qué puedo hacer yo, qué podemos hacer como institución. Es verdad: “Cada renovación eclesial ha tenido siempre como prioridad la atención preferencial por los pobres, que se diferencia, tanto en las motivaciones como en el estilo, de las actividades de cualquier otra organización humanitaria”.

Los barrios populares tienen muchas necesidades, pero tienen una fortaleza que surge de su misma vulnerabilidad, o sea, están más abiertos a la ayuda y a tejer redes para el bienestar del otro, de la comunidad.

Sin duda, el andar del padre Pablo en esos barrios populares cordobeses como un vecino más y como pastor de la comunidad hace que experimente en lo cotidiano esta situación, y en este congreso se plasme en una propuesta de reflexión y que invita a la ocasión siguiendo este paradigma de comunidad organizada.

José María “Pepe” di Paola²

² Fundador y referente de Hogar de Cristo.

AGRADECIMIENTOS

El Equipo de Pastoral de Adicciones Arquidiocesano y el equipo editorial de esta obra desean expresar su profundo y afectuoso agradecimiento a todas las personas e instituciones cuya labor, generosidad y compromiso fueron esenciales para la concepción y publicación de este volumen.

Nuestro primer y especial agradecimiento se dirige al cardenal Ángel Rossi, arzobispo de Córdoba, por su valiosa guía pastoral y por las palabras inaugurales que sentaron la visión y el espíritu que permean cada página de este libro.

Extendemos también nuestro reconocimiento particular al P. Andrés Aguerre S.J., rector de la Universidad Católica de Córdoba, y a su institución, por el generoso apoyo y la facilitación del espacio donde se gestó el diálogo fundacional que dio origen a este material.

Nuestro agradecimiento más sincero es para los panelistas y colaboradores que dedicaron su tiempo, saberes y experiencias para dotar de contenido y profundidad a cada capítulo. Sus valiosos aportes fueron esenciales para trascender el mero diagnóstico y cimentar la misión de acompañamiento que este libro busca impulsar.

Por último, y con mucho afecto, agradecemos a todas las personas que participaron. Su compromiso, plasmado en el espíritu de este volumen, es el motor que nos impulsa a seguir buscando respuestas para construir una comunidad organizada que dé respuesta. Es en la acción colectiva y en la difusión de este conocimiento donde reside nuestra verdadera esperanza.

DISCURSO DE APERTURA DEL “1^{ER} CONGRESO
ARQUIDIOCESANO DE LA PASTORAL
DE ADICCIONES”
CAPAC 2025

*La comunidad se organiza para dar respuesta,
nadie se salva solo*

Pablo Cesar Viola³

En primer lugar, quiero darles la bienvenida a este primer congreso CAPAC 2025. Es para nosotros un honor tenerlos aquí para abordar juntos la realidad, que nos impacta de lleno a todos y nos desafía a buscar y reconocer caminos de esperanza para nuestro pueblo, a saber: “Las adicciones en el contexto de una cultura del consumo y del descarte”, en el decir de nuestro querido papa Francisco en EG:⁴ en este tiempo, de “la crisis del compromiso comunitario” (EG, capítulo 2).

De modo muy simple quiero compartirles algunas convicciones que guían este congreso:

- La primera es que la adicción es un síntoma, junto con otros (narcotráfico, delincuencia juvenil, violencia, etc.), de causas profundas y que tienen que ver con un estado de enfermedad del organismo social y colectivo.

En este último tiempo, he estado recordando mucho algo que hacía mi madre cuando nos sentíamos mal, nos dolía la cabeza o estábamos pálidos: con una mano nos tocaba la frente y con la otra tocaba su frente. De este modo ella sabía si teníamos fiebre o no. No era médica ni enfermera, pero la experiencia le había dado la

³ Presbítero. Asesor de la pastoral de adicciones arquidiocesana y párroco de la parroquia Jesucristo Salvador del Mundo, Barrio Comercial.

⁴ *Exhortación Apostólica Evangelii gaudium*, papa Francisco, 2013.

capacidad de reconocer un síntoma (la fiebre) y definir los primeros auxilios que eran necesarios hasta tanto se viera la evolución del paciente. Si con el paso de las horas no había mejoras, se llamaba al médico para que interviniera y nos ayudara. El médico venía y daba un diagnóstico. De este modo, podíamos dar con una descripción de lo que nos pasaba y comprendíamos que la fiebre era un síntoma de una gripe o de cualquier otra enfermedad que estaba afectando al organismo. Pero con eso no alcanzaba, sino que había que trabajar sobre las causas a la vez que aliviar la fiebre o el dolor. Entonces se disponía todo en la casa para llevar adelante las indicaciones del médico: reposo (esto afectaba a los demás hermanos que dormían en la misma pieza), medicación, alimentación (verdurita), se llamaba a la escuela para avisar que el alumno no iba a asistir por unos días (la maestra mandaba la tarea con alguno de los otros hermanos que iban a la misma institución), etc. Esto nos hizo aprender algunas cosas:

1. Que mamá podía darse cuenta de los síntomas porque estaba atenta y ocupada en nosotros (principio del amor) y porque vivía en la misma casa, habitaba los mismos espacios que nosotros (principio de cercanía).
2. Que, además, tenía una cierta expertís para comprender la situación y abordarla, propia de sus años y del conocimiento que otros le habían transmitido. Seguramente la abuela Laly había hecho lo mismo con ella (principio de sabiduría popular).
3. Sabiduría que estaba ligada de manera necesaria a reconocer que los síntomas son manifestación de otra cosa que los produce (principio de causalidad).
4. Que conocer y trabajar sobre esas causas implica dejarse ayudar por otros, como el médico (principio de solidaridad o de comunidad).
5. Que no alcanza con saber qué los produce, hay que trabajar sobre esas causas que los producen, y esto comprometía a toda la familia (principio de la acción colectiva). Diría Francisco: “Hoy suele hablarse de un ‘exceso de diagnóstico’ que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables” (EG 50).

De manera llamativa, en el ámbito de la vida social, de la economía, de la política, de lo religioso, etc., nos cuesta este modelo de abordaje familiar. En general, nos quedamos bajando la fiebre para mantener contento al paciente y no advertimos que las causas se van profundizando. Hablamos de “fenómenos” como si fueran

cosas que suceden de modo inexplicable y nos ponemos a luchar contra los efectos: el fenómeno de la delincuencia juvenil, del consumo, etc. Así, mientras el dedo apunta a la luna, miramos el dedo. Ejemplo claro de esto es el debate sobre la baja de imputabilidad de los adolescentes: se buscan respuestas viscerales y desde la bronca, pero no se abre un diálogo sincero y honesto sobre las causas por las que nuestros adolescentes, nuestros hijos, hermanos, nietos, etc., caen en las adicciones, en las redes del narcotráfico, en la delincuencia, y tantas otras cosas.

Plantearnos las causas sería lo más lógico, pero ¿por qué no lo hacemos? Quizá la respuesta sea: porque hacerlo sería caer en la cuenta de que hace falta cambiar los valores y principios desde los que estamos construyendo la vida y, por lo tanto, tenemos que cambiar el modo de vida o los paradigmas culturales. En términos espirituales, esto sería una conversión; en términos sociales, una revolución. Nos dice Francisco, citando a Juan Pablo II, en *Laudato si'* (de la que hace poco se cumplieron diez años): “Toda pretensión de cuidar y mejorar el mundo supone cambios profundos en ‘estilos de vida, en los modelos de producción y de consumo, en las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad’ (LS 5). Valores y principios que a su vez son las causas de lo que nos pasa. De este modo, llegamos a una conclusión: nos hace falta una conversión social y colectiva profunda. Si leemos a Francisco y sus mensajes, reconocemos algunas insistencias tuyas que nos pueden ayudar a señalar al menos tres virus, que actúan de modo disgregador y atomizante en el organismo social, y que son los que enferman la vida del mundo y de los pueblos: “la idolatría del dinero”, “el consumo y el descarte como estilo de vida” y “la tecnología sin verdad”.

En la misma *Laudato si'* Francisco señala algunos ejes que pueden guiar este proceso de conversión o revolución que necesitamos: “La íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la convicción de que el mundo todo está conectado, la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada creatura, el sentido humano de la ecología, la necesidad de debates sinceros y honestos, la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida” (LS 16).

- La segunda convicción que acompaña este congreso es que el proceso de sanación no es individual, sino de todo el organismo social, es un proceso colectivo. Es la convicción de que debemos actuar como una comunidad organizada, porque como dijo Francisco, “Nadie se salva solo”.

La Iglesia, que es madre, también es capaz de detectar los síntomas de nuestra época porque convive con ellos en los barrios de nuestra patria, y no solo aquí, sino en todo el mundo. Porque la Iglesia toca de cerca las frentes de toda la humanidad, incluso ella misma lleva en su propio cuerpo las heridas y los síntomas de nuestra época. Siempre cuento la anécdota del muchacho que entró a robar las imágenes de la Iglesia: hacía una semana que yo había llegado a la parroquia en la que estoy, arrepentido vino a devolverlas, y lo vi; al abordarlo me contestó que se había querido robar a Dios. Venía de gira y quería seguir vendiendo alguno de los santitos de la parroquia. Ese día comprendí que la realidad puede entrar por la puerta en nuestras instituciones o puede entrar en medio de la noche por la ventana. Podemos preguntarnos: ¿no es mejor dejar que nuestros niños, nuestros jóvenes y tantos que sufren entren por la puerta encontrando en nuestros espacios un hogar, o será mejor atrincherarnos en nuestras casas esperando a que entren por la ventana? Es razonable que hagamos más cárceles para alojar a más presos (eso es trabajar sobre la fiebre, aunque a veces la agrava), pero el sentido común nos dice que por más que encerremos los síntomas de nuestra cultura, las causas seguirán actuando y generando más y más dolor y división en nuestro pueblo. Sería lógico que una buena política de seguridad trabaje e invierta, también, en el abordaje de las dolencias profundas de nuestra gente. Ese día comprendí otro principio que debe guiar este proceso de sanación. Yo lo llamo “principio de autotranscendencia”. Es decir, o dejamos de mirarnos el pupo como instituciones o será demasiado tarde para todos. Los actores sociales y las instituciones que conforman la vida de nuestro pueblo tienen una finalidad, y eso es fundamental, pero no podemos justificarnos más en el “eso no me toca”.

Queridos hermanos: la sociedad moderna estalló, voló por los aires y, junto con ella, el estado que la llevaba adelante, tenemos el deber de asumir la realidad con valentía y generosidad. Así como nosotros hemos comprendido que no podemos ser parroquia sin recibir y acompañar, haciéndonos familias con los que más sufren, debemos comprenderlo todos. Ya es hora de que dejemos de cuidar nuestras quintitas y nos abramos a la realidad. Parafraseando a Juan XXIII, cuando convocó al Concilio Vaticano II: “Hay que abrir las ventanas de la Iglesia y que se resfríe el que se tenga que resfriar”. Francisco, en el cónclave que lo llevó a ser papa, propuso una Iglesia que salga de la autorreferencialidad haciéndose misionera. Muchos dicen que por esto lo eligieron los cardenales. Después, siendo papa, nos propuso cambiar la imagen de una Iglesia escuela a una Iglesia hospital de campaña. Quizá esto sea aplicable a todas las instituciones en alguna medida.

Cuando dejamos que la misericordia y la compasión nos movilicen y nos abrimos a la realidad, reconocemos la necesidad de trabajar con otros, de convocarnos, de organizarnos como comunidad para salir de la situación que nos afecta. De este modo, apuntamos a las causas profundas, construimos la conversión colectiva que necesitamos y recuperamos la alegría de ser familia, de ser con otros, de ser comunidad. Nos hacemos COMUNIDAD ORGANIZADA. Y entendemos como COMUNIDAD al organismo social en su conjunto: el Estado y la sociedad civil y sus diversas formas de organizarse para resolver la vida común (clubes, escuelas, capillas, centros de salud, sindicatos, empresas, cooperativas, medios de comunicación, etc.). Y es ORGANIZADA porque existen unos valores, unos principios que ordenan las partes en vistas al bien común. Ni el Estado puede resolver esto solo, ni la Iglesia, ni la escuela, ni el dispensario, ni ninguno de los diversos integrantes de nuestra gran comunidad. Todos juntos estamos llamados a trabajar para recuperarnos. Podríamos decir, parafraseando a Francisco, repitan conmigo: todos, todos, todos, todos.

- Por último, no quiero dejar de señalar dos ejes que me parecen fundamentales de toda respuesta, ya sea de prevención o de asistencia:
 1. La espiritualidad, como apertura del hombre a lo trascendente y como fuente de sentido.
 2. La importancia de lo afectivo en los procesos, tanto de prevención como de asistencia. Estamos llamados a vivir en familia.

Cuando hablamos con los muchachos y las muchachas de nuestros espacios, en nuestro caso del Hogar de Cristo –muchachos y muchachas que llegaron en situación de calle, muy rotos, con mucho consumo, con hábitos de delincuencia, con ejercicio de la prostitución, con órdenes de restricción de los familiares, con historias de abusos, habiendo conocido ya la cárcel en muchos casos, que vienen de la pobreza, sin oportunidades, con deterioros físicos graves, etc. etc.–, cuando hablamos con ellos, después de un tiempo de caminar con nosotros, y les preguntamos qué los ayudó y los ayuda en su proceso, nos dicen: “¡Dios me trajo aquí!”, “¡Dios me salvó! ¡El amor de Dios! ¡Jesús y su amor!”, y así por miles (dimensión trascendente). Y agregan: “Y el encontrar una familia que me recibió, me abrazó, y me acompaña” (dimensión afectiva-familiar). Hablen con ellos, pregúnteles qué les sirve. Sin vínculos no hay horizonte. Toda propuesta debe estar atravesada por la propuesta de vínculos sanantes.

Nos enseña Francisco en *Fratelli tutti*: “Los creyentes pensamos que, sin una apertura al Padre de todos, no habrá razones sólidas y estables para el llamado a la fraternidad. Estamos convencidos de que ‘solo con esta conciencia de hijos que no son huérfanos podemos vivir en paz entre nosotros’. Porque ‘la razón, por sí sola es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la fraternidad’” (FT 272).

Francisco, el santo del medioevo, pero con una actualidad tremenda, ha sido el guía espiritual de Francisco, el papa (también santo para nosotros). Aquel pequeño hombre encaró una revolución integral en Europa y lo hizo desde las periferias de la ciudad de Asís. Tuvo como característica el ser hermano de todos los hombres y de toda la creación. Quiero destacar una anécdota que él mismo relata sobre su relación con los leprosos: decía que le daban asco, pero que sentía el llamado a amarlos en su corazón, esto porque el Evangelio lo exigía, pedía a Dios la gracia de hacerlo. Pero no le salía, hasta que un día fue y abrazó a uno (obligándose a ello) y desde ese día fue, para él, algo muy dulce y alegre convivir con ellos y hacer comunidad con ellos. Lo que quiero destacar es que Francisco sabía que la relación debía afectarlo, hacerse afectiva, desde el corazón, porque solo el amor puede transformar una vida. Para nosotros hacer familia es eso. Recibirnos con un abrazo en el cuerpo y con la puerta abierta del corazón. Acompañarnos siendo hermanos.

Queridos hermanos/as: muchas gracias por estar aquí. Todos aportaremos al congreso nuestros saberes y conocimientos, aprenderemos y seguramente nos iremos con muchas preguntas y desafíos por delante. No pretendemos agotar el tema, sino aportar al proceso de organización de nuestras comunidades para dar respuestas. Porque estamos convencidos de que nadie se salva solo.

Bienvenidos a nuestro primer congreso.

DISCURSO INAUGURAL

Cardenal Ángel Rossi S.J.

Nosotros sabemos muy bien que es impresionante acercarse a alguien que se está recuperando de una adicción porque es contemplar a una persona que se está reconstruyendo y volviendo a la vida, que vuelve a tener una segunda oportunidad. Segunda oportunidad con su familia, con sus hijos, con su entorno. Y vuelve a tomar las riendas de su cuerpo para cuidarlo. A la vez que cambia su punto de sentido, dándole valor a todo, quizás porque había algo que, por muy destruido que estuviera, no había desaparecido ni desaparecerá nunca: su dignidad. Y Dios que lo habita. Y es misión nuestra la transmisión de esta verdad. Pero no a través de recursos mágicos o atajos, sino desplegando al máximo nuestras capacidades. Cada uno con la suya. Sabedores por experiencia de que Dios dirige nuestra mirada siempre hacia adelante: hacia las oportunidades, hacia la esperanza y las posibilidades que hay en el camino. Gracias por su misión y por su vocación de sanadores.

Hombres y mujeres que cuidan de los dolientes; hombres y mujeres que se acercan a los que sufren, que calman con sus manos, que consuelan con su palabra, que curan con su ciencia, con estudios incansables; profesionales compasivos, observadores, atentos, generosos en el esfuerzo y austeros en la demanda. Hombres y mujeres de ciencia que se detienen sin temor frente al mal, que lo estudian, que lo analizan, que lo diagnostican y que proponen remedio. Hombres y mujeres sin horario para la fragilidad humana; hombres y mujeres que se enfrentan cada día al inevitable final, que pueden mirar cara a cara a la muerte y mantener la confianza en que esta no será la última palabra. Sanadores a quienes podemos mirar a los ojos en nuestras horas de angustia y encontrar en sus pupilas al hermano que refleja el rostro misericordioso de Dios, hombres y mujeres que miran al corazón y que ponen el corazón en la mirada.

Gracias por encarnar generosa y por momentos heroicamente esta misión, esta vocación. Está claro, dice el documento de la Conferencia Episcopal,⁵ que donde hay una comunidad que acoge y contiene, hay posibilidades de renacer. La recuperación no es un camino solitario; se sostiene a través de vínculos, del abrazo de una red fraterna y gestando pertenencia. Por eso es fundamental cuidar y fortalecer estas comunidades que salvan vidas todos los días, conscientes de que, sin el compromiso profesional, científico, voluntario y, sobre todo, también sin el compromiso económico del Estado, esta tarea no se sostiene. Y si esta tarea cae, no habrá quien reciba a los que están tocando, buscando una segunda oportunidad. Este congreso es un modo elocuente de decirles a quienes están atravesados por este drama de la drogadependencia que, como Iglesia y como sociedad, no nos resignamos, no nos resignamos a perderlos. Porque creemos en Cristo, confiamos en la fuerza transformadora del encuentro y de la comunidad. No se desanimen, pidan ayuda, no dejen de llamar a la puerta de todos los que queremos ayudarlos. Y este congreso también es el modo como queremos reiterar nuestra gratitud a todos los que trabajan cada día con fe y esperanza para rescatar a hermanos y hermanas del consumo de drogas y decirles desde lo hondo del corazón que no están solos.

⁵ “Si el Estado se corre, entra el narcotráfico”, mensaje para el Día Internacional de la Lucha contra el Uso Indebido y el Tráfico Ilícito de Drogas, CEA, 2025.

SECCIÓN I

LA MIRADA PASTORAL: ADICCIONES Y COMPLEJIDAD

Carlos Olivero⁶

Quisiera comenzar por analizar nuestra situación actual, realizando un diagnóstico claro para luego hablar del camino a seguir. Sin embargo, para elaborar un diagnóstico preciso, no basta con la foto instantánea del momento. Es necesario observar la evolución temporal durante los últimos años y décadas para comprender el movimiento de la historia.

Al abordar el problema de la droga –y no solo de la droga, sino de las adicciones y dependencias en general–, usualmente centramos la mirada en dos ejes: el polo de la oferta y el polo de la demanda.

I.1. El polo de la oferta: la instauración de otra ley

Respecto al polo de la oferta, que se refiere a la disponibilidad de la droga o la posibilidad de apostar en línea, quisiera evocar un hecho que me ocurrió hace años, cuando aún estaba en la Villa 21 de Barracas. Esta experiencia me hizo reflexionar profundamente y concuerda con un núcleo central planteado por la Pastoral Nacional de Adicciones: que “el narcotráfico es la instauración de otro estado, en ausencia del Estado”.⁷

El caso Francisca y la ausencia estatal

Yo estaba en la Villa 21 cuando llegó una señora indignada. Su vecina, Francisca, una mujer viuda cuyo único hijo había fallecido tiempo atrás, había sufrido un

⁶ Asesor de la Pastoral Latinoamericana de Acompañamiento y Prevención de Adicciones, CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano y caribeño).

⁷ “Si el Estado se corre, entra el narcotráfico”, mensaje para el Día Internacional de la Lucha contra el Uso Indebido y el Tráfico Ilícito de Drogas, CEA, 2025.

ACV y estaba hospitalizada. El caso era que una vecina se había apoderado de su casa, estaba vendiendo sus pertenencias y había colocado un cartel que decía “Se vende esta casa”. Era un drama, Francisca estaba sola y no había nadie que pudiera defenderla y establecer un límite.

La vía legal no ofreció una solución inmediata. La Fiscalía descentralizada me informó que solo podían actuar con una denuncia de la damnificada. Al contactar al área interministerial, sugerí enviar al personal de Seguridad para establecer una presencia física. La respuesta que recibí del equipo de Seguridad fue: “Encontramos todo como dijiste: la mujer con un ACV internada y una vecina que le ocupó la casa, la puso en venta y está vendiendo las cosas. Como no hay título de propiedad, a decir verdad, no tenemos nada que hacer”.

El vacío de poder y el narcotráfico

Esta respuesta me hizo pensar muchísimo. Lo primero es que los espacios se ocupan, y si el Estado no está para garantizar la justicia, se instaure otra ley: la ley del más fuerte. Si Francisca hubiese tenido un sobrino en otra zona de la villa, el conflicto habría terminado en un tiroteo y con un muerto. Fue entonces cuando comprendí que el Estado es el Estado de derecho, es la ley que garantiza la justicia. Y el narcotráfico, precisamente, instaure otra ley.

Cuando alguien en el barrio comienza a vender droga (hablamos de microtráfico), se compra una camioneta y construye la casa más bonita, mientras el vecino de al lado no puede comprarles zapatillas a sus hijos. De esta manera, se va estableciendo otra ley, otro código. La fuerza del Estado llega cada vez más debilitada a las periferias, ya que en los centros urbanos la situación es distinta. Pero cuanto más nos alejamos de los centros, la presencia estatal es más tenue, más débil, más frágil, lo que deja más espacio para que se instaure esa otra ley.

Expansión y debilitamiento de los Estados nacionales

Lo que presenciamos en Rosario no es exclusivo de esa ciudad, sino que hay movimientos de este tipo en nuestro país y en toda la región. En Paraguay, por ejemplo, me hablaron intensamente del clan Rotela y del Primer Comando de la Capital, que reclutan a niños y adolescentes. Nunca había escuchado tanto sobre el crimen organizado como ahora. La misma situación se vive en Manaos, Parintins (con el Comando Vermelho) y en Bogotá (barrio San Bernardo), donde bandas se apropian

del territorio. Una joven me contó que en México fue detenida por cuatro retenes narco desde la frontera de Guatemala hasta Chiapas.

La imagen que tenemos de Ecuador o lo que ocurre en Haití, donde las pandillas gobiernan, sugiere que los Estados nacionales están en un proceso de debilitamiento progresivo, perdiendo control territorial. El papa Francisco lo menciona en *Fratelli tutti*⁸ al hablar del debilitamiento en términos económicos. Sin embargo, hay un proceso de debilitamiento también en el control territorial. Vemos organizaciones como el Tren de Aragua en Venezuela, que ahora tiene presencia en Brasil, Chile y Perú. Lo que observamos es que el crimen organizado se desarrolla y extiende sus tentáculos, dominando territorios frente a Estados cada vez más impotentes.

Pareciera que estamos en un tiempo análogo a la caída del Imperio Romano de Occidente. Cuando cayó el Imperio, las tribus bárbaras comenzaron a asolar el territorio. El control territorial ya no estaba en manos del ejército romano, sino de las tribus bárbaras. Con esta ruptura del Estado, comenzó a operar la ley del más fuerte en un contexto de fragmentación del poder y corrupción creciente. Si analizamos el movimiento del crimen organizado desde el polo de la oferta, la conclusión es que anticipamos un crecimiento del problema.

1.2. El polo de la demanda: el malestar en la cultura

Desde el polo de la demanda, la reflexión se centra en el malestar. Me interesa el opúsculo de Freud *El malestar en la cultura*,⁹ donde plantea que este surge del desencuentro entre las pulsiones vitales y los mandatos (el superyó). De este conflicto surge un gran malestar que, según él, reprimimos o narcotizamos. Buscamos algo para evadirnos; necesitamos la evasión. Sin duda, vivimos un tiempo de gran malestar.

Byung-Chul Han, en *La sociedad del cansancio*,¹⁰ sostiene que vivimos en una sociedad del rendimiento. Nos autoexplotamos bajo un mandato de eficiencia, cuyo resultado es el cansancio: estamos agotados, agobiados. Ante este cansancio, el filósofo señala que la respuesta es el dopaje. Para rendir más, para seguir la lógica de la época, necesitamos doparnos, consumir y evadirnos para mantener la eficacia.

⁸ Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, (n. 12), 2020.

⁹ Sigmund Freud, *El malestar en la cultura*, 1930.

¹⁰ Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, 2012.

Es un tiempo en extremo difícil. A los adolescentes les cuesta enormemente madurar, abrumados por las redes. Parece que la respuesta al malestar siempre es consumir: si estoy triste, como chocolate; si tengo presión laboral, me embriago. El malestar parece inherente a esta época. Los canales de vínculo que antes nos ayudaban a encontrar el camino se reemplazan por una virtualidad donde el malestar habita, y la angustia se canaliza como una violencia anónima en las redes. En este contexto de una sociedad que exige hipereficiencia, nos autoexigimos y desgastamos. Es muy difícil pensar que el consumo en general, y el de sustancias en particular, no vaya a crecer.

El Arca de Noé: una visión de futuro

Si miramos el polo de la oferta, vemos un crimen organizado en expansión; si miramos el polo de la demanda, vemos una dificultad creciente para vivir, un gran malestar. Desde ambos frentes, la perspectiva es sombría: se acerca el diluvio. Estamos aquí porque queremos construir el Arca de Noé. No nos resignamos al diluvio. Es importante recordar que Dios le da a Noé muchas indicaciones sobre cómo debe ser el arca. No es cualquier arca la que debemos construir. La pregunta es: ¿cómo la construimos nosotros? ¿Hacia dónde orientamos nuestro trabajo para responder a un problema que crece y nos roba a nuestros chicos y chicas?

Trabajo en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y soy consultor en la Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas (CICAD). Las propuestas de los organismos internacionales suelen ser muy complejas y presentan una lógica que considero insuficiente. El manual de la Organización Mundial de la Salud (OMS) dice que la drogadicción es un problema crónico. Esta lógica presenta dos grandes insuficiencias.

El primer problema es que la propuesta no es escalable. ¿Cuántos profesionales de la salud mental podemos tener? Estarán en los grandes centros urbanos, trabajando en clínicas privadas. Incluso si el Estado los contratara, ¿los tendríamos en los barrios más pobres o en el campo? En Ingeniero Juárez, localidad ubicada en la provincia de Formosa, en el norte de la Argentina, el psicólogo más cercano está a 300 km de la comunidad wichi. Es muy difícil pensar que la lógica de la especialización pueda financiar una respuesta que cubra todo el territorio. Tenemos un problema de insuficiencia radical. Podría funcionar en países con acceso masivo a recursos, pero en nuestros pueblos pobres es impensable lograr esa capilaridad.

La segunda insuficiencia la desarrolla el papa Francisco en *Laudato si'*¹¹ al abordar la raíz humana de la crisis ecológica: la globalización del paradigma tecnocrático. La tecnocracia es el gobierno de los técnicos, pero para Francisco es un paradigma que nos constituye: la modernidad. Para hacer ciencia nos enfocamos en lo general, pero los problemas se encarnan en realidades concretas.

- **Primera reducción:** Al separar una parte de la realidad para poder demostrarla ya estamos haciendo una reducción en el método científico.
- **Segunda reducción:** Esa parte sufre una segunda reducción, vinculada a la razón instrumental. Hacemos ciencia para aplicarla, para crear tecnología.
- **Tercera reducción:** Se relaciona con la dimensión mercantil, pues si la tecnología no configura un negocio, no existe el motor que financie el estudio.

El problema es que la tecnología, además de su uso, nos va modelando el alma, nos vuelve utilitaristas y nos quita espacio para la gratuidad. Esto no significa que la ciencia no sirva, sino que no abarca toda la realidad.

Necesitamos el aporte de la ciencia y de las técnicas, pero debemos ponerlas en diálogo con una mirada más integral. La mirada que reside en la familia, en la comunidad, en el pueblo, necesitará el aporte científico. Sin embargo, sin la contribución de la comunidad, la ciencia será ineficaz. ¿Es suficiente tener al mejor psicólogo en un centro de salud si esos jóvenes en situación de calle no tienen una red social que los sostenga, los apoye y los acompañe? La respuesta técnica solo es efectiva si existe una matriz vincular que sostenga a las personas. Si no, no sirve.

Nosotros queremos construir un arca en la que quepamos absolutamente todos. Cuando nos obsesionamos en una sola dimensión, dejamos fuera a personas, comunidades, grupos, saberes. Por eso, en el Arca de Noé deben estar todas las especies.

¹¹ *Laudato si'* (106 a 114), 2015.

SECCIÓN II

COMUNIDADES QUE SE ORGANIZAN: EXPERIENCIAS DE TRABAJOS SUBSIDIADOS

II.1

Experiencia de la parroquia San José

*Nicolás Angelotti*¹²

Es una alegría compartir la experiencia de la parroquia San José, fundada hace ocho años y ligada a la larga historia del padre Bachi, quien falleció durante la pandemia.

El nacimiento de esta comunidad, que incluye barrios como Puerta de Hierro y San Petersburgo en La Matanza, está marcado por el abandono. Sus habitantes, erradicados de las villas de la Capital Federal, fueron trasladados en camiones sin saber su destino, abandonados en el conurbano bonaerense y dejados a su suerte. Nosotros afirmamos que, aunque nacimos en la época de la dictadura militar, la comunidad desapareció durante toda la democracia.

Durante cincuenta años, el Estado se corrió, se retiró y se desentendió de la vida de estas personas. Las casas que se habitaban eran núcleos habitacionales transitorios, pero esa temporalidad se volvió permanente. El desamparo y la orfandad por parte del Estado propiciaron la instauración de un narcotráfico muy fuerte. La comunidad se convirtió en el escenario donde se desarrolló la enfermedad social y donde el narcotráfico marcó el pulso de la vida de muchos jóvenes y familias.

El padre Bachi fue el que empezó a abrir puertas. Decidió, en medio de basurales y asentamientos precarios, y a pesar del hacinamiento, empezar a abrir puertas y oportunidades.

¹² Párroco en la parroquia San José, La Matanza, y referente de la Familia Grande de Hogar de Cristo.

La respuesta de la comunidad organizada

Hoy, dieciocho mil personas comen todos los días en los comedores comunitarios de la parroquia. Nuestra respuesta se organiza en distintos espacios:

- Espacios de cuidados y asistencia: Contamos con el Centro Barrial San José, el Hospitalito, el Dispensario de Salud, el Centro de Día, el espacio de Primera Escucha y el Centro de Formación y de Oficios.
- Espacios educativos: En barrios donde nunca había existido una escuela, hoy contamos con más de veinte espacios educativos: seis jardines de infantes, tres escuelas primarias, dos secundarias, educación primaria, secundaria de adultos, de educación especial, centros de formación de oficio y terciarios de enfermería y en educación especial.
- Hogares comunitarios: Empezamos a abrir casas para la niñez, la juventud y los abuelos. Salimos a buscar a los jóvenes en la calle con un mate cocido y los invitamos a la capilla para que encontraran familia, compartieran la mesa y construyeran comunidad.
- Oportunidades deportivas: Creamos un club con más de dos mil chicos, donde -de cinco a ocho de la tarde, cuando la escasa presencia estatal se retira- ofrecemos fútbol, patines o hockey.

La presencia del Estado despertada por la comunidad

Al organizarse y asumir su historia de abandono, dolor e injusticia para crear oportunidades, la comunidad despertó la presencia del Estado.

Hoy se están entregando las escrituras de dos barrios, 17 de Marzo y 7 de Marzo, cuyos habitantes hace cuarenta años esperaban su título de propiedad. Son mil quinientas escrituras con asfalto y luz. Cuando nosotros, como comunidad, pudimos crear una pileta climatizada para nuestra familia en medio del narcotráfico, mágicamente se destrabó la urbanización de Puerta de Hierro y San Petersburgo. El Estado se hizo presente, se volvió eficiente y empezó a caminar junto con la comunidad.

Se creó la Casa de Justicia Social de Cáritas, que alberga oficinas del Estado, como ANSES, RENAPER, Migraciones, Violencia de Género, Superintendencia de Salud y abogados. Se creó la Cooperativa El Pan Nuestro de Cada Día, donde trabajan alrededor de doscientos jóvenes en panificadoras, casas de comida, carnicerías y fábricas de pasta.

La comunidad impulsa de manera vigorosa la presencia del Estado. Nuestro ejemplo muestra que si nos organizamos, el Estado se acerca y se vuelve eficiente.

La parroquia

Nuestra parroquia se ubica en el municipio de La Matanza, una zona que alberga a dos millones y medio de personas, de las cuales el 60 % vive en situación de pobreza en barrios populares. El asentamiento de nuestros barrios –Puerta de Hierro, San Petersburgo, San Alberto, Zapallito, Villegas y Tablada– se originó durante la dictadura militar. Sus habitantes fueron erradicados de las villas de la Capital Federal, pero esa temporalidad se volvió permanente y eterna. La ausencia de servicios básicos como cloacas, agua potable, escuelas, centros de primeros auxilios y clubes, sumada a la presencia de basura y al crecimiento demográfico, hizo que nuestros barrios colapsaran.

El desamparo y la orfandad por parte del Estado propiciaron la instauración de un narcotráfico muy fuerte. Este comenzó a suplir las carencias, a manejar la organización vecinal y a establecer su propio control. El narcotráfico, la violencia y las armas han destruido la vida de quienes nacieron en estos barrios, privados de absolutamente todo.

La respuesta comunitaria multidimensional

Sin embargo, tras muchos años de sufrimiento, de erradicaciones y de ver a sus hijos presos, en la calle o muertos por la droga, la violencia y la falta de oportunidades, nuestra comunidad eligió ponerse de pie. Decidió, en medio de basurales y asentamientos precarios, y a pesar del hacinamiento, empezar a abrir puertas y oportunidades. Es una comunidad que se organizó sin esperar la presencia estatal.

Articulación y el camino a la justicia social

Hoy se están construyendo más de seiscientas casas para completar las mil doscientas viviendas que se necesitan en San Petersburgo.

Así, se abrieron más oportunidades: los jóvenes iniciaron un camino de recuperación de las adicciones, de inserción social y educativa. Se creó la Mutual de Salud, donde atienden pediatras, clínicos, odontólogos, psicólogos y psiquiatras. Otros trabajan en cooperativas de construcción, en la Cooperativa del Club Atlético San José y en la Cooperativa del Medio Comunitario de la U de San José.

La comunidad se fue organizando, gestando oportunidades y vida, abriendo puertas y levantando techos. Hoy vemos a jóvenes que estuvieron en la calle o en la cárcel, a quienes conocimos compartiendo un mate cocido en la soledad, estudiando en terciarios y a punto de recibirse.

Tenemos la experiencia y creemos firmemente en la presencia articulada del Estado y la comunidad. Creemos que el camino para transformar una realidad de pobreza e injusticia es la colaboración mutua, no un Estado centralista que cree poder resolverlo todo en solitario, que llega con soberbia a nuestros barrios, colonizando o ignorando la historia de organización y sufrimiento. Tampoco creemos en una comunidad sola (desamparada) que queda indefensa. Creemos que el camino es el Estado y la comunidad.

Hemos experimentado la transformación de nuestras vidas. Entendemos que para todos tiene que haber todo y que nuestros barrios tienen que generar chicos con las mismas oportunidades que los de otros barrios.

Creemos que en tiempos de crisis es la hora y el lugar de la comunidad, y queremos que esta experiencia se replique a lo largo y ancho del país. Lo vemos en las luchas urbanas y en el interior, cómo las comunidades se organizan para cuidar, acercarse y promover la vida.

II.2

Políticas de subsidiariedad situada

*Paulo Cassinero*¹³

Desde hace un año, hemos trabajado en un proyecto sumamente importante. Todo comenzó con una conversación entre el cardenal Rossi y el gobernador Martín Llaraya para proponer un trabajo conjunto y un apoyo del gobierno provincial a ciertas actividades. Como presidente de la Fundación Banco de Córdoba, recibí

¹³ Secretario general de Desarrollo Social del Gobierno de la Provincia de Córdoba y presidente de la Fundación Banco de Córdoba.

la instrucción de colaborar estrechamente con los compañeros de Cáritas. Esto me permitió ingresar a un mundo con un valor incalculable.

Este proyecto fue ambicioso: no se limitaba a ayudar a mantener y contener cuatro Hogares de Cristo existentes, sino que buscaba crear cuatro más. He podido vivir y comprender lo que implica sostener un solo Hogar; imaginen la labor impresionante de mantener cuatro y tratar de crear cuatro adicionales.

Mi conclusión, al día de hoy, es que ha sido un proyecto totalmente exitoso. Es un programa que debería continuar. Desde la responsabilidad estatal que circunstancialmente tenemos, considero que Cáritas es un socio estratégico y socio territorial estratégico. Gracias a instituciones como Cáritas, el Estado puede llegar a quienes más lo necesitan, a menudo en lugares donde, por ser tan grande y presente en todos lados, no puede alcanzar por sí mismo.

Pude recorrer los hogares, aprender y conocer mucho. He sido testigo de una vocación de servicio increíble por parte del personal, donde se pone la vida al servicio de quienes más lo necesitan.

Me llevo la certeza de que, si bien el Estado brinda muchos servicios, a menudo no llega a todos. Los Hogares de Cristo son ese refugio, ese lugar al que van aquellos que no tienen ningún otro sitio. Es el espacio donde quienes perdieron toda esperanza –familia, amigos, el rumbo de su vida– encuentran un lugar para recomenzar.

Vi en esos lugares más que esperanza o futuro: vi un presente tangible. Conocí jóvenes contenidos por la fe, por amistades y por un espacio conjunto entre Cáritas y el apoyo del gobierno provincial. Un presente que les daba algún tipo de estabilidad y certeza. Sabemos que lo peor que le puede pasar a alguien es no tener certeza de a dónde va, qué hacer o cómo hacerlo. Recuerdo una charla con un joven que estaba escribiendo su “proyecto de vida a seguir”, lo cual es un futuro espectacular.

El compromiso de continuidad

Esta es una experiencia institucional sumamente importante, porque muchísima gente vive mejor gracias a este programa. Pero también lo es en lo humano, porque, a nivel personal, aprendí lo hermoso que es este trabajo y la enorme responsabilidad que tiene el gobierno de seguir apoyándolo.

Espero profundamente que podamos seguir trabajando juntos; es mi anhelo y sin duda también el del gobernador. Creo profundamente en el proyecto de los

Hogares de Cristo. Es un proyecto de vida, un proyecto sano, un proyecto de fe, un proyecto al que no le he podido encontrar ningún aspecto negativo.

En especial, quiero agradecer a todos esos chicos y chicas que pude visitar. Vi en ellos un respeto y un cariño impresionantes. Al escucharlos hablar, siempre me imaginaba su futuro antes de ingresar a Cáritas y a los Hogares de Cristo y después de su ingreso. Creo que son dos mundos totalmente distintos, y por supuesto, me quedo con el último: el que se crea al ingresar al Hogar de Cristo.

II.3

La doctrina social y el principio de subsidiariedad

Juan Álvarez¹⁴

El área Abordaje Pastoral y Comunitario de Adicciones (APyCA) de Cáritas fue establecida hace un año para fortalecer los Hogares de Cristo provinciales, aprovechando los diecisiete años de experiencia de la organización a nivel nacional.

La expansión y creación de nuevos centros se realiza mediante misiones comunitarias de jóvenes en recuperación. Además, APyCA logró una alianza clave con el gobierno provincial para asistir a los hogares y encargarse de la reinserción social de cien personas liberadas del sistema penitenciario.

Para abordar la problemática poscárcel, el equipo se apoya en la experiencia de Casa Libertad. El éxito del proyecto se basa en el trabajo coordinado y la creación de redes sólidas con diversas instituciones y ministerios estatales, reconociendo que la solución a este problema complejo exige una colaboración integral.

El redescubrimiento de la doctrina social y el principio de subsidiariedad

Al reflexionar sobre el enfoque de este trabajo, el concepto de subsidiariedad emergió con fuerza. Aunque en un primer momento, por desconocimiento, asocié

¹⁴ Coordinador de APYCA.

el término a la simple acción estatal de subsidiar a las organizaciones territoriales, la consulta sobre su significado me condujo a la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).

Para mi sorpresa, la DSI se remonta a 1891 con la encíclica *Rerum novarum* del papa León XIII. El principio de subsidiariedad establece que: “Las autoridades de mayor nivel deben intervenir solo cuando las instancias inferiores no pueden lograr adecuadamente el bien común por sí solas”.¹⁵

La subsidiariedad subraya que es responsabilidad fundamental de la sociedad (familia, individuos y grupos) crear comunidad para subsanar problemas y buscar el bien común. El papel del Estado es preservar la autonomía y la responsabilidad de las personas y de los cuerpos intermedios. Este principio, formulado hace 134 años, ratifica la importancia de dialogar con la experiencia consolidada, tal como se hizo en APyCA al consultar a quienes ya conocen el camino.

Principios fundamentales

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) revela principios que, a pesar de su antigüedad, son la base de las acciones sociales contemporáneas. Uno de ellos es el Bien Común, un concepto que, si bien es intuitivo, posee una profundidad que impacta de manera directa en nuestra labor. La DSI lo enfatiza con una frase específica: “Solo juntos es posible alcanzarlo, acrecentarlo, custodiarlo, también en vistas al futuro”.¹⁶ Esta formulación ancestral reafirma la insistencia contemporánea del papa Francisco en que “nadie se salva solo”, subrayando la dimensión comunitaria de la salvación y el desarrollo humano.

De manera complementaria, la DSI aborda la Promoción Integral y el Cuidado de la Casa Común. El principio de la promoción integral de la persona se manifiesta hoy en el abordaje integral y comunitario de las adicciones. Asimismo, la salvaguardia del ambiente es la base de lo que actualmente llamamos el cuidado de la casa común. Resulta notable cómo estos principios, escritos hace más de un siglo, son los que guían nuestras acciones actuales, demostrando que, a pesar de las adaptaciones a los tiempos, los fundamentos éticos esenciales permanecen vigentes.

¹⁵ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, (n 188), 2004.

¹⁶ Compendio DSI, (n 166), 2004.

Por último, los principios de Participación y Solidaridad definen el compromiso práctico. El principio de participación establece que es un deber de todos: “Es un deber que todos han de cumplir conscientemente, de modo responsable y con vistas al bien común”.¹⁷ Esto traslada la responsabilidad a todos los actores, desde el barrio hasta el centro. La solidaridad, por su parte, se define como: “La determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, para el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables por todo”.¹⁸ Estos principios invitan a un compromiso activo y responsable de toda la sociedad.

La participación

La participación es la única forma de avance. Como me comentaba hace poco un compañero de Cáritas, una sede del interior desea crear una pastoral de adicciones, pero se pregunta cómo empezar. No existe una receta: la clave es arremangarse y avanzar. La metodología es simple y profunda: ir con el termo y el mate cocido para establecer el diálogo y el vínculo.

Quiero dejar la invitación a que todos se animen. Al asumir esta responsabilidad, tenía una intención inicial, pero la experiencia me ha mostrado un camino diferente. Creo que hoy se me utiliza como canal para invitarlos a formar parte de un esfuerzo por el bien común. ¡Ojalá se sumen! El conocimiento y la experiencia demuestran que “los viejos funcionan”.¹⁹

¹⁷ Compendio DSI, (n 190), 2004.

¹⁸ Compendio DSI, (n 193), 2004.

¹⁹ Bruno Stagnaro, *El Eternauta*, episodio 1, Netflix, 2025.

II.4

Acompañar y financiar lo que ya funciona

María Migliore²⁰

Existen numerosas experiencias que ya están en marcha y que funcionan muy bien, como los Hogares de Cristo. No son meras ideas, sino realidades consolidadas. El rol fundamental del Estado debe ser, primero, reconocerlas y, segundo, fortalecerlas.

Esto no solo implica destinar recursos, sino también mirarlos como parte integral del sistema social, no como excepciones. Debemos incorporarlas como dispositivos con los que el Estado cuenta para resolver los desafíos existentes.

El reto reside en cómo integrar todo esto, ya que cada lugar tiene su propia impronta. El Estado, a menudo, intenta ordenar imponiendo su propia lógica, sin valorar lo preexistente. Esta tensión es real. Sin embargo, si la política social busca mejorar de manera continua, debemos ser capaces de construir sistemas que aprendan de lo que ya da resultados.

Un punto crucial es la necesidad de contar con métricas y datos que permitan saber qué funciona y qué no. Esto no está reñido con lo comunitario; al contrario: si una iniciativa da resultado, es imperativo poder mostrarla, escalarla y mejorarla.

No competir, sino articular

Debemos superar una tensión histórica. Es frecuente escuchar, de ambos lados, frases como “nosotros hacemos lo que el Estado no hace” o cuestionamientos sobre la financiación. Este modo antagonico, arrastrado a veces por años de desconfianza, impide la construcción de soluciones mejores.

Si nuestra premisa es que las problemáticas se curan reconstruyendo la comunidad, entonces nadie mejor que la sociedad civil y las iglesias para llevarlo a cabo. El

²⁰ Presidenta de Fundar y licenciada en Ciencias Políticas por la UCA.

Estado debe promover, acompañar y financiar estos procesos. Esto es una forma de presencia estatal y un modo concreto de ejecutar política pública.

Una buena estatalidad hoy debe ser capaz de acompañar estos procesos, no por falta de capacidad propia, sino porque es la manera más efectiva de lograr la transformación social. Los hogares, a su vez, deben reconocer a un Estado que apuesta a esta colaboración, ya que sin su apoyo muchas iniciativas esenciales no podrían concretarse.

Reconstruir el entorno estructural

Por último, el abordaje de lo estructural exige claridad: no se puede esperar que la comunidad resuelva sola lo que el sistema sigue generando. Si no hay escuelas, empleo o acceso a vivienda digna, todo se vuelve extremadamente difícil.

Por eso, la conversación sobre adicciones no puede ser aislada. Debe incluir la urbanización, el empleo joven y políticas de cuidado y salud mental. Ningún umbral de resiliencia comunitaria puede resistir si el entorno sigue expulsando y rompiendo a las personas. En este aspecto, el Estado no puede delegar. Tiene la responsabilidad de garantizar esa articulación sistémica, que en muchos casos aún es deficiente.

Lo verdaderamente importante es apostar a la complementariedad. No se trata de que una parte reemplace a la otra, sino de que nos reconozcamos y valoremos de manera mutua. Es un equilibrio complejo, pero perfectamente posible. Esta complementariedad, que va mucho más allá del mero financiamiento, puede ser en extremo potente y transformadora. Se trata de encontrar nuevas maneras de estatalidad que potencien la capacidad comunitaria. Hay mucho por hacer, y nadie puede hacerlo solo.

SECCIÓN III

ESTRATEGIAS DE PREVENCIÓN

III.1

Las tres “C”: un modelo de prevención frente a la crisis actual

Matías Dalle Fontana²¹

En 2001, la Argentina experimentaba un clima de incertidumbre y una notable dificultad del Estado para articular intervenciones consistentes. Esta situación fomentó un ambiente ideológico que proponía la desarticulación y desaparición del aparato estatal como una medida práctica. Si bien había antecedentes y coincidencias parciales con descripciones previas, un fenómeno cultural nuevo (y quizás importado con la modernidad) se afianzaba: el individualismo materialista. Este clima cultural, ajeno a la tradición argentina, se vinculaba de manera directa con la propuesta de debilitamiento del Estado.

En ese contexto, resultaba complejo defender las instituciones en medio de un clima de “sálvese quien pueda”. No obstante, persistían, como huella de la genética cultural criolla, las tradiciones y un sinnúmero de instituciones solidarias con una capacidad organizativa natural. Nos referimos a clubes, parroquias, centros vecinales, cooperativas, mutuales y pymes. Todo este conjunto realizaba un trabajo comunitario que se había gestado en la Argentina durante cientos de años. En ese momento, estas estructuras, por así decirlo, “se ponían la patria al hombro”.

Experiencia personal y compromiso social

En ese período crucial, se produjeron vivencias que, aunque autorreferenciales, se proyectaron al ámbito de las instituciones y al desarrollo personal. Me tocó inte-

²¹ Psicólogo, subsecretario de Prevención, Investigación y Estadísticas en Materia de Drogas de la nación, y fundador de “Protesta de Sanidad”.

grar el seleccionado nacional de rugby, Los Pumas, en el 2000, con tan solo veinte años. Al mismo tiempo, cursaba mis estudios en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Existía ya una vocación de compromiso con lo nacional, sumada al deporte, y un compromiso con la salud mental que era parte de mi elección vocacional.

Lo más sustancial fue haber sido padre a los diecinueve años. La perspectiva de la Argentina cambia de manera radical antes y después de tener un hijo. Tras dar vida, emerge la necesidad de direccionar proyectos, mirar el horizonte a largo plazo y abordar de frente el problema del tiempo, el proyecto de vida y la economía familiar.

En ese contexto, logramos generar una “consustancialidad” de propósitos. Con mi hermano (quien también compartía la identidad deportiva) y una amiga (de otras disciplinas deportivas a nivel nacional e internacional), fundamos una institución: Proyecto Deporte Solidario. Este proyecto fue impulsado por el cura Atilio Rosso, del Movimiento de los Sin Techo, dedicado a la construcción de viviendas en barrios vulnerables de Santa Fe. Rosso demostraba una visión de empresario social muy capaz, logrando la autoconstrucción y autogestión de viviendas, capacitando a las propias familias en oficios de albañilería, herrería y electricidad básica. Su método rompía con el asistencialismo y promovía el desarrollo integral de las familias.

Fuimos invitados a colaborar con el deporte, en particular con el rugby, en esa comunidad, enfocándonos en los niños. Asumimos el reto sin experiencia previa en salud pública o comunitaria con el deporte. Trabajamos de forma artesanal, desarrollando una metodología propia a partir de la experiencia directa con los niños en esos barrios.

También extendemos el trabajo al ámbito carcelario, utilizando el rugby en la Cárcel de Las Flores, una obra compleja con más de mil quinientos internos. Allí establecimos un proyecto deportivo que, hasta hoy, mantiene su continuidad. Logramos algo fundamental: la permanencia en el tiempo. Además, conseguimos que internos de distintos pabellones, tradicionalmente enfrentados, se juntaran y se animaran a participar.

La crisis de la soledad y del aislamiento

Han pasado más de veinte años y la realidad argentina ha cambiado de manera drástica. El país se ha inundado de droga en todos los barrios. Asimismo, las esta-

dísticas oficiales de salud mental, medidas por primera vez en la Argentina en 2017 sobre la población en general, revelaron una prevalencia alarmante: el 70% de la población padecía algún trastorno mental (depresión, ansiedad, psicosis, ataques de pánico, trastornos alimentarios, etc.). Esto equivalía a unos quince millones de personas.

Como se reflexionó en la introducción, es impracticable, desde el punto de vista logístico y económico, pensar en asignar un psicólogo especializado a cada barrio o pueblo. La dimensión del problema, sumada a la escasez de recursos, hace inviable una solución basada únicamente en la ampliación de un aparato estatal centralizado y magnificado.

La crisis de salud mental es un fenómeno global. En 2017, la entonces primera ministra de Inglaterra, Theresa May, creó el Ministerio de la Soledad para abordar este trastorno. Sin embargo, no lo hizo ampliando los recursos para el tratamiento tradicional, sino enfocándose en el determinante causal de las patologías: el aislamiento. Los recursos se movilizaron desde la economía y la cultura. Los científicos alertaron que si los mayores y los niños mantenían su pauta de aislamiento, el sistema de salud colapsaría. Detectaron que la soledad estaba por debajo del desencadenamiento de patologías y, por lo tanto, el abordaje debía ser comunitario y cultural.

Japón, un país de naturaleza distinta, también reaccionó. En 2021, creó un “megaprograma” con rango superior a los ministerios para luchar contra el aislamiento. A pesar de ser un país superproductivo y materialista, las autoridades recibieron investigaciones que advertían sobre un “cáncer” social: los seres humanos puestos en la rueda productiva sin una finalidad trascendente no son sostenibles. La tasa de natalidad se desplomó, y una gran parte de los jóvenes vive aislada en una habitación con su dispositivo.

Este impacto biosindémico tiene su origen en una profunda crisis espiritual de Occidente que desordena la vida social. En Japón, el aislamiento llevó a que los jóvenes dejaran de reunirse, formar parejas o tener hijos, comprometiendo la sostenibilidad demográfica del sistema.

Un estudio de la Universidad de Harvard, con una trayectoria de setenta años, rastreó la producción de enfermedades físicas y mentales en dos grupos (estudiantes universitarios y obreros/barrenderos). La conclusión fue que aquellos que menos enfermaron no solo no eran sedentarios, sino que, de manera crucial, mantenían relaciones comunitarias significativas y enriquecedoras (conexiones físicas y no solo virtuales) y lograron añadir un propósito significativo a su vida.

La crisis actual no es un invento argentino, sino el producto de una globalización de la desconexión, el sinsentido y el aislamiento. A esto se le suma un componente iatrogénico e insidioso: la aceleración.

La dimensión nacional y la integralidad de la persona

Al buscar una respuesta a esta “locura”, nos encontramos con afinidades de pensamiento filosófico, político y social católico, a través del padre Rosso y, más tarde, con el padre José María Peñalba. Esta confluencia de experiencias (la nuestra en Santa Fe y la que él predicaba) le dio una dimensión nacional al fenómeno, entendiendo que “lo nacional no es un capricho, tiene que ver con lo universal visto desde nuestra experiencia”.

En esa dimensión nacional, encontramos las tres “C”: capilla, colegio y club.

Comenzamos a comprender el concepto de integralidad. Este concepto es fundamental en la Doctrina Social de la Iglesia y en la antropología, y se refiere a la persona humana en su totalidad: cuerpo, mente y espíritu. Esta visión integral supera la visión individualista que postula la libertad como absoluta y sin límites, una perspectiva asociada a la descripción del estado de naturaleza hecha por Thomas Hobbes.²² En ese estado presocial (que no es la teoría liberal moderna), la libertad ilimitada llevaría a la “guerra de todos contra todos”, haciendo de la agresión la norma. Por el contrario, la integralidad busca el desarrollo completo y digno del ser humano. La lucha es por la persona en su plenitud.

Las tres “C” no son una consigna arbitraria, sino un método objetivo que responde a la esencia misma del ser y a la realidad de nuestro pueblo. Es una fórmula que, en una sola acción, abarca las dimensiones de la persona humana, incluyendo a la familia.

El papa Francisco nos alerta sobre el problema del relativismo, que permite a los poderosos con capacidad mediática imponer versiones falsas de la verdad. Frente a ello, las tres “C” ofrecen una objetividad palpable: la persona humana y las instituciones comunitarias (clubes, colegios, capillas) están definidas en la realidad de nuestro pueblo desde hace cientos de años.

²² Thomas Hobbes, *Leviatán, o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, 1651.

Estos recurrentes en la Argentina, de Formosa a Tierra del Fuego, constituyen un esquema de trabajo artesanal susceptible de innovación. Por debajo del Estado y del régimen global que nos “cocina” con la convulsión, el sedentarismo, el aislamiento y la aceleración, se encuentra la organización de nuestro pueblo y nuestras familias. Las instituciones de la sociedad civil (redes, grupos, cooperativas, centros comunitarios) y la cultura hispánica del cabildo (como órgano político de discusión, decisión y participación) están presentes en toda la Argentina.

El verdadero conflicto y la prevención

Debemos ser inteligentes para discernir el verdadero adversario. El conflicto importante no es solo la aparente disolución del Estado, sino el espacio que dejamos cuando nuestro pueblo no asume el compromiso de la organización comunitaria. Si no se acumulan las fuerzas suficientes desde la organización comunitaria, la política será secundaria al protagonismo de los poderes fácticos. El poder no será ejercido por el “cabildo” (el pueblo organizado).

La solución no pasa por asignar miles de profesionales dentro del Estado. Se trata de devolverle a la gente la capacidad de defender su identidad, clara y firme, y sobre esa base, avanzar hacia la reconstrucción de las instituciones estatales necesarias, ni más ni menos que las que se necesiten. Las organizaciones de base (la capilla, el club) a menudo cumplen sus funciones mejor que el organismo municipal.

Por último, nuestra visión se centra en una comunidad organizada y un pueblo libre y soberano, poniendo énfasis en la prevención.

Para hacer prevención, es indispensable decir la verdad. Está comprobado a través de estadísticas que cuando disminuye la percepción de riesgo de daño, aumenta el consumo de drogas en niños y adolescentes y baja la edad de inicio. No se puede hacer prevención con la política de la mentira o en la desorganización y el desorden. Hay que exponer de manera clara los efectos de la marihuana y la cocaína. Tenemos que liberar a la sociedad del mar de confusión generado por el relativismo.

El camino es: ordenar a nuestros pueblos en el concepto de integralidad, decirles la verdad sobre los efectos de las drogas y, sobre esa base, seguir trabajando en los corazones que se han endurecido creyendo que pueden salvarse solos.

III.2

La cuarta “C”: Comunidad, el eje de la prevención

Marcos Muiño²³

Insisto en la necesidad de incorporar una cuarta y fundamental “C”: la comunidad. La comunidad es la condición indispensable para que todo lo demás se genere. No se trata de un concepto abstracto, sino de personas, estructuras y dinamisismos concretos, constituyendo la condición de posibilidad para la unión de “cuerpo, mente y espíritu” de la persona.

Mi reflexión se centrará en dos conceptos cruciales que atraviesan la aplicación de estas cuatro C: la decisión que debemos tomar ante la realidad que nos interpela y la sostenibilidad de este círculo virtuoso a lo largo del tiempo.

La urgencia de la decisión y la prevención

Nos convoca una realidad dolorosa, pero urgente: las adicciones y otras problemáticas que golpean con fuerza en nuestros barrios, capillas y colegios. No hablamos solo de estadísticas, sino de nombres, rostros y familias de carne y hueso que sufren la pobreza, la exclusión y la falta de trabajo.

A menudo, las instituciones se sienten desbordadas o impotentes. No podemos permitirnos “balconear”²⁴ la realidad, observándola desde la distancia como meros espectadores, tal como advierte el papa Francisco sobre la fe sin acción. Tampoco podemos darle a alguien un “ánimo” vacío sin ofrecer ayuda concreta, como se relata en la Epístola de Santiago.²⁵ Estamos invitados a una mirada esperanzadora y a un compromiso claro.

Aquí surge la prevención como una tarea fundamental. La pregunta central de este libro es: ¿cómo llegar a tiempo? Prevenir no es esperar a que el problema apa-

²³ Coordinador general de Cáritas Córdoba.

²⁴ Jornada Mundial de la Juventud (JM) en Río de Janeiro, Brasil, 2013.

²⁵ Epístola de Santiago, capítulo 2: 15-17.

rezca para intervenir; es sembrar hoy lo que puede transformar mañana. Ojalá que, por haber llegado a tiempo a la vida de tantos hermanos, no necesitemos tantas casas convivenciales.

Se trata de generar espacios de contención, escucha y pertenencia, fortaleciendo vínculos antes de que se rompan. Es construir comunidad para que nadie se sienta solo, transmitiendo el mensaje de que “vos no estás solo”,²⁶ citando al cardenal Rossi.

La comunidad es la gran C sin la cual ninguna iniciativa puede prosperar. Es la condición de posibilidad para que nuestras instituciones tomen la decisión de involucrarse ante la realidad y para garantizar la sostenibilidad de los proyectos y las personas que los lideran.

Los dos pasos de la decisión

El primer paso crucial en el momento de la decisión es abrir la puerta a la realidad. Me entristece cuando miembros de instituciones niegan las problemáticas en su zona (“En mi zona no hay esa necesidad”). Esta es una decisión de no decidir, de no abrirse al dolor ajeno. La segunda decisión es creer en el modelo de las cuatro C, confiando en que esta propuesta de trabajo es válida y urgente.

Las cuatro “C” en acción: la dimensión preventiva explícita

Es fundamental que cada grupo y actividad en nuestras instituciones adopte una mirada preventiva, detectando signos de alarma, conteniendo con ternura y orientando con responsabilidad. La pregunta clave es: ¿nuestras actividades tienen una dimensión preventiva explícita?

Las capillas son mucho más que templos; son corazones comunitarios que albergan voluntariados, talleres y espacios de escucha. Surge la pregunta de si en estos espacios se aborda el tema de las adicciones en la catequesis o si se está preparado para contener a un niño que relata una situación de violencia o abuso sin responder con un discurso meramente doctrinal. En este sentido, consideramos que la dimensión preventiva y el tema de las adicciones deben ser explícitos en los contenidos de formación, ya que el problema atraviesa a todas las familias. No basta con hablarle del “infierno” a un niño que ha visto a su padre consumir drogas, pues se requiere

²⁶ Mensaje de apertura CAPAC 2025, actas de congreso, 2025.

una pastoral basada en la presencia y la verdad. El desafío radica en lograr que los grupos y espacios existentes trabajen esta dimensión, superando la visión de que el trabajo social se limita solo a un “bolsón de comida” o a un “ropero”.

Por su parte, los clubes, más que ser solo espacios deportivos, son lugares de encuentro y pertenencia donde la prevención toma la forma de abrazo y respeto. La cancha y el vestuario son espacios privilegiados que pueden interrumpir una historia de soledad. La integración comunitaria, no obstante, no implica necesariamente que la capilla, el colegio y el club deban estar contiguos en términos espaciales; el círculo virtuoso es simbólico y se logra generando vínculos con todas las iniciativas deportivas, propias o ajenas, que existen en el barrio.

En cuanto a los colegios, son una puerta privilegiada de acceso a las familias, donde en el aula, la tutoría o el patio se puede romper la dinámica del silencio y generar confianza. Es vital que existan programas sistemáticos de prevención, un sistema integral que involucre a docentes, contenidos académicos y un programa de servicio a la comunidad.

Por último, la comunidad es reconocida como la condición indispensable para la articulación y éxito de las otras tres.

La sostenibilidad del proyecto y de la persona

A menudo, las instituciones se enfocan en la sostenibilidad de los proyectos (“¿Cómo sostenemos la escuelita de fútbol?”), pero he notado que las personas a cargo de esos proyectos también se agotan. Es vital cuidar a los líderes y animadores.

La comunidad existe para el sostenimiento de los proyectos, pero también debe existir una dimensión de cuerpo a cuerpo con quienes están al frente. Se puede conseguir fondos del Estado para sostener recursos materiales y humanos, pero la sostenibilidad de los líderes es un aspecto humano y espiritual que debe ser atendido.

Para sostener este círculo virtuoso de las cuatro “C” son esenciales tres elementos:

1. **Comunidad:** Implica conocer, comunicar, participar y conectar ideas, instituciones y actores. Nadie se salva solo; el trabajo conjunto con otras fuerzas sociales y, cuando sea necesario, con el Estado, es ineludible.
2. **Espiritualidad:** Si no hay una mística que fortalezca el compromiso, el proyecto no se sostiene. Es sumamente importante para orientar las motivaciones personales más allá del agotamiento.

3. **Acompañamiento:** Uno de los mayores peligros es la masificación. No basta con tener muchos chicos en un club; es crucial la personalización, conocer sus nombres y apellidos, y generar vínculos significativos. De igual modo, es esencial el acompañamiento a las personas a cargo de los proyectos. Debemos preguntarnos si existen espacios de sostenimiento espiritual y humano para ellos.

Esto es lo que implica el trabajo directo y cercano (cuerpo a cuerpo): la confrontación del proyecto con la realidad, el encuentro de la comunidad con su entorno y la interacción de persona a persona, lo cual incluye el acompañamiento constante de encargados y líderes. Esta dimensión es esencial y atraviesa todo el trabajo preventivo.

Quisiera concluir con una breve oración que expresa ese deseo de “cuerpo a cuerpo” en todas sus dimensiones, como un anhelo para este círculo virtuoso:

“Señor, enséñame a poner el cuerpo. A poner lo que soy en medio del camino, saliendo y cruzando umbrales. Poner el cuerpo en el umbral de lo desconocido, de lo incómodo, de lo no dicho, de lo marginado. Poner mi cuerpo también, vulnerable, para levantar el cuerpo roto y caído, para aliviar la soledad del afligido y herido, para que ya no sea solo mi cuerpo, sino un cuerpo a cuerpo que camine entre la gente. Que mi cuerpo toque, ame, bese, mire... porque tocando, amando, besando y mirando, yo también soy levantado”.

III.3

La capilla

*Diego Delvecchio*²⁷

La capilla, más que un simple edificio, resurgió desde la acción y el servicio. Todo comenzó en 2017, cuando un grupo de personas se unió para ayudar a construir la casa de una vecina llamada Rosalía. Mientras trabajaban, comenzaron a

²⁷ Referente de la capilla Monseñor Angelelli y compañeros Mártires Riojanos y director del CPC de Barrio Jardín.

conocer a los vecinos del barrio El Milagro, que en ese entonces se estaba formando con casitas de madera y plástico. De a poco, los vecinos se acercaban y manifestaban sus necesidades, desde mesas y sillas hasta la falta de arbolado para sus terrenos. La primera gran actividad que reunió a mucha gente fue la distribución de noventa árboles, un momento muy especial. Luego, los vecinos pidieron que se celebrara la Navidad juntos, y así fue. A partir de esos encuentros y del compartir diario, la gente encontró un espacio de fe, que se fue fortaleciendo con misas celebradas en el fondo de una casa y los primeros bautismos.

La comunidad se consolidó a través del servicio, organizando ferias de ropa y contando con la colaboración de los vecinos, quienes no solo ayudaban sino que también indicaban quiénes eran los más necesitados. Incluso, un vecino usó su máquina para arreglar las calles del barrio. La comunidad era pequeña, apenas siete u ocho vecinos, pero parafraseando a Francisco, cada vez que se celebra la Eucaristía, “se abren las compuertas de la gracia de Dios”, y así lo fueron viviendo.

Este espíritu de ayuda mutua se vio profundamente fortalecido con la llegada de la pandemia. Muchos inmigrantes recientes, que trabajaban como albañiles o en servicio doméstico, perdieron sus empleos y no tenían acceso a ningún subsidio. La comunidad se organizó con la parroquia y, gracias a las donaciones de una empresa, comenzaron a distribuir viandas de comida que, para algunos, eran la única comida del día. Este período de crisis forjó un sentido aún más profundo de identidad y dependencia mutua, entendiendo que “nadie se salva solo”.

El trabajo conjunto con la parroquia permitió que la comunidad organizara una olla popular con el apoyo de muchos voluntarios y donaciones de verduras. Poco a poco, más vecinos se sumaron y consolidaron un grupo estable de personas que, impulsadas por la convicción de que la fe se vive en el servicio, pasaron a una nueva etapa: la construcción de la capilla. Surgieron dudas sobre si un templo “lindo y grande” era apropiado para los pobres, pero el padre Ángel resolvió la inquietud con una frase que se convirtió en una guía: “El lugar donde habitan los pobres es tierra sagrada” y “Para ellos hay que destinar los mejores recursos, nada de cositas pobres”. Esta validación fue una “gran luz” que confirmó que estaban en el camino correcto y atrajo a más personas a la comunidad.

La vivencia de la fe en esta comunidad no es abstracta ni declarativa, sino real y vivencial. Se manifiesta en la caridad entendida como servicio y encuentro. La fe es una comunidad de amor donde las personas se sienten necesitadas y se sirven unas a otras. Esta forma de vivir la fe generó un “efecto contagio” en todo el barrio,

inspirando a otros grupos a organizarse para ayudarse mutuamente en proyectos concretos, como la instalación del alumbrado público y la cañería de agua potable, que se lograron gracias al trabajo y la colaboración colectiva. Para ellos, la capilla no es solo un edificio, es un territorio, una “pequeña patria” donde el pueblo vive, ama y trabaja, una única vivencia que entrelaza la fe con la vida misma.

III.4 *El colegio*

*Patricio Bolton*²⁸

Al reflexionar sobre la relación entre educación y prevención, es frecuente escuchar a jóvenes que asocian el inicio de su consumo problemático con el ingreso o el egreso de la escuela, o que sienten que su vida se desarrolló por completo al margen de ella, al no sentirse plenamente acogidos. Si bien la escuela no es un lugar de permanencia indefinida, para algunos la institución llegó a representar un destino fatal o un camino predeterminado.

Sin embargo, la escuela es un espacio que, para muchos adolescentes, funciona como un factor de contención frente al consumo de sustancias. El problema de fondo, como se ha señalado, es un problema con la vida misma. Por lo tanto, en la medida en que la escuela sea un lugar de diálogo y albergue, que permita a los jóvenes tramitar sus dolores, encontrar el sentido de la vida y responder a las preguntas fundamentales (“¿A dónde voy?, ¿quién soy?, ¿qué busco?”), la relación con las sustancias será tramitada de una manera constructiva.

La estrategia de prevención debe ser diferenciada: no es lo mismo abordar esta problemática en una escuela donde el consumo ya está establecido que en un entorno donde la situación aún no es crítica. La intervención debe adaptarse a la realidad de cada lugar.

²⁸ Profesor de Nivel Superior, vicedirector de un colegio secundario, asesor en el Ministerio de Educación de Buenos Aires; también trabajó en el Ministerio de Educación de Córdoba.

El aula como comunidad

Al considerar la relación entre prevención y educación, resulta crucial priorizar el aula. El aula, cuando es bien comunicada, se convierte en un lugar de identidad que, en muchos casos, determina la permanencia de los jóvenes en la escuela. Es un espacio donde el adolescente puede encontrarse, sentirse a gusto y en un ambiente de “familia”. Lamentablemente, este concepto es difícil de implementar en muchos colegios secundarios, donde la lógica instalada es que el docente solo imparte el contenido sin que la cuestión relacional sea su principal preocupación.

En un contexto donde la problemática central radica en las relaciones, lo más importante es pensar el aula como una comunidad. Un sujeto que se encuentra con otro puede dialogar, sentirse cómodo, aprender y trabajar en equipo, construye relaciones de amistad y noviazgo y vive experiencias fundamentales (amor, perdón).

En el colegio secundario, el aula no suele estar ligada a estas experiencias. Nos enfocamos en la evaluación y la didáctica, dejando de lado la pregunta clave: ¿cómo hacemos del aula un espacio de comunidad y de familia en el plano de las relaciones, los sentidos y la estructura? Los jóvenes necesitan un espacio que los estructure, con horarios, responsabilidades y un lugar definido. El consumo problemático está ligado a menudo a la desestructuración; por lo tanto, el aula debe ser pensada como un factor que estructure e invite a la vida a partir de ese orden.

Además, el aula, como lo señala el papa Francisco, es un lugar de la praxis.²⁹ Lo que se enseña y se vive debe estar en contacto con la realidad. Cuando se realizan salidas didácticas, se promueve el arte o se llevan a cabo diversas actividades, el aula se convierte en un lugar de promesa: la posibilidad de “hacer algo distinto de lo que soy” y de “proyectar ser otra cosa”.

En la relación escuela-prevención, el punto clave más importante es que el aula se constituya como una comunidad donde las relaciones y los sentidos se construyen en la cultura, y que sea una promesa de vida para todos. Esto implica, en primer lugar, que la escuela y el aula repiensen la cultura en la que se vive, abarcando desde el “yo” hasta la familia y el barrio.

²⁹ Papa Francisco, encuentro con la escuela italiana, 10 de mayo de 2014.

Tres ejes fundamentales para la prevención

La escuela, cuando está bien planteada y cuenta con un proyecto sólido, actúa como un espacio de prevención al centrarse en tres cuestiones fundamentales:

Modificar las representaciones sociales: La escuela permite cambiar las representaciones sobre quiénes son los jóvenes y los habitantes del lugar. Es necesario habilitar espacios, experiencias y relaciones que pongan en tela de juicio estas representaciones, buscando replanteos que conduzcan a una mayor dignidad. Para lograrlo, los docentes deben salir al barrio, tener contacto directo y escuchar lo que dicen los jóvenes, sus familias y los vecinos. Modificar estas representaciones implica empatizar con el contexto cultural para desmontar prejuicios.

Formación de capacidades y “tecnologías del yo”: Los jóvenes llegan cada vez más desprovistos de ciertas tecnologías de acción que permiten una vida saludable. Esto incluye la capacidad de pensar los sentimientos (“¿Qué me pasa?, ¿qué siento?”), de resolver conflictos, la sociabilidad, la capacidad de organizar una tarea, hacer un plan o limpiar un lugar. Los proyectos educativos que tienen éxito logran desarrollar estas “tecnologías del yo”, que son fundamentales para la prevención.

Construcción en red con el territorio: Una escuela que no se cierra, sino que se construye en red con las familias y el territorio, es un factor de prevención altamente saludable. Los jóvenes comienzan a valorarse a sí mismos y a su entorno cuando la escuela legitima y dignifica su lugar de origen. Al reconocer y abrirse al territorio, la escuela dignifica a la familia del joven, permitiendo que esta venga al colegio y que la escuela vaya a la casa.

El desafío de la caja curricular

Un desafío crucial, sobre todo en la escuela secundaria, es darle sentido a la caja curricular. La prevención no es ajena al currículo. La caja curricular debe servir precisamente para responder a las preguntas existenciales: “¿Quién soy?, ¿qué hago en la vida?, ¿para qué estoy?”. El saber debe vincularse con el sabor, con el sentido. A la hora de pensar la relación educación-prevención, es indispensable involucrarse también en la didáctica de la escuela, sobre todo en la secundaria, para que el contenido sea significativo.

III.5

Proyecto educativo San José

*Katherine Crichigno*³⁰

El proyecto educativo San José se consolidó en un contexto de profunda necesidad y fragilidad social, a partir de la labor iniciada por los padres Bachi y Tano. Mi incorporación al proyecto estuvo motivada por la propuesta de establecer un jardín de infantes dentro de los asentamientos vulnerables.

En 2018, el padre Tano me mostró una ruina literal en el asentamiento de Puerta de Hierro, un lugar que había sido allanado y roto: un búnker de venta y fabricación de droga, un espacio asociado exclusivamente con la muerte. Ante la pregunta “¿Ves un jardín de infantes acá?”, la respuesta se impuso por la acción: el primer jardín de infantes se construyó precisamente en ese lugar, dando inicio al proyecto educativo San José.

El nacimiento de la escuela en la periferia

Todo cambio significativo se gesta con dificultad. Contarlo después de siete años puede parecer sencillo, pero establecer una institución en un barrio donde el consumo problemático es el eje y existen búnkeres y “cocinas” de droga no es fácil. Plantear la idea de “poner un jardín infantil en medio de todo eso” generó controversia. No obstante, la comunidad tenía una necesidad imperante: un lugar de cuidado y educación para los niños y niñas, mientras sus familias lidiaban con el consumo o realizaban trabajos informales.

Existe un debate constante sobre si la escuela debe educar o solo asistir. Sin embargo, sostenemos que la escuela educa, asiste, abraza y contiene: la escuela lo hace todo. No solo se enseña lo pedagógico, sino que se aborda la vida de manera integral. En este marco, se construyeron los primeros jardines de infantes en San Petersburgo y Puerta de Hierro.

³⁰ Licenciada en Gestión Educativa y representante legal de los proyectos educativos de la parroquia San José, La Matanza.

Al finalizar ese primer ciclo, surgió la necesidad de continuidad educativa: ¿a qué escuela primaria irían los egresados? La falta de oferta cercana motivó la propuesta del padre Tano de crear una primaria. Así, se abrió la primera escuela primaria en el barrio 17 de Marzo, asumiendo el gran desafío de inaugurar todos los grados de manera simultánea, sumando trescientos estudiantes en doble turno.

Los desafíos de la vida “rota” y la decisión de quedarse

La escuela comenzó a recibir niños en grados avanzados (cuarto y quinto) que no sabían leer ni escribir, que, a su vez, acarreaban problemáticas sociales complejas. Había estudiantes que reaccionaban con violencia, insultos o enojo. Todo esto debía ser acompañado, sin olvidar el contexto del barrio, donde se producían tiroteos entre bandas a la salida de la escuela.

Estos procesos fueron sumamente complejos. En un episodio de tiroteo en San Petersburgo, la tendencia fue salir corriendo. Sin embargo, ante la pregunta “¿Te vas a quedar o vas a buscar otra estrategia?”, la decisión fue quedarse y buscar otras estrategias. Este tipo de desafíos marcan de manera profunda la concepción de una escuela que realmente abrace las vidas.

Es fundamental no romantizar estas situaciones. No todo es fácil; existen realidades muy crueles. No consideramos que podamos salvar a nadie; las escuelas del proyecto son oportunidades que se ofrecen. El verdadero cambio se produce en el encuentro entre comunidades: entre una maestra y un estudiante, o entre alguien que tocó fondo y hoy quiere sumarse a un Hogar de Cristo. Trabajar con las vidas más “rotas” es, aunque gratificante, muy difícil en realidad, y no es un trabajo para cualquiera.

La metodología del acompañamiento integral

Cuando los niños finalizaron la primaria, surgió la misma problemática: la necesidad de una oferta educativa secundaria. En medio de la pandemia nació la secundaria San José, para la cual se adoptó el Hogar de Cristo como marco teórico y pilar educativo. La premisa fue: “Recibir la vida como viene, con todo su bagaje”.

La escuela debe recibir al adolescente de modo integral: si viene con familia en consumo, con esa realidad se lo recibe; si viene solo, se lo recibe solo. La vida viene “hecha bolsa”, y de esa manera se la agarra y se la acoge. Lo importante es que el joven o la joven entre a la escuela.

Nuestra metodología se asemeja al refrán “Los melones se acomodan en el camino”. Una vez que los jóvenes están dentro de la escuela, se abordan los demás desafíos mediante la articulación de redes firmes:

- Si un niño llega sin carnet de vacunación, se articula con la salita del barrio.
- Si viene sin DNI, se articula con la oficina del RENAPER.
- Si un niño o niña está en situación de vulnerabilidad extrema, donde el adulto acompañante no está en condiciones de cuidarlo, se articulan dispositivos de acompañamiento, como un hogar de niños, o se acompaña a la madre para que ingrese a un hogar de mujeres.

Se trata de crear un entramado que no permita que se caiga nadie. Esta red que se construye en el encuentro diario es también la respuesta a la pregunta: “¿Quién cuida al que cuida?”, ya que sostiene y guarda el corazón y la mente de los educadores para que no claudiquen.

Crecimiento y clave de la intervención

El proyecto siguió creciendo. Al año siguiente se inauguró la segunda escuela secundaria, y más tarde, gracias al apoyo del papa Francisco, se construyó un instituto superior de formación docente, un instituto técnico con la carrera de enfermería y una escuela especial. Hoy son trece dispositivos que nacieron de necesidades concretas detectadas en el barrio: se detectaba una necesidad y se organizaba a la comunidad para ofrecer la oportunidad (escuela, jardín, su club, natatorio).

A los espacios sociocomunitarios que funcionan en contraturno de la escuela se les denomina “casitas”, como una extensión del hogar. En estos los jóvenes participan de talleres y actividades. Incluso existe la “casita de noche”, donde cenan y regresan a casa tarde, garantizando la contención.

La clave del éxito radica en saber escuchar a la comunidad, avanzar y desestructurar. A los docentes, a menudo, les cuesta soltar el “chip” de la enseñanza tradicional, cuando es necesario sumar una estrategia artesanal y específica para ese lugar. Lo que funciona en un barrio puede no funcionar en otro. El verdadero cambio se genera al poner el corazón y en ese encuentro con el otro.

III.6

El club en el barrio

*Miguel Viola*³¹

Es fundamental que todos los actores formemos parte de ese trabajo en red y que esta agenda se transforme en una agenda colectiva. Porque frente a una problemática compleja, la respuesta también debe ser compleja. Esto requiere que trabajemos con una lógica comunitaria.

Soy el presidente del club de Villa Azalais, que está en la parte norte de la ciudad de Córdoba. Villa Azalais es un barrio popular, como diría el cura Pepe, un barrio obrero de gente trabajadora. Como es lógico, el contexto actual impacta en este tipo de barrios de una manera más profunda. Hoy vivimos una crisis que no es nueva, pero que se ha profundizado en el último tiempo. El papa Francisco la denomina la “cultura del descarte”.³²

En los barrios populares, la cultura del descarte se vive de manera muy fuerte y genera un mecanismo que hace que la ley del descarte de Francisco se convierta en una realidad. Esto se da por dos factores: la ausencia del Estado y, en consecuencia, el avance del narcotráfico. Los que vivimos esta realidad a diario vemos cómo aumenta el consumo así como el narcotráfico y la venta de estupefacientes, generando una dinámica de destrucción.

A su vez, esto afecta de manera más profunda a las familias, que se ven sobrepasadas. La cantidad de padres que se acercan a diario al club es enorme. Estos padres dicen: “No puedo pagar la cuota, pero, por favor, no dejes a mi hijo afuera, porque si no, no sé qué hacer con él en mi casa y no quiero que esté en la calle”. Esto es algo que vemos todos los días.

Frente a esta realidad, hay un círculo vicioso, un camino que lleva a nuestros jóvenes: el consumo, la cárcel y, por último, la muerte. Llegamos tarde. Cada vez hay más niños en la cárcel. Evidentemente, es un camino de destrucción.

³¹ Presidente del Club Villa Azalais.

³² *Laudato si'*, (n 22), 2015.

Nosotros creemos en otro camino, que es el que nos propone Cristo y el Hogar de Cristo: el abordaje integral de la vida. Esto se logra a través de la capilla, el colegio y el club. Es la forma de trabajar de manera integral los aspectos deportivo, social, cultural e intelectual.

Ese es el camino, y para lograrlo se necesita establecer una agenda que se transforme en una política pública, y que esa política tenga un presupuesto. No sé si lo lograremos, pero estoy convencido de que es posible.

No hay que inventar muchas cosas. En una época, los clubes, las capillas y los colegios funcionaban como una red en la Argentina. Simplemente hay que volver a esos canales, a esas lógicas y a un Estado presente. Hay que volver a generar ese círculo virtuoso de un Estado que se preocupe por el sentido integral de la vida, con clubes que fomenten la integración social y colegios que incorporen valores. Creo que ese es el camino.

Desde nuestro humilde club, trabajamos todos los días para que esto sea cada vez más posible.

III.7

Unión de Clubes Parroquiales

*Juan Manuel Gauna*³³

La Unión de Clubes Parroquiales representa a la Iglesia en materia de prevención, creyendo firmemente que esta es la herramienta principal y fundamental en el trabajo comunitario de los barrios. Operamos bajo el paraguas de Cáritas Nacional y contamos con más de 880 experiencias a lo largo del país.

Estos clubes nacieron de la necesidad de ofrecer una respuesta concreta y organizada. Hace varios años, los curas villeros se propusieron vivir y trabajar en las villas, observando de primera mano la llegada descomunal de la droga y la consecuente ruptura de los lazos familiares. Esto llevó a la creación de un sistema asistencial, como los Hogares de Cristo, para contener la problemática.

³³ Coordinador nacional de la Unión de Clubes Parroquiales.

No obstante, con el tiempo, comprendimos que abordar únicamente el síntoma no era suficiente. Debíamos llegar antes, identificar las causas y enfrentar el problema desde el inicio. Así, comenzamos a desarrollar en los barrios populares el concepto del club parroquial.

El círculo virtuoso de las “tres C de la vida”

Nuestros clubes son de “cuota cero” y de carácter promocional, buscando garantizar el derecho de los niños y jóvenes a través de la prevención. Engloban todas las propuestas preventivas existentes: desde lugares más desarrollados con ligas deportivas organizadas hasta espacios más incipientes que comienzan con un merendero o una copa de leche. En esto, somos respetuosos de la identidad de cada comunidad.

La respuesta es intrínsecamente comunitaria. Nuestra propuesta de “capilla, colegio y club” es un círculo virtuoso que busca abrazar a las familias en sus distintas etapas, brindando contención. De esta manera, los propios padres se comprometen, las madres asumen roles de liderazgo en las actividades y se forman nuevos líderes comunitarios que tienen el pulso y el sentimiento de la realidad, permitiéndoles llevar adelante las propuestas de manera efectiva, siempre en un intercambio transversal con profesionales.

Además, le otorgamos un tinte pastoral específico: apostamos a una mirada del Evangelio a través del deporte. El papa Francisco concibe el deporte como una herramienta para la cultura del encuentro, un medio para salir a buscar a esos niños y niñas que, quizás, no se acercan a la escuela. El club parroquial ocupa ese espacio que, de otra forma, podría ser la esquina o un lugar donde los chicos no encuentren un sentido de pertenencia.

Trabajamos la identidad y el sentido de pertenencia. En los barrios populares, la cultura, el arte, la música y el deporte son herramientas fundamentales para generar una comunidad que afronte las problemáticas sociales y la violencia.

Nosotros definimos que “capilla, colegio y club” son las “tres C de la vida”, que se contraponen a las “tres C de la muerte”: cárcel, calle y cementerio. Estas son realidades contrapuestas existentes en las villas y barrios populares. Si bien este es el marco para contrarrestar esos emergentes, no nos limitamos a la confrontación; hacemos un camino y apostamos a la vida, a construir una sociedad y una cultura desde otro lugar.

La brecha social y la creación de identidad

Vivimos inmersos en una sociedad del consumo, con problemas de tecnología, sedentarismo y sobreestimulación. Nosotros, en cambio, abrazamos lo primario: el derecho al juego y a que los chicos tengan espacios sanos y cuidados.

Hace cuarenta años, los clubes de barrio, que realizan una gran labor, podían contener a todos los jóvenes. Hoy en día, la brecha social creció de manera considerable, y muchos de estos clubes se han convertido en meros espectadores del deporte. Por eso era necesario crear clubes con características particulares para estos contextos. Se crearon clubes parroquiales con una identidad propia, que se vincularon con todos los actores sociales del barrio.

Porque donde no está la comunidad, el Estado o la Iglesia, florece la violencia y la delincuencia.

Creemos que la prevención es el camino y que ahí es donde debemos apuntar. Es fundamental que las políticas públicas, en materia de salud, educación, cultura y deporte, trabajen en conjunto para generar transformaciones. Necesitamos que los clubes estén llenos de chicos, ya sean parroquiales, de barrio o de organizaciones sociales. Necesitamos que estén en el club y no en la calle. Nuestro rol es ser puentes para el camino del encuentro al que nos invita el papa Francisco.

III.8

La familia como parte de la solución: un enfoque desde el Hogar de Cristo

*Florencia Boneu*³⁴

El grupo de acompañamiento a familiares surgió hace unos años, ante la necesidad de acompañamiento que las madres solicitaron de manera puntual en la parroquia, con un alto nivel de desesperación: “¿Cómo pueden ayudar a mi hijo?”. En

³⁴ Coordinadora área familia "EPCB" y coordinadora área "Liberados" de APYCA (Cáritas Córdoba).

ese momento, no había un espacio funcionando para el acompañamiento familiar, sino que estaba dirigido en lo específico a los jóvenes que atravesaban la problemática de las adicciones.

Frente a esta situación, las familias llegaban totalmente destrozadas. Madres y padres manifestaban un nivel de angustia, dolor y enojo muy difícil de manejar. La palabra principal era “desesperación”: desesperación por no saber qué hacer o cómo actuar. Ante esto, el padre Pablo Viola propuso la creación de un espacio de acompañamiento para las familias. Él no tenía claridad sobre de qué modo se construiría, por lo que se fue generando en función de la respuesta a la demanda y a la necesidad propia de la realidad.

Cuando iniciamos este espacio, nos sorprendió la respuesta real. La realidad nos devolvía una asistencia menor a la esperada: había familiares presentes, pero un grupo considerablemente mayor no recurría al espacio. La demanda de los familiares que no asistían era: “Necesito ayuda urgente para mi hijo” y “No sabemos qué hacer, por favor, solucionen este problema”. Esto nos generaba sentimientos encontrados. Por un lado, estaban las familias que veían a su ser querido desesperado, y por otro, los jóvenes con los lazos rotos que, en muchos casos, querían salir adelante (porque el tratamiento es voluntario) y que necesitaban el apoyo de sus familiares en el proceso.

La pregunta fundamental era: ¿cómo acompañar esta realidad? Iniciamos con un taller de modalidad grupal y algunos acompañamientos individuales. La idea era trabajar problemáticas generales que atraviesan a todas las familias. En ese sentido, la siguiente pregunta era: ¿de qué hablar o con qué mirada trabajaríamos, acompañaríamos y daríamos respuesta a esta familia?

Lo primero que se pensó al generar el espacio fue cómo transmitir a las familias asistentes (que eran las menos) la importancia de involucrarse en el proceso. Ellas consideraban que involucrarse implicaba simplemente llevar a su hijo o hija al espacio, o que significaba todo lo que venían haciendo durante años.

El taller se transformó en un espacio donde cada familiar expresaba la angustia, el malestar, la bronca y los enojos generados en la familia a causa de la conducta de la persona con la problemática de consumo. En consecuencia, la hora y media se agotaba hablando de estos temas. Como psicóloga, no podía hacer un aporte significativo, pues no podía contarles nada que ellos no supieran mejor. Debía sentarme y escuchar todo lo que ya sabían. ¿De qué les hablaría yo,

de manipulación, mentiras, enojos o lazos rotos? No tenía manera de realizar un aporte significativo.

Entonces, la prioridad y el descubrimiento fue que las familias lograran tomar conciencia de la importancia de comprometerse en el acompañamiento de su familiar, pero, sobre todo, comprometerse con uno mismo. A menudo nos resulta más fácil identificar los errores en el otro. En este sentido, puede que tengamos razón en muchas cosas. Sin embargo, no es posible generar un cambio en el otro si este no lo decide por sí mismo. Por lo tanto, lo único que podemos hacer es generar un cambio en nosotros.

Aunque entiendo la necesidad de estos espacios de contención, a los fines prácticos y concretos de la ayuda que busca la familia, la solución no reside en ver cómo el familiar puede lograr que el otro cambie. La ayuda concreta radica en que el familiar pueda identificar que es parte de un sistema. La familia es un sistema donde cada una de las partes influye e incide en la dinámica.

Si ponemos en primer lugar a la sustancia, diciendo “Vengo porque mi familiar consume tal cosa”, estamos dando prioridad al consumo en sí mismo. No obstante, la idea que se trabaja en el Hogar de Cristo es correrse de esa mirada para que lo principal y el foco no sea la sustancia, sino la persona.

Esto significa que es necesario que la familia se aparte de la lógica de que la problemática es puntualmente el consumo. Por supuesto que el consumo es el móvil que destruye un sinnúmero de aspectos de la persona y de sus vínculos. Ahora, la solución no está en reducir el problema solo al consumo, sino en ampliar la mirada y darnos cuenta de que la pregunta tiene que ver con qué lleva a esa persona a la dinámica de necesitar una sustancia para poder afrontar la realidad.

Al mirar a la persona en primer lugar y no a la sustancia, se vuelve inevitable observar la dinámica de la familia de la cual esa persona forma parte. Esto no implica que la familia sea culpable. Lo que significa es que si la intención es ayudar, y estamos movilizados por el amor y el sufrimiento, lo único que está a nuestro alcance es ver cómo nosotros (como madre, pareja, hijo, hermano o padre) podemos generar cambios que incidan e influyan en esa dinámica familiar. Al incidir en esa dinámica, podemos llegar a movilizar a la persona que está atravesando la problemática del consumo.

Por ello, hoy nos acompañan dos madres que son testimonio. Ellas han estado presentes en el proceso de sus hijos y en los talleres de familia. Por lo tanto, más que

lo que yo puedo compartir en términos teóricos o generales, me gustaría que tomen la palabra quienes lo han vivenciado en carne propia.

SECCIÓN IV

ESTRATEGIAS DE ASISTENCIA: DISTINTAS RESPUESTAS ANTE LA PROBLEMÁTICA DEL CONSUMO

IV.1

Nuestra historia, recibir la vida como viene

Pablo Vidal³⁵

¿Cuál fue el punto de partida del Hogar de Cristo? A menudo, el origen de los grandes movimientos se olvida. Comprender esta historia es esencial para entender la trayectoria del Hogar de Cristo, un proyecto que hoy se ha consolidado como una respuesta fundamental de la Iglesia y las parroquias ante el sufrimiento en sus comunidades y barrios.

El abordaje de las adicciones es relativamente reciente para la Iglesia. En 2007, durante la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, Brasil, la Iglesia lo asumió con una fuerza inédita. El documento final de los obispos de América Latina describió el fenómeno de las drogas como “una mancha de aceite en el agua que lo invade todo” y ya entonces se lo calificaba como “la pandemia de esta época”. Se advertía que no distinguía entre ricos y pobres, edad o pueblos, sino que atravesaba a toda la sociedad.

La fundación del primer hogar

Un año después, en 2008, se fundó el primer Hogar de Cristo en la parroquia de Caacupé, ubicada en la Villa 21-24 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En ese momento, el impacto del narcotráfico había transformado la dinámica barrial:

³⁵ Coordinador de Desarrollo Humano Integral en Cáritas Argentina.

la gente vivía a la intemperie, la violencia interna era habitual y la presencia de vendedores de droga desarticulaba por completo la lógica comunitaria. La situación se vivía como una gran avalancha o un tsunami social.

Las únicas soluciones disponibles hasta entonces eran las comunidades terapéuticas, que operaban bajo la premisa de que “hay que sacar a la persona del barrio porque es el ambiente que la daña”. No obstante, el problema radica en que, incluso después de un tratamiento exitoso, la persona regresaba al mismo barrio, a la misma familia, con los mismos amigos y al mismo entorno.

Ante esta realidad, el padre Pepe Di Paola y otros sacerdotes, como Carlos Olivero y Nicolás Angelotti, plantearon una pregunta clave: “Si como Iglesia abrimos comedores para paliar el problema del hambre o escuelas para la educación, ¿qué hacemos por los jóvenes en la calle y cómo facilitamos su regreso digno?”.

Se concluyó que la problemática de las adicciones no es meramente individual. La desintoxicación es solo una parte del proceso; lo más complejo es lograr que la persona pueda reintegrarse a su vida y a su barrio. Por lo tanto, el barrio mismo necesitaba de una transformación. Requería la presencia de personas que recibieran, acompañaran y sirvieran de sostén a quienes buscaban recuperarse.

Las banderas del movimiento

Durante la inauguración del Hogar de Cristo en la Villa 21, en Jueves Santo de 2008, el entonces arzobispo de Buenos Aires, cardenal Jorge Bergoglio, dejó dos frases que se convirtieron en los pilares del movimiento:

1. “Recibir la vida como viene”
2. “Acompañar cuerpo a cuerpo”

La primera frase enseña que la adicción nunca es un problema aislado; es un síntoma que se suma a un conjunto de factores (falta de educación, desempleo, familias desmembradas). El acompañamiento debe ser, por lo tanto, integral.

La segunda frase, “cuerpo a cuerpo”, implica una entrega personal: poner el cuerpo, el abrazo, compartir la mesa. El acompañamiento debe ser personalizado, ya que cada historia es única: algunos necesitan reconectar con sus familias, otros requieren un centro de vida fuera de la ciudad, y otros, simplemente, un puesto de trabajo. La mayor riqueza del Hogar de Cristo reside en ofrecer un abanico de posi-

bilidades para que cada persona construya su propio camino, manteniendo siempre como guía estas dos banderas fundacionales.

IV.2 *Madre de la Esquina*

*Ana Campoli*³⁶

“Mas Dios ha de permitir
que esto llegue a mejorar
pero se ha de recordar
para hacer bien el trabajo
que el fuego pa calentar
debe ir siempre desde abajo”.

Martín Fierro

Comenzaré presentando algunos aspectos generales respecto al modelo propuesto por el Hogar de Cristo, para luego presentar un breve recorrido del Hogar Madre de la Esquina en la implementación de esta propuesta, como sostiene el *Martín Fierro*: “que el fuego pa calentar / debe ir siempre desde abajo”.³⁷ Me voy a detener en tres aspectos propuestos por Ana Laura Azparren,³⁸ dispositivos del Hogar de Cristo: accesibilidad, integralidad e interseccionalidad.

La accesibilidad

La accesibilidad tiene que ver con lo que pasa cada día en nuestro hogar, significa tener la puerta siempre abierta para recibir todas las vidas y toda la vida. La

³⁶ Coordinadora del Centro Barrial Madre de la Esquina, Barrio Suárez.

³⁷ José Hernández, *El Gaucho Martín Fierro*, 1872.

³⁸ Ana Laura Azparren Almeida, *Del consumo al cuidado*, 2020.

accesibilidad está dada desde la localización de los dispositivos, ya que nos encontramos en los territorios más vulnerables, en las villas, compartiendo las mismas dificultades que las personas que se acercan. Este aspecto refiere también a la ausencia de requerimientos burocráticos para ingresar y permanecer en las diferentes propuestas (bajo umbral), característica fundamental. No pocas veces recibimos llamadas de equipos técnicos consultando sobre los “requisitos” para que alguien pueda ingresar a nuestros dispositivos. No deja de llamarme la atención cuando les respondo que el requisito es que “que venga” que se hagan grandes silencios.

La integralidad

Otro de los puntos es la integralidad. Siguiendo a Camarotti,³⁹ “el consumo de drogas es un hecho complejo que no se puede abordar de un modo aislado de los contextos sociales en los que se da, lo que lleva a requerir respuestas creativas y flexibles y contemplar una mirada transdisciplinar y multisectorial”.

En el análisis desde una perspectiva interseccional convergen tanto perspectivas económicas, sociales, psicológicas, culturales y médicas de abordaje teórico y práctico como las provenientes de experiencias y lecciones aprendidas. En el Hogar de Cristo, la integralidad refiere a lo que mencionaba como “recibir todas las vidas y TODA la vida”. No se recibe solo a una persona que tiene un problema de consumo de sustancias, se recibe a una persona atravesada por una historia de múltiples dificultades –de salud, educación, trabajo, falta de vivienda, violencias, entre otros múltiples aspectos–. Debido a que el problema es complejo, entonces las respuestas tienen que ser complejas y abordadas por lo tanto desde la integralidad; esto es, desde hacer el DNI hasta finalizar estudios, atender temas de salud nunca abordados, comenzar con acompañamiento terapéutico (individual y/o grupal), temas legales (si los hubiera), etc. Este abordaje integral también supone la implementación de acciones de promoción, prevención, asistencia y rehabilitación.

La interseccionalidad

El tercer aspecto mencionado por Azparren es la interseccionalidad, un término propuesto por el feminismo negro desde la perspectiva teórica y epistemológica que

³⁹ Ana Clara Camarotti y Ana Lia Komblit, *Abordaje integral comunitario de los consumos problemáticos de drogas: construyendo un modelo*, 2015.

permite poner en relación las diferentes dimensiones de las desigualdades sociales. La realidad social es compleja, por lo que su análisis no puede reducirse a una sola categoría de diferenciación social, como género, clase o raza, sino que debe contemplar las diferentes dimensiones de su interrelación. Cabe mencionar que el consumo problemático está presente en la actualidad como los más altos índices de impacto sanitario a lo largo de los diferentes territorios y clases. El consumo problemático no es solo un problema de los más pobres, pero no podemos dejar de mencionar que no es lo mismo que sea una mujer, pobre, de un barrio vulnerable, la que atraviesa el consumo problemático que personas con otras características. Es muy importante tener esta mirada de la complejidad, considerando la interseccionalidad, para proponer respuestas complejas como las que propone el Hogar de Cristo.

Intersticial

Por otro lado, me parece importante incorporar otro aspecto característico más: el Hogar de Cristo es intersticial, este aspecto refiere a que el Hogar se encuentra en los “entres”, habita los espacios que van quedando entre los intersticios de las comunidades, los grupos, las dificultades, las “roturas” de las personas. Como dice Fernández Savater,⁴⁰ “Transformar es habitar la excepción”. El Hogar de Cristo habita la excepción, se anima a dar respuestas creativas, diversas, intersticiales, para llegar a proponer respuestas complejas. Así como entre las ranuras de cemento puede crecer una flor, “entre” la complejidad del consumo problemático puede crecer una respuesta como la del Hogar de Cristo.

Hogar de Cristo Madre de la Esquina

El proceso que llevó nuestro Hogar de Cristo Madre de la Esquina se desarrolló en tres momentos. En el momento inicial, caracterizado por la invitación del papa Francisco, “Cercanía, presencia y vínculo”, tres voluntarias de la parroquia se sientan durante un año, con mate cocido y criollos, en la esquina de Suárez, donde se encontraban los jóvenes consumiendo, para generar con ellos un vínculo. A partir de allí se construye la primera sede del centro barrial en la villa Costa

⁴⁰ Amador Fernández Savater, *Habitar y gobernar: Inspiraciones para una nueva concepción política*, Ned Ediciones, 2020.

Cañada, una casa de Techo para mi país (3 metros x 6 metros), donde comenzaron a desarrollarse las actividades semanales (grupo, asistencia de una psicóloga, talleres, cena de la caridad, apoyo escolar, consultas con abogadas, etc.). Un segundo momento, de afianzar el proceso identitario del Hogar, lo que antes mencionamos como “modelo integral comunitario” con sus diferentes aspectos: accesibilidad, integralidad, interseccionalidad. En este momento se avanza en la ampliación del centro barrial, que se ubica en el “Galpón”, cuyas dimensiones y accesibilidad de su ubicación permiten ampliar las propuestas de acompañamientos, diversificando y multiplicando las actividades, como así también permitiendo la posibilidad de acceso desde diferentes barrios. También en este tiempo se lleva adelante la titánica tarea de recuperar el espacio del ex-Batallón 141 en José de la Quintana, abandonado durante veinticinco años, y que con muchísimo esfuerzo y muy pocos recursos nos llevó a poder soñar y luego hacer realidad la Granja Refugio Libertad, para el acompañamiento de forma convivencial de los jóvenes con problemas de consumo. El tercer momento lo menciono como de “consolidación” de los diferentes espacios y propuestas. Vale mencionar aquí: los “umbrales”, en el Hogar de Cristo, refieren a los diferentes momentos en el proceso de acompañamiento. Estos no son lineales, sino que intentan representar una diversidad de propuestas que permitan abordar la complejidad antes mencionada. El Primer Umbral es la instancia en la que la persona recién llega: será recibirlo, abrazarlo, que pueda bañarse, comer, empezar a sentirse parte de una familia. El Segundo Umbral implica poder expresar la voluntad y posibilidad de la persona de sostener algún tipo de proceso en el tiempo, empezar los estudios, la psicóloga, los grupos, atender los temas de salud, legales, etc. El Tercer Umbral es cuando se profundiza y se sostiene el proceso; es el caso de las granjas, una instancia de mayor complejidad y profundización a nivel personal y comunitario. El Cuarto Umbral, cuando la persona ya ha podido finalizar un proceso y sigue vinculada a las instancias de acompañamiento del Hogar procurando concretar el proyecto de vida que trabajó. En nuestro Hogar contamos con cuatro umbrales: el Primer Umbral en el centro barrial de B. Suarez; al Segundo Umbral lo llamamos la Casita de Varones y la Casita de la Costa; el Tercer Umbral, la Granja Refugio Libertad en Villa San Isidro - José de la Quintana, y el Cuarto Umbral se lleva a cabo con jóvenes que han terminado el proceso y prestan servicios tanto en Villa San Isidro como en Córdoba.

El Hogar de Cristo Madre de la Esquina cumple nueve años. Nació en una esquina a partir de una mate cocido y una bolsa de criollos; hoy cuenta con un espacio preventivo deportivo donde asisten más de cien niñas, niños y adolescen-

tes, un centro barrial, dos casas convivenciales, una granja y un espacio de Cuarto Umbral. Como dice el Martín Fierro, “que el fuego pa calentar / debe ir siempre desde abajo”.

IV.3

Fazenda de la Esperanza

*Sara Victoria Maidana*⁴¹

Esta vocación surgió en 1979, mientras me desempeñaba como maestra en la zona de Punta Norte, en el departamento de Rivadavia, trabajando con población indígena y criolla. Un día, a pedido de mis alumnos, les llevé coca, un recurso tradicionalmente utilizado para calmar el hambre, la sed y el cansancio.

Les entregué un kilo de coca. Yo vivía a 670 kilómetros de mi familia y, en ese momento, era simplemente una maestra rural, no una religiosa. Al darle la coca a un hombre coya, este la probó, la escupió y me increpó: “¡Cristiana puerca, cristiana puerca!”.

De manera instintiva, comprendí que no era el tipo de coca al que él estaba habituado. Lo llamé, lo conduje hasta la cocina de leña, ubicada a unos cincuenta metros, y le dije: “Lo que no sirve, se quema. Quédate ahí parado”. Tomé la bolsa, la arrojé al fuego, y él repitió: “Cristiana puerca, eso no sirve, eso mata”. De esta singular manera comenzó mi historia con el problema de las drogas.

Recordé entonces la cita evangélica: “Ustedes son la luz del mundo. No se coloca una lámpara debajo de un cajón, sino arriba del candelero para que ilumine a todos los que están en la casa. Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes”.⁴² Como hija de Dios y seguidora de San Francisco, asumí la misión de acompañar a jóvenes y familias sin rumbo ni esperanza. Para lograr com-

⁴¹ Hermana franciscana misionera de Nuestra Señora que actualmente trabaja en la Fazenda da Esperança en Deán Funes.

⁴² Mateo 5:13-16.

prenderlos, fue necesario un proceso de introspección para descubrir mis propias raíces y, finalmente, poder verlas con los ojos del Espíritu.

A través de la oración, fui testigo de cómo los jóvenes superan traumas y heridas, recuperando su autoestima y cultivando relaciones sanas. Esta sanación es, en mi convicción, la mano intercesora del Dios vivo que se manifiesta en el servicio del hermano, del padrino, del coordinador y del responsable, consolando a quien más lo necesita.

El pilar fundamental de nuestro trabajo es la espiritualidad, la fe, la confianza y el amor manifestado a través de los hermanos. El reencuentro con la familia, el abrazo, las lágrimas y el perdón se transforman en una poderosa fuerza de crecimiento espiritual. Después de tres meses, al recibir su primera visita, los padres y familiares llegan desesperados por ver esos rostros y esos ojos, por dar y recibir un abrazo y por escuchar palabras que antes estaban rotas.

El descubrimiento de la luz en la vulnerabilidad

El “Cristo que volvió loco a Francisco y revolucionó el mundo” también generó en mí un profundo bullicio interior. Esto se sosegó cuando tuve el valor de ofrecer una respuesta teológica. En 1986, durante un seminario, se me solicitó una respuesta concreta a una situación social emergente en Rosario. Me conmovió profundamente la frase que veía en los grafitis de la zona: “Haga patria, mate un toba”.

Era 1988, y yo observaba a familias y niños enfermos de sífilis, sarna, piojos y tuberculosis, además de una gran cantidad de menores de seis a diez años con el rostro quemado por la inhalación de pegamento. Fueron ellos, de hecho, quienes me ayudaron a descubrir esa luz; se convirtieron en mi faro. Siendo yo novicia, ellos me llamaban: “¡Monjita, vení aquí!”. Eran personas descartadas por ser tobas y mocovíes. Fue allí adonde el Espíritu me guio. Ellos me indicaron el camino de la luz, el modo de no ser rechazados y de ser tratados con dignidad. Ahí estaba, invisible para muchos, la droga.

La espiritualidad del adicto comienza con el acto de “ver”. Cuando evitamos ver, esquivamos la mirada, pero al mirar verdaderamente a la persona, descubrimos sus sentimientos. Y al ser mirados con amor, ellos descubren que son amados, que se les dedica tiempo y que son escuchados.

El Espíritu nos impulsa cada día a acrecentar la esperanza, incluso frente a la desesperación. Yo apuesto por la vida y por la esperanza. Nuestra labor es ayudar a los demás a preguntarse: “¿Quién soy? ¿Para qué estoy?”. A mí misma me llevó a cuestionarme: “Sara, ¿en dónde te metiste? ¿Qué estás haciendo?”. Descubrí que estaba llamada a algo trascendente: a seguir a un Dios tan poderoso que nos conduce a ser felices.

Trabajando en Brasil, en las comunidades eclesiales de base, fui atacada por una mujer a las cinco de la mañana. Salí ilesa. Esa mujer, a la que llamó “Nadiña”, me mostró que la violencia no es el camino. Comprendí que no se combate la violencia con más violencia, sino con el amor y la aceptación. Por eso amo a Nadiña, a pesar de lo que intentó, pues no era ella, sino la droga, el infierno, el demonio.

La Fazenda: una escuela de vida y espiritualidad

Los jóvenes llegan a la Fazenda (comunidad terapéutica) con el objetivo de abandonar los vicios, pero durante el proceso de internación descubren que ese es solo el primer paso para la felicidad. Un “hombre nuevo” es aquel que conoció a Dios y lo ama por el resto de su vida. Cuando experimentan una recaída, suelen reconocer: “Me alejé de Dios, me alejé de la espiritualidad”. Ellos construyen relaciones verdaderas con sus compañeros, formando una nueva familia espiritual que se integra a su historia.

En las visitas, se comparte y medita el Evangelio, se relatan experiencias y se dan testimonios, aprendiendo a admirar las pequeñas cosas. La espiritualidad de la Fazenda se basa en meditar y descubrir lo que Dios quiere de cada uno a través de las lecturas del día. Otro aspecto central es la Eucaristía, donde los jóvenes comprenden el valor de la misa como alimento espiritual. La adoración al Santísimo, realizada dos veces por semana, les permite purificarse de sus cargas emocionales, llorar y sentir el abrazo del amor de Dios. Además, se reza el rosario y se llevan a cabo formaciones humanas y espirituales con laicos y sacerdotes.

Afirmamos que la Fazenda es una escuela de vida y de valores. Quizás surja la pregunta de cómo, sin un equipo de profesionales médicos y sin medicamentos, permanecemos activos hace 42 años. La respuesta reside en la sencillez y la profundidad de nuestra labor, inspirada en la cita de San Juan (20:25), donde Tomás se niega a creer en la resurrección si no ve la señal de los clavos.

Aquí llegan los “Cristos rotos” que necesitan una mano fuerte que los sostenga, los cuide y les brinde contención emocional. Cegados por las adicciones y agotados por intentos fallidos, emprenden un camino de vida que es, para ellos, una verdadera resurrección brindada por la familia. En este lugar, basta un simple ver para crear: es la misma mano de Dios manifestada en el servicio.

IV.4

Parroquia Crucifixión del Señor

*Mariano Oberlin*⁴³

Siempre digo que no tengo mucho currículum, más allá de ser párroco de la parroquia Crucifixión del Señor. Este es el motivo por el cual trabajamos en esto. Es una riqueza porque es en la parroquia donde el problema surgió y donde, con la comunidad, intentamos dar una respuesta. La parroquia es una comunidad muy amplia, donde conviven niños, adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos, enfermos, sanos, profesionales y personas sin estudios. Esto, aunque es una pastoral heterogénea y difícil de abordar, tiene una gran riqueza. Si logramos encontrarnos, podemos enfrentar las cosas de una manera más amplia.

Empezamos a trabajar en esto porque los primeros tres responsos que me tocó dar (la oración que hacemos los curas por las personas que mueren) fueron para jóvenes que se habían suicidado después de consumir drogas y para una niña que, al parecer, había sido ahorcada por un ajuste de cuentas entre narcos. Al llegar a la parroquia, mi primera sensación fue “Huyamos de aquí, no hay nada que hacer”. Pero con el Consejo Pastoral, dijimos: “Intentemos hacer algo. No sabemos qué, no tenemos idea de por dónde, pero no hay peor gestión que la que no se hace”.

Teníamos un merendero, así que decidimos que los chicos no solo vinieran a comer, sino que tuvieran un lugar donde se los tratara de otra forma. Venían de la calle, merendaban y volvían a deambular. Queríamos que tuvieran un lugar donde

⁴³ Sacerdote diocesano, párroco de la parroquia Crucifixión del Señor, en Barrio Müller, Córdoba.

se los mirara como niños, que pudieran sentir su niñez al menos un par de horas a la semana.

Recuerdo que nos regalaron una patineta y, con un carpintero que vivía en la parroquia, hicimos una rampa de madera en el atrio. Los chicos jugaban allí, y a las dos semanas, dos personas de la catequesis vinieron a pedirme el pase para sus hijos. Cuando pregunté por qué, me respondieron: “Porque esta parroquia se está llenando de negros con esa patineta”.

Pensaba con tristeza que alguien pudiera creer que la parroquia no es para ellos, para estos chicos que son los preferidos de Jesús. El juicio final no será sobre cuántos rosarios rezamos o si sabemos el credo, sino sobre nuestra capacidad de amar. “Tuve hambre y me diste de comer”. “Lo que hiciste por el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hiciste”. Creo que los curas y las comunidades parroquiales somos en parte responsables de haber generado esto, pero al momento en que la cosa empieza a cambiar, alguien se va a enojar. Si no estamos dispuestos a asumir eso, es mejor no empezar.

Entendimos que nuestro trabajo debía ser más complejo. A menudo pongo el ejemplo de la neumonía: si una persona con una vida resuelta se enferma, dos días de internación pueden bastar. Pero si alguien que vive bajo un puente se enferma, volverá a caer porque el problema no es la enfermedad, sino el contexto de su vida. Lo mismo sucede con los chicos que atendemos. Podemos ayudarlos con el consumo, pero si el resto de su vida está destruido, no hay mucho que salvar. Necesitamos ayudarles a construir un contexto saludable, un contexto que les dé ganas de vivir.

Recuerdo una vez que un joven con tuberculosis, causada por el consumo de paco, me dijo: “Para la mierda que es la vida”. Si una persona no logra descubrir que la vida vale la pena, todo lo que hacemos es inútil. Tenemos que ayudarles a encontrar la parte linda de la vida, a enamorarse de ella.

Por eso, nuestro camino fue un poco más amplio. Pudimos firmar un convenio con la SEDRONAR, que le dio un nombre a ese enfoque integral: CEPLA. Intentamos crear un espacio en el barrio que fuera casa, escuela y patio. La idea era abordar las cosas de una manera mucho más amplia.

Para lograrlo, la articulación con otras instituciones es fundamental. Articulamos con dispensarios y escuelas. Recuerdo que, al principio, no teníamos psicólogos. Un día, una psicóloga del dispensario se ofreció a venir a la casita a atender a los chicos. Ella creía que solo había dos o tres, pero al ver a quince se quedó desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Al irse, nos dijo: “Gracias a

ustedes, porque es la primera vez que puedo hablar directamente con los chicos”. Articulando se resuelven problemas que parecen imposibles.

A veces, la dificultad para articular no es la falta de voluntad, sino el ego. Hay que correrse de la foto, no pensar en quién se lleva los laureles, sino en el beneficio de todos. Si no articulamos, es imposible abordar la problemática.

Nuestra casa

La casa la entendemos como un espacio de contención. Esto incluye el abrazo, la sonrisa, el techo y la cama, pero también el límite. Poner un límite es una forma de contención. Recuerdo a un joven que me pidió permiso para ir a una fiesta. Le puse un horario de regreso, y cuando me dijo “La fiesta recién empieza”, le dije que si no volvía, no le abriría la puerta. Volvió a la hora. Él no sabía que iba a haber problemas en la fiesta, pero yo le pregunté: “¿Por qué te volviste?”. Y me respondió: “Es la primera vez que tengo a alguien a quien pedirle permiso”. Tener a quién pedirle permiso es saber que le importas a alguien, que no da lo mismo si estás en una zanja o durmiendo en tu cama.

Como un encadenado en una pared, el límite es una contención que evita que la vida se desmorone. No podemos vivir asfixiados por límites estrictos, pero tampoco sin ellos. Los límites sensatos son una forma de cuidado.

La escuela

La escuela es un espacio de capacitación, no solo a través de oficios y escolarización formal, sino también para adquirir hábitos. Muchos de estos jóvenes no tienen los hábitos necesarios para un trabajo formal. Aprenden a ser puntuales, a seguir horarios, a trabajar en equipo y a manejar la frustración. Al principio, nuestros talleres fracasaban porque los chicos no podían sostener el trabajo. Nos dimos cuenta de que el problema no era el oficio, sino la falta de hábitos. Por eso, creamos una cooperativa de trabajo para que pudieran adquirir esos hábitos. Es una escuela informal que les enseña responsabilidad.

El patio

El patio, que a menudo se ve como un simple recreo. El patio es el espacio para el disfrute, la diversión, la gratuidad y el encuentro con la belleza de la vida. Si una

persona no logra enamorarse de la parte linda de la vida, todo lo demás carece de sentido. Recuerdo que, en un campamento, compramos una cama elástica con el dinero para pagar la luz, y uno de los chicos me dijo: “Es la primera vez que puedo volar sin drogarme”. A veces, el problema no es la droga en sí, sino la falta de esperanza, la falta de algo que los conecte con la vida.

Por eso, es importante trabajar con la contención, la formación y el disfrute, que es lo que les da un ancla para reconstruir su vida.

IV.5

Casas convivenciales: una experiencia para recibir la vida como viene

María Elena Acosta⁴⁴

Hay un tema que considero fundamental en los diecisiete años que tiene la Familia Grande de los Hogares de Cristo y son los espacios convivenciales. Estos espacios ofrecen una respuesta concreta para recibir y acompañar la vida tal como viene, son lugares donde las personas que atraviesan un tratamiento de adicciones encuentran un hogar.

Cuando pensemos en un espacio para alojar a quienes están en tratamiento, recordemos una frase que el padre Gustavo Carrara siempre comparte: las personas que llegan al hogar son huérfanas de amor. No solo nos referimos a un lugar físico con paredes y camas, sino a un ambiente impregnado de espíritu de familia, de apoyo, comprensión y amor. En estos momentos, más que nunca, las personas necesitan sentirse acompañadas, aceptadas y valoradas tal cual son. La dignidad de sentarse a una mesa, de recibir un plato de comida, de ser llamado por su nombre, son gestos que fortalecen su autoestima y su confianza.

Un espacio convivencial con espíritu de familia es aquel donde todos se sienten parte de algo más grande. Es un lugar donde no hay exclusiones, donde cada

⁴⁴ Responsable de APYCA (Cáritas Nacional) y referente nacional de Familia Grande de Hogar de Cristo.

historia, cada lucha y cada logro cuenta. No es un camino fácil, y tener un entorno que te haga sentir que no estás solo marca la diferencia entre rendirse y seguir adelante. Cuando las personas sienten que forman parte de una comunidad, que sus compañeros y el equipo las apoyan, se fortalece su confianza y su motivación para continuar en el proceso de recuperación.

Un aspecto clave que quiero destacar es la importancia de crear vínculos reales. En estos espacios la comunidad no solo se construye con palabras, sino también con acciones concretas. Y una de esas acciones más poderosas es compartir en una mesa. La mesa es mucho más que un lugar para comer; es un símbolo de unión, diálogo y escucha activa. Cuando las personas se sientan juntas en torno a una mesa, se abren espacios para compartir experiencias, entenderse mejor y fortalecer los lazos afectivos. Es en ese acto simple pero profundo donde se construyen relaciones que acompañan en el camino de recuperación.

Permítanme compartir dos pequeñas historias que ilustran muy bien esto:

Juan llegó muy roto, sintiendo que no podía más, que su vida se estaba desmoronando y que estaba solo. Pero en ese lugar, encontró un grupo de compañeros que, en lugar de juzgarlo, lo escucharon y lo apoyaron. Compartieron la mesa, rieron, lloraron y celebraron su llegada. Con el tiempo, Juan no solo superó su adicción, sino que también aprendió que no estaba solo y que su comunidad era su mayor fortaleza. Hoy, Juan es acompañante par en una granja, terminó de estudiar, formó una familia y alquila. Su vida cambió de manera radical gracias a ese espacio lleno de amor y apoyo.

Macarena llegó al hogar con sus dos hijos. Su llegada nos desafió a pensar en una forma diferente de acompañar la vida tal como viene. No solo teníamos que cuidar y acompañar a Macarena, sino también a sus hijos. El espacio físico tuvo que estar preparado para que los más pequeños sintieran que también tenían un hogar, sin dejar de ser niños, incluso en medio de un proceso difícil. Pensamos en la escuela, en el deporte, en la salud, en todo lo que necesitaba esa pequeña familia para sanar vínculos rotos y avanzar juntas.

Un espacio convivencial puede tener muchas etapas o umbrales; la primera, sin duda, es el inicio de un nuevo camino. Dentro de la Familia Grande de los Hogares de Cristo existen diferentes espacios con modalidades específicas para acompañar esas etapas, sin perder de vista el hecho de ser una verdadera familia:

- Hogar de Abuelas y Abuelos
- Hogar o Granja para Mujeres con sus hijos

- Hogar o Granja para Varones
- Hogar de Adolescentes
- Hogar de Niños
- Hogar que acompaña la diversidad
- Hogar o Casa de reinserción
- Hogar de Salud Mental, entre otros

Es fundamental que cada Hogar de Cristo en el país cuente con un espacio convivencial, un lugar donde podamos acoger a la vida que siempre nos pide ser escuchada y acompañada. Que sea un espacio pequeño al principio, para luego ir creciendo y fortaleciéndose. ¡Seamos como un pesebre, un lugar humilde pero lleno de amor y esperanza!

El papa Francisco nos recuerda con mucho cariño: “En la Iglesia hay espacio para todos, también para el que se equivoca, para el que cae, para el que le cuesta. En la Iglesia nadie sobra, hay lugar para todos”.⁴⁵

IV.6

Ningún pibe nace malo

*Christian Gianera*⁴⁶

Una de las espiritualidades de los Hogares de Cristo es ser un samaritano cada día. En la historia, el samaritano fue el primero que se conmovió ante el que estaba caído, mientras que muchos otros pasaron y lo miraron de costado. Creo que fue uno de los primeros ejemplos de vida para romper, como dijo el papa, con la cultura del descarte.

⁴⁵ Francisco, Ceremonia de Acogida de la XXXVII Jornada Mundial de la Juventud, 3 de agosto de 2023.

⁴⁶ Referente del Hogar de Cristo San José, La Matanza. Acompañante Par, Casa de Abrigo Virgen de ITATÍ de adolescentes masculinos.

En aquellas épocas, esa cultura era muy propia. Era más fácil dejar de lado a una persona dolida, marginada y discriminada que hacerse cargo. A un leproso o alguno de estos pecadores de la época –que serían los adictos de hoy en día– los dejaban a un lado del camino durmiendo en la calle. Y el samaritano no solo se conmovió y lo levantó, lo alojó, se aseguró dónde iba a quedar, y le dijo al dueño de la casa: “Mirá, acá te lo dejo. Yo necesito que me lo tengas y lo ayudes a levantar”. Seguramente ese muchacho alguna vez se levantó en la vida y salió a caminar, como los acompañantes pares, después de haber sido levantados del camino.

Una de las enseñanzas que deja esa parábola es nunca miras de costado. Y si alguna vez te levantaron, aprendí a ser un acompañante para levantar al otro. Nunca tenemos que olvidar de dónde venimos.

La fortaleza de las casas convivenciales está en la capacidad que tienen de devolver el sentido de familia y la contención familiar. La familia, lejos de ser una institución, es donde se refuerzan los vínculos. Sabemos que una casa no solo se arma de paredes y de techo, sino del afecto que hay en los integrantes de esa casa; este afecto evoca una noción importante: para mí sos importante.

Un recuerdo que siempre me gusta compartir es el momento en que me percaté de que le importaba a alguien. Esto sucedió al llegar a un lugar donde simplemente me preguntaron cómo estaba. Compartir la mesa, ver a todos reunidos y tener la oportunidad de hablar sobre la falta que me hacían mis padres –algo que a nadie le importaba, ni siquiera yo creía que le importara a nadie– fue muy significativo. Nunca busqué que mi historia les importara demasiado a los demás, pero de repente uno se da cuenta de que a alguien sí le importa. “Para mí sos importante” es nuestra canción y es realmente poderosa. Es justo ese tipo de acogimiento familiar el que, más tarde, impulsa el proceso de reinserción a la sociedad.

En cuanto a las casas de adolescentes y niños que tenemos, lejos estamos de proponer o de aceptar que la reparación del daño sea el encierro, como en esos proyectos de ley disparatados de sistemas carcelarios para reparar. Sabemos lo que pasa en un sistema carcelario, más con un niño o adolescente, donde lejos está de poder reforzar su estudio o sostener un control médico, ni hablar de una contención familiar. Estamos comprobando con el tiempo que la reinserción a la sociedad luego de un sistema carcelario es reincidencia en el delito.

Sabemos que, con otra oportunidad y con las puertas abiertas, los chicos cambian. Son chicos que no sabían que tenían esas habilidades, que la droga se las tapó, y en algunos casos ni siquiera la droga fue la responsable. Algunos de los adolescen-

tes que recibimos son hijos del consumo, que sufren por negligencia de su familia, por sus padres consumidores, por sus padres detenidos o sus padres en el cielo. Esos chicos son dignos de otra posibilidad.

Algunas estadísticas nos muestran que mientras siete de cada diez chicos en la Argentina son pobres y un millón se acuestan a dormir sin comida, en nuestros hogares el 100% de los 85 menores que asisten a la escuela van todos los días. ¿Por qué van? Porque la escuela se articula con el Hogar de Cristo y porque la escuela abre las puertas a los chicos, no los discrimina. Además, esos chicos tienen una contención familiar todos los días: una “madraza”, un acompañante, un profesor de música, una maestra que sabe cuándo le duele la cabeza, sabe que el sábado es su cumpleaños, sabe que los lunes son difíciles porque los domingos no tuvieron visita. La contención familiar que se encuentra en el hogar es la que lleva después a abrir las redes y tejer. Con esa contención familiar, los chicos van a la escuela, tienen quien los felicite porque sacaron un diez. Tienen quien los levante a la mañana con mate cocido. Tienen quien los abrace cuando hacen un gol. Esa red de contención familiar que se crea en las casas convivenciales sabemos que son las que faltaron.

“Ningún joven nace siendo una persona mala, adicta o delincuente. La vida no comienza de ese modo, sino que algo ocurre en el camino. En los tratamientos para adultos en el Hogar de Cristo, llegamos sintiéndonos culpables por todo lo que hicimos: abandonamos a nuestras hijas, le robamos a nuestra madre. Sin embargo, en el proceso de rehabilitación, el Hogar de Cristo nos enseña que en realidad fuimos víctimas de algo que nos sucedió y de lo cual no nos dimos cuenta. Ahora, en estas casas para adolescentes, nuestra misión es evitar que se repita la historia que nosotros vivimos. Nuestros errores, fracasos y frustraciones se convierten en herramientas para ellos, buscando no solo reparar el daño en quienes ya empezaron a consumir, sino también prevenir que lleguen a ese punto. Por eso nos animamos a decirle a los adolescentes que llegan a nuestras casas convivenciales: ‘Hijo, te aseguro que es horrible, no llegues a eso. A mí me pasó porque a tu edad no escuchaba y no había nadie que me hablara de esta manera. A tu edad, hijo, no existía un Hogar de Cristo’”.

Los adolescentes con contención familiar van al médico porque tienen quien los lleve, porque tienen a quien contarle que les duele la muela. Disfrutan del fútbol sin pegar porque saben que festejamos en familia sus goles, quieren tocar la guitarra porque el contagio es positivo dentro de un hogar, una organización y una comunidad organizada.

Sabemos que el contagio se da en las cárceles, en las esquinas o en los pasillos y se manifiesta a través de una pertenencia vinculada al consumo: ‘Si no tomas, no perteneces. Si no fumas, no perteneces. Si no tienes un arma, no perteneces’. Sin embargo, en la escuela, un joven recién llegado experimenta una pertenencia que lo motiva a querer asistir: ‘Si todos van a la escuela, ¿por qué no voy a ir yo?’. Esta nueva pertenencia consiste en compartir, formar una familia y sentarse a la mesa. Es un tipo de inclusión diferente; es la pertenencia que nos enseña el Evangelio: la de tener un modelo de vida digna.

Es más probable que un joven alcance un futuro digno a través de esta forma de convivencia que mediante las supuestas reparaciones que se nos proponen. Nuestro rol es brindarles el afecto que nunca tuvieron y restituirles los derechos que les fueron vulnerados. Como adultos, tenemos la capacidad de devolver esos derechos. ¿Quiénes somos para quitarles a los niños los derechos que Dios les otorgó? No somos más que Dios, ni estamos cerca de serlo. Somos responsables de mantener los derechos que les fueron dados al nacer. Si algo sucedió y ese niño perdió un derecho, no fue su culpa, sino de los adultos responsables que tuvo en ese momento. Por eso, nosotros, como adultos responsables, debemos hacer valer esos derechos y abrazar la vida tal como viene.

Nadie se salva solo; hay una gran cantidad de jóvenes en situación de descarte. El papa Francisco nos ha instado a romper con la globalización de la indiferencia y con la cultura del descarte. Si a estos jóvenes los hubiéramos encarcelado o condenado a vivir en la calle, hoy no estarían finalizando el quinto año. Pepito, quien ingresó por robar una bicicleta, hoy no estaría tocando el piano. Cuando a Pepito se le abrió la puerta, se percató de que existían otras posibilidades, las disfrutó y las aprovechó. Sin embargo, somos nosotros los encargados de abrirles esas puertas, articulando con la escuela, el equipo médico, la casa social y los profesores para formar una gran familia. La comunidad organizada es, en última instancia, lo que salva la vida de los jóvenes.

IV.7

¿Residencial o convivencial? Dos formas de entender la manera de recibir

Santiago Emanuel Vargas⁴⁷

Para hablar de nuestra experiencia en las casas convivenciales quiero hablar de dos judíos, pensadores del “otro”. El primero es Emmanuel Lévinas, filósofo del siglo XX, y el segundo, Jesús de Nazaret, cuya vida y enseñanzas están en el centro del Evangelio. Ambos, desde sus caminos, nos hablan de la centralidad del otro, de su rostro, de su herida y de su urgencia.

Parafraseando a Lévinas, “El rostro del otro en su desnudez y miseria es lo que me exige, antes incluso de que yo pueda responder o decidir”.⁴⁸ En ese rostro, afirma, hay una exigencia ética irrenunciable: la presencia del otro me llama, me reclama, me compromete.

Jesús, por su parte, nos propone la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37), donde un extranjero, un “impropio”, se deja conmover por el herido al borde del camino, lo cura, lo sube a su cabalgadura y lo lleva a una posada para que se recupere. No pregunta quién es ni por qué está así, simplemente actúa desde la compasión.

Ambos, Lévinas y Jesús, se dejan interpelar por el otro. No hablan del otro desde teorías abstractas, sino desde el encuentro concreto con el sufrimiento. Organizan sus respuestas no desde sus propios intereses, sino desde la realidad del otro. Y esa es también la lógica de nuestras casas convivenciales: nacen del dolor de los otros, de la necesidad urgente de los otros, y en ese encuentro se transforman en hogar.

En nuestro tiempo, el problema del consumo nos habla de una gran historia de orfandad. Orfandad de vínculos, orfandad social y política. Una sociedad que ha dejado a muchos al costado del camino. Esos “otros” que aparecen medio muertos

⁴⁷ Equipo de coordinación general del Espacio Puentes Cura Brochero y referente de la región centro.

⁴⁸ Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, 1961.

o heridos en la parábola del buen samaritano ya no son solo una imagen bíblica, sino rostros concretos: pibes y pibas de nuestros barrios, jóvenes que cada vez más se encuentran atrapados en una realidad que los margina y los hiere.

En este contexto, los Hogares de Cristo han abierto camino al transitar esa ruta de orfandad, no desde una postura discursiva, sino a través de la presencia, la escucha atenta y el acompañamiento pacientemente misericordioso. Una manera concreta de responder a ese dolor existencial son los centros barriales, espacios ubicados en los márgenes existenciales donde la vida duele. Esto se debe a que los centros barriales reciben la vida como viene; todas las vidas, pero en especial aquellas que más sufren.

Son lugares donde se comienza a tejer una red de contención social, donde se “pone el cuerpo”, se mira a los ojos y se pregunta por el nombre. Estos gestos empuñan una convicción: “Para mí, vos sos importante”. Cuando alguien ingresa al centro barrial, nuestra misión inicial es responder a la urgencia que trae consigo y garantizar un piso mínimo de dignidad para que luego pueda reincorporarse. Sabemos que resulta más sencillo ponerse de pie cuando las necesidades básicas para la vida están garantizadas: un techo, una ducha, una cama y un plato de comida.

Es allí, en esos espacios, donde nacen los primeros pasos hacia las casas convivenciales. Porque la forma de combatir la orfandad es hacer familia, crear espacios donde podamos convivir y tejer lazos nuevos. No hay respuestas mágicas, hacer familia es un proceso que inicia primero con el corazón puesto en lo que la vida nos va trayendo. No existe familia o comunidad organizada que no tenga puesto los pies en la realidad.

Recibir implica organizarse

Nuestra experiencia tiene que ver con esta atención puesta en lo que va a llegar. Arrancamos con una granja, una propuesta para los pibes del barrio que no podían sostener los fines de semana sin consumo. Hasta que un día vino Pedro y nos dijo que no podía estar más en el barrio, que le costaba y no podía, que lo ayudemos. Fue ahí cuando dijimos: “Abramos la granja durante la semana también”.

Cuando una comunidad decide recibir la vida como viene, asume de manera implícita que la vida llega. Pero con el tiempo nos fuimos dando cuenta de que las vidas que llegaban no tenían solo un problema de consumo. Asumir esas vidas fue abrirnos a descubrir la complejidad de cada historia: hermanos sin DNI, con

enfermedades, en situación de calle, mujeres con hijos, familias que no tenían para comer.

Esa complejidad nos enseñó que había que armar algo más que el centro barrial y la granja. Porque los pibes llegaban de la calle y pasaban directamente a la granja. La violencia que se aprende viviendo en la calle, la falta de hábitos y de orden, desordenaban la granja por todos lados.

Otra vez nos preguntamos como equipo: ¿Cómo transformamos esta orfandad en familia? Y decidimos abrir el refugio San Francisco de Asís para personas en situación de calle que buscan dejar el consumo. En ese espacio pasó de todo: muchos rostros e historias. Entonces la cosa iba tomando forma. Llegaban al refugio, se daban un baño y dormían en una cama. No hay muchas grandes “victorias” en ese espacio, pero que un hermano pueda salir de la calle, tener su DNI y sentirse querido era una gran victoria que celebrábamos.

Con el tiempo vimos que las granjas no podían ser una respuesta para siempre, que los pibes y pibas tenían que, en algún momento, volver a reconstruir vínculos, volver al barrio, gestionar la realidad de formas sanas. Fue ahí cuando buscamos ayuda en el Hogar de Cristo de La Matanza y vimos lo que eran los umbrales: una propuesta de acompañamiento progresivo, con objetivos a corto plazo, que les permitía a los pibes ver avances y dar pasos concretos.

Luego de las granjas, venía el cuarto umbral, pensado desde lo territorial. Donde la revinculación, el trabajo y el servicio tenían un rol clave.

Así fue como pensamos nosotros nuestra propuesta de umbrales: un refugio y un centro barrial que son nuestro primer y segundo umbral; una granja que es el tercer umbral; una casa a dos cuadras del centro barrial donde los hermanos y las hermanas ofrecen servicio a los que recién llegan, el cuarto umbral, y un quinto umbral donde se quedan y viven con nosotros aquellos que no tienen dónde estar.

De lo residencial a lo convivencial

Hay un último paso que hay que dar a la hora de pensar las casas y los umbrales, que tiene que ver con cómo entendemos el tema de vivir en el hogar. Así como pasamos de la orfandad a la familia, hay que dar un paso más, que es de lo residencial a lo convivencial.

Es decir: una cosa es lo residencial, que pone el foco en el lugar físico y la permanencia. Habla de un espacio donde alguien reside, aunque no siempre haya vínculo

entre quienes habitan ese espacio. Y otra es lo convivencial, que pone el acento en el vínculo, la comunidad, el compartir la vida. No es solo vivir en un lugar, sino vivir con otros, en un espacio donde se construyen lazos, responsabilidades compartidas, procesos personales y comunitarios.

Si pienso en nuestro camino, lo que en su inicio fue el CB, luego se transformó en la granja de mujeres y hoy es el refugio de mujeres. Lo convivencial no tiene que ver con el lugar, sino con el sentido que le damos a esa convivencia. Nuestro sentido, en cada umbral, es siempre ser familia.

El acompañante par

En nuestro proceso hacia lo convivencial, y con el paso del tiempo y los umbrales, se fue formando una figura muy importante para nosotros, que entendemos es el corazón de nuestra propuesta: el acompañante par, es decir, un hermano o hermana que fue dando pasos y hoy está al frente de espacios que reciben a los que recién llegan.

Dentro de la familia, el par es el hermano mayor, aquel que es un ejemplo, que nos marca el camino por donde seguir, es un testimonio de esperanza. Nuestras casas se convierten en hogares cuando hay hermanos y hermanas que le dan sentido a esa convivencia, ser familia, porque un par recibe, un par acompaña, un par levanta. La figura del par es importante porque transitó nuestras casas, vivió en ellas, tiene la experiencia de haber sido recibido cuando nadie lo recibía, y es esa experiencia la que motiva a recibir, abrazar y acompañar.

Las casas convivenciales son una forma de entendernos familia: acá, en La Quiaca y en Tierra del Fuego. A lo largo de esta gran familia, lo convivencial es una expresión de un deseo que tenemos todos: que en el Hogar nadie quede fuera del abrazo. Y, como nos dijo el papa Francisco el 27 de marzo de 2020, en medio del aislamiento por la pandemia: “Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados, pero al mismo tiempo importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca... estamos todos. Y nadie se salva solo”.⁴⁹

⁴⁹ Papa Francisco, bendición *Urbi et Orbi* en la Plaza San Pedro, 27 de marzo de 2020.

IV.8

Situación de calle. Experiencias que abrazan

*Claudio Rover*⁵⁰

Ante la idea de escribir sobre “situación de calle”, empecé a darle vueltas en mi cabeza, a orar, a pedirle al Señor que pusiera en mi mente y en mi boca las palabras apropiadas para poder desarrollar este tema tan importante. Me encontré con la realidad personal de que jamás había tenido que atravesar en mi vida esa situación. No sabía lo que era tener que ganarme un espacio donde tirar un cartón para pasar la noche, vivir con el miedo de que me robaran mis pocas pertenencias, que me corrieran, me golpearan, me llevaran preso, o incluso perder la vida. Si bien tuve que rebuscármelas para conseguir los medios para subsistir e incluso los recursos para seguir pasándola mal a raíz del consumo, gracias a Dios al menos tenía un lugar al que volver. Y digo un lugar y no un hogar porque el mío estaba también destruido. Sobre esto último (el consumo y el hogar roto) sí podría hablar bastante, ya que me tocó atravesar por lo mismo, pero no es de lo que me pidieron hablar en esta oportunidad. Como acompañante de varias noches semanales en el Refugio San Francisco de Asís me tocó “Recibir la vida como viene” (como nos enseñó Francisco), y muchas de estas vidas venían de haber padecido el flagelo de “los sin techo”, pero cuando llegaban a nosotros ese problema encontraba un punto final. Ya tenían un techo, una cama, cuatro comidas diarias, agua caliente, y lo más importante: un espacio de contención y amor.

Para que se den una idea, recibimos personas que han perdido valores y confianza. Personas muy vulnerables encerradas en una coraza aparentemente infranqueable, que en un principio no nos permiten llegar a su corazón y que guardan bajo siete llaves sus dolores, sus fracasos, sus angustias, sus miserias; pero con el tiempo van pudiendo soltar y liberándonos para encontrar sanación. Hermanos que no podían adaptarse a una cama y seguían eligiendo el suelo. Recuerdo de mis noches de acompañante en el refugio muchas lágrimas contenidas, enojos mal dirigidos, discusiones infundadas, y todo ello fruto de los sufrimientos de la calle. Tenía la costumbre de despertar a los hermanos por la mañana e intentar emular un saludo

⁵⁰ Equipo de coordinación general del Espacio Puentes Cura Brochero.

paternal. Pero cuando les tocaba el hombro y les decía un suave “Buenos días”, en más de una oportunidad se despertaban sobresaltados pensando que alguien venía a atacarlos. Aprendí la frase “Mientras más ordenada está tu vida, menos milagros te hacen falta”, y de ella me valgo todos los días para desafiarlos a ordenarse y ser moldeables, y de esto aprendo constantemente junto a ellos.

IV.9

Salir de la calle

*Gaston Garay*⁵¹

Empecé a sufrir y a pasarla mal a los catorce años. Esa edad me marcó la vida, nunca había sentido un dolor como en ese momento. A raíz de eso, dejé de confiar en los demás; no me dejaba ayudar porque la persona que me produjo mucho dolor fue mi padre.

Desde ahí aprendí a hacer cosas que no eran buenas; la mentira era parte de mi vida. El dolor y el recuerdo me llevaban a llorar siempre, y la mentira de esconder lo que me había pasado seguía siempre en mí.

Mi refugio en ese momento, a los catorce años, fue un grupo de chicos en la esquina, que me convidaron alcohol, cocaína. Por un momento mi mente se despejó, no sentía nada. Eran lapsos que calmaban mi dolor. Eso se hizo hábito.

Todo lo que veía en mi casa, la vida con mis hermanos, no podía confiar en nadie. Nadie sabía lo que me había pasado, y vivía siempre con miedo y vergüenza de contarle, seguía escondiendo. A medida que crecía, el consumo se hacía más presente en mí. Necesitaba consumir para no pensar. Todo lo que construía lo tiraba a la basura.

Cuando cumplí dieciocho años me fui a vivir con una chica que conocí. Los primeros días todo bien, pero mi dolor estaba siempre presente, y el consumo de su mano. Fue una vida complicada por mi consumo. Sin darme cuenta, me estaba llevando a alejarme de todo.

⁵¹ Joven en proceso de recuperación.

Yo pensaba que lo podía controlar, que estaba todo bien, pero era más fuerte mi necesidad de seguir consumiendo y en realidad no controlaba nada.

A los veinte años fui papá y tuve miedo, porque eso me llevó a recordar a mi papá todo el tiempo, a lo que él hizo en mí. Intenté estar con mi hija y con su mamá, pero el consumo en mi vida era mucho. Terminé alejándome de mi familia.

Se me empezaron a cerrar las puertas porque yo estaba mal. Cuando alguien me daba un poco de confianza no la podía aprovechar, porque nadie tampoco tenía idea de mi dolor, de mis fracasos, de mis vivencias, y terminaba en el consumo. Intenté por mis medios una salida, pero fracasé, no duró nada. Perdí a mi hija, perdí a mi familia...

Reconozco que muchas veces tuve personas enviadas por Dios que intentaron ayudarme, pero yo no las veía. Tanto así que terminé solo, en la calle, sin tener un lugar a dónde ir.

La calle

Pensé que iba a ser momentáneo, pero al final se convirtieron en dos años viviendo en la calle. Todo lo que viví ahí, lo que sentí, lo que pasé, no se lo deseo a nadie. Sentirse solo de tal manera que es como que estás en este mundo y a la vez no estás.

Sentirse solo, discriminado, que te miren mal, con desprecio, sin conocer lo que pasa dentro de uno. Tenés miedo a que te roben, que te lleven preso y hasta que te maten.

Antes yo culpaba a todo el resto por mis malas decisiones. Y en la calle empecé a sentirme culpable. Entiendo que tuve muchas cosas que me llevaron a esta situación, pero que yo también había tomado malas decisiones y que mi vida empezó a ser un caos.

Todo lo que vivía en la calle, en ese momento, no me importaba nada, estaba cegado, pero el miedo a su vez estaba presente, mucho miedo. En un momento pensé que mi vida terminaba ahí, solo. Cuando veo gente en la calle que no puede encontrar una oportunidad, me entristezco tanto porque sé lo que se siente.

En un momento pensé por qué estaba aguantando esa culpa por haberle fallado a mi hija, a mi madre, a mis hermanos. Si yo tenía una mamá, ¿por qué estaba en la calle?

La búsqueda y la familia grande

Hasta que una madrugada estaba con mucho frío en la calle y veía a muchos chicos yendo y viniendo con consumo, con alcohol. El miedo se hizo más presente y me dije que no quería esto más para mi vida.

Era de madrugada, me levanté y empecé a caminar sin saber a dónde iba. Estaba por la Juan B. Justo y terminé en la San Martín. Tenía mucha hambre, mucho frío, mi cuerpo me pedía descanso, mi cabeza también. Y ahí fue la primera oración de corazón que hice, donde le pedí ayuda a Dios, porque no podía más.

Seguí caminando y un chico del centro me dijo que había un hogar y me indicó cómo llegar. Entré primero a otro lugar por la Vélez Sarsfield y me dijeron que estaba lleno, que no podían recibirme. Se me cayó de nuevo todo encima, sentía que ahí terminaba mi vida.

No sé por qué, caminé un poco más adelante, sin saber a dónde ir, buscaba a alguien para pedir un cigarrillo, y dando vueltas (ahora creo que claramente Dios estaba guiando mis pasos) doblé por la calle Río Quinto. Sin tener idea a dónde iba, levanté la vista y vi la camioneta que decía “Basta de drogas”, “Hogar de Cristo”.

Entré con un miedo terrible, temblaba. Y cuando entré, lo primero que recibí fue un abrazo. Hacía mucho que no recibía un abrazo. Y vi chicos que estaban en la misma situación que yo, que entendían lo que me pasaba. Me dieron abrigo y comida y me quedé.

El proceso

Empecé mi proceso hace diez meses. Gracias a Dios me pudieron recibir, y fue la mejor decisión que pude tomar en mi vida, no solo la decisión de quedarme, sino de sostener todo el proceso. Hoy puedo ver todo lo que aprendí, todo lo que crecí.

Hoy no les puedo contar todo lo que es la calle; está presente en mi vida, y eso me hace acordar de dónde me sacó Dios, porque no fue otro que Dios el que me guio hasta el Espacio. Pero lo vivido en la calle durante dos años fue muy duro, muy difícil de explicar.

Cuando hago una entrevista a los chicos que entran, pienso: ¡Qué bueno que se dan cuenta a tiempo, que no pasaron tanto tiempo en la calle! Puedo recibirlos y abrazarlos.

Hoy sigo sintiendo tristezas, dolor, pero no estoy solo, y sé que tengo un Padre Dios que está conmigo. Me sumé a la Familia Grande, y puedo contar con todos. Tengo quién me escuche y puedo compartir mis miedos y penas.

Hoy Dios me sigue hablando a través de lo simple, y veo que se puede disfrutar de la vida. No sé si he superado lo que me pasó, sé que debo seguir trabajando en eso, pero hoy puedo ver mi vida a futuro.

Estoy trabajando para volver a ver a mi hija. Puedo acompañar a los chicos que van llegando y abrazarlos yo a ellos, y los entiendo, y ojalá entiendan que con la perseverancia y el amor, y sabiendo que hay otros para acompañarnos, se puede salir.

Todo lleva su tiempo, aprendí eso. Hay cosas que fui sanando, aceptando, otras cosas que tuve que soltar. Acá me enseñaron mucho y hoy llevo a Cristo en mi corazón y lo veo en lo simple, en lo cotidiano, en lo más básico. Ahí está Dios. Y lo comparto con los chicos del Espacio.

Tuve que esperar también sus tiempos y que yo pudiera verlo para llegar acá. Hoy veo que si no llegaba a ese fondo, no iba a entender todo lo que tengo ahora: una familia grande y gente que me acompaña, y retomar los lazos con mi familia, mi mamá, mis hermanos, el marido de mi mamá, que siempre me acompañó. Y eso es mucho.

IV.10

La espiritualidad en los procesos de recuperación

*Fernando Cervera*⁵²

Si le regalas un juguete, una pelota de fútbol o una muñeca a un niño, es un regalo hermoso para que él lo haga suyo. El niño empieza a jugar. Si lo dejamos solo con esa maravilla que ha encontrado –que algunos llaman Dios, otros el poder superior o como lo designen–, se maravilla y se pone contento.

⁵² Sacerdote jesuita, licenciado en Filosofía y Teología.

Pero hay un paso siguiente y crucial: ¿Quién le va a enseñar a jugar con eso? ¿Cómo logrará que, con esa pelota, no termine peleándose con sus hermanos, no rompa los vidrios de la casa o que no sea simplemente un pelotear superficial hasta que se canse y lo abandone?

Ese “enseñar a jugar” representa la espiritualidad, la cual se manifiesta en distintas dimensiones, pasos a seguir y formas de encarnación. Es aquí donde, a menudo, nos perdemos, confundiendo las técnicas alternativas con la esencia de la espiritualidad: encarnar este juego. La pregunta crucial es: ¿Cómo se encarna este juego para que se sienta propio, para poder crear y disfrutar a partir de él?

En el contexto de una adicción, la persona no necesariamente comienza por la maravilla, sino por el dolor. Se trata de un juego diferente: enseñar a encarnar la fe frente a la adversidad. El riesgo aquí es que la fe, lo religioso o lo pseudoespiritual se conviertan en una nueva forma de tapar la realidad. Se puede caer en el “como si”, ocultando el síntoma con acciones como: “Hago tantas horas de adoración al Santísimo” o “Cumpro con todo lo que me piden en el tratamiento”. Como se afirma en los programas de recuperación de los 12 pasos, uno puede tapar la botella o el consumo, pero todo sigue igual. ¿Por qué? Porque no se acompaña, no se enseña a jugar.

La espiritualidad es, por lo tanto, una encarnación de esa fe o de ese principio superior con el que la persona se encuentra. Este encuentro puede darse a través del dolor: “Toqué fondo, me golpeé tanto en la vida que necesito algo que sea más grande que yo”. Esa ayuda superior puede ser un grupo de apoyo, un Hogar de Cristo, una bienvenida “cuerpo a cuerpo” que recibe la vida como viene, donde la persona es aceptada no por lo que va a dar, sino simplemente por ser recibida. Lo mismo ocurre en la experiencia de los grupos de autoayuda. Se produce un encuentro, se presenta el “juguete” (la fe o la ayuda), y a pesar del dolor, o incluso con el dolor, la persona encuentra algo que es superior y, al mismo tiempo, maravilloso.

Es fundamental acompañar a la persona a encarnar esta experiencia. La primera deficiencia que se debe evitar es el peligro del “como si”. Es decir, la alabanza por el mero cumplimiento (“Qué bueno que cumplís”, “Qué bueno que hacés”) mientras la persona no está *viviendo* realmente el proceso. Esta tapadera es una de las tentaciones más comunes. Por ejemplo, la tentación de llenar el templo o la capilla con personas en recuperación que asisten solo por obligación, no por una convicción absoluta o una adherencia genuina. No hay nada más perjudicial que el juego de oferta y demanda, que reproduce el mecanismo del consumo, donde alguien dice “sí” para dejar a otros contentos.

Por ello, la espiritualidad es esencial, ya sea que se base en una fe concreta y específica (católica, evangélica) o que parta de alguien que no tiene ninguna experiencia religiosa previa. En este último caso, se parte de una necesidad. La necesidad golpea y grita: “¡Ayúdenme!”. A partir de ahí, se inicia un camino:

1. “Sí, yo quiero estar mejor, quiero empezar a hacer las cosas sin consumir”.
2. Un proceso posterior, quizás mucho más largo: “Qué buena es la vida sin consumir. Yo deseo vivir sin consumir”.
3. El punto culminante: “Quiero vivir y quiero vivir ya como yo quiero, no como las necesidades me lo imponen”.

En todo este trayecto, el camino espiritual es fundamental, siempre que sea una encarnación de la experiencia adquirida tanto en la comunidad como en la soledad. Como afirman algunos, la sobriedad es el punto donde la persona puede establecer un contacto consciente con esa fuente de confianza.

Ese contacto consciente impulsa a compartirlo con otros: si me ha hecho bien y si me siento amado por esto, ¿cómo no compartirlo? Sin embargo, este es un nivel que no se debe adelantar ni apurar. No hay que imponer: “Para recuperarte, tenés que hacer esto para ser un buen chico o chica y empezar a trabajar”, si la persona no lo siente. Volvemos al punto inicial: no se puede vivir en el “como si”. La fe es un encuentro vitalizante, como lo ha señalado el papa Francisco, un encuentro que reanima y da vida.

Esto es lo que debería ocurrir desde el nacimiento, y es lo que muchas veces quien está en una adicción no ha vivido. La vida, para ellos, no fue una maravilla presentada, sino un esfuerzo por sobrevivir debido a la violencia, el abuso, el abandono o la falta de conexión. Si la vida no fue una maravilla, la pregunta es: “¿Qué hice yo con eso?”. Si la persona logra decir “No es tan así” porque se encuentra con algo maravilloso –el amor de la comunidad, una experiencia de fe– y siente que Dios la ha traído ahí, entonces surge la necesidad: “Ahora me tienen que enseñar a jugar con esto”. Tienen que enseñarle a relacionarse con este Poder Superior o con este Dios, para encarnarlo y tenerlo dentro, ya que los demás no estarán siempre presentes. Se debe aprender a vivir estos principios y esta relación de una manera fuerte e independiente.

Podríamos resumir este proceso en tres pilares fundamentales:

1. Confianza: Surge porque la vida es maravillosa; si te dieron un “juguete”, significa que te quieren.

2. Corazón: Es todo el proceso de aprender a jugar de manera consciente, discerniendo y sintiendo. Se aprende a diferenciar los amores que matan (que ahogan y crean dependencia) de los vínculos sanos. El primer vínculo dependiente no es la droga, sino los vínculos humanos. El vínculo dependiente es la madre de todas las otras dependencias. Vivir en el corazón significa aprender a discernir lo que se vive y lo que se siente, las maravillas que se van descubriendo.
3. Coherencia (cohesión): La coherencia implica tener cohesión. No hay posibilidad de simular. El que simula recae, el que esconde recae, el que no trabaja de manera consciente lo que le pasa queda arrastrado. Esto no significa que se deba superar todo, sino que se acepta y se vive desde esa confianza inicial, y se trabaja toda la vida. Cohesión significa, entonces, que la persona es coherente porque sigue caminando, sigue trabajando su espiritualidad y sigue recurriendo a quienes la ayudan, por más que recaiga, tropiece o le falten muchas cosas.

En última instancia, la fe sin espiritualidad puede ser un simple “como si”. La espiritualidad sin fe, inevitablemente, termina siendo algo áspero y vacío. No es necesario que esa fe coincida con una institución específica, pero sí que exista una fe; el resto lo dirá Dios.

IV.11

Esperanza y misericordia, la puerta de entrada al centro barrial

*Marisa Loser*⁵³

Nos parece importante partir de la base de que ser familia es un aprendizaje, un camino y no un punto de llegada. Se construye con los vaivenes propios del crecimiento humano, las fragilidades y el contexto en el que se encuentra. Toda

⁵³ Religiosa de la congregación Hermanas de Jesús Buen Pastor, coordinadora de casa convivencial de mujeres.

nuestra gran familia del Hogar de Cristo tiene el nombre de “familia” porque su fundamento parte de la Trinidad, que es Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es lo que buscamos enseñar y, sobre todo, vivir en el día a día junto con nuestros hermanos y hermanas que acompañamos desde su dolor. Un dolor difícil de contar o transmitir porque desborda cualquier lógica humana y de lenguaje. La respuesta ante ese dolor del otro es la misericordia. Por eso el carácter de la espiritualidad es fuertemente esperanzador y misericordioso.

En concreto, me toca acompañar a las chicas que están en un proceso, casi al final, en lo que llamamos Cuarto Umbral, tanto de varones como de mujeres. Yo estoy con las chicas. Es un compartir 24/7 una experiencia de espiritualidad, de caídas, de recaídas y de levantadas continuas. Recuerdo que un día una de las chicas, no por recaída de consumo, sino por otra actitud, me dijo: “Hermana, vengo de nuevo a pedir ayuda”. Buscamos vivir una espiritualidad entendida desde el ser familia porque esta manera de vincularnos nos permite acercarnos desde el amor incondicional, como quien abre la puerta y recibe a los que llegan rotos, heridos y anhelando el afecto de una familia. Por eso, el camino de espiritualidad en nuestros espacios tiene que ver con hacer experiencia de misericordia y esperanza.

La misericordia nos ayuda a ponerle nombre a las fragilidades. Al llegar, nuestra mirada de misericordia los ubica de nuevo en un hogar que recibe, abraza y acompaña, es más fácil mirar el dolor propio cuando alguien nos mira con misericordia. Y la esperanza hace que los hermanos y las hermanas que llegan puedan sentir que sus vidas tienen sentido y que pueden reconstruirse más allá de lo que hayan vivido o estén viviendo. La misericordia y la esperanza nos ayudan a caminar en la lectura de la realidad, pudiendo ver signos de vida y no de muerte.

Recito una de las catequesis que hizo León IV el 28 de mayo de 2025, hace casi un mes, cuando hablaba de la parábola del buen samaritano y tocaba el tema de la esperanza. Él decía: “La falta de esperanza a veces se debe a que nos quedamos atrapados en una cierta forma rígida y cerrada de ver las cosas. Las parábolas nos ayudan a mirarlas desde otro punto de vista”. Y comenta justamente la del buen samaritano. “Tiene como escenario un camino difícil y áspero como la vida, el camino que recorre un hombre que baja de Jerusalén, la ciudad de la montaña, a Jericó, la ciudad bajo el nivel del mar”. Es una imagen que ya presagia lo que puede ocurrir. En efecto, sucede que es asaltado, golpeado, despojado y abandonado medio muerto. Es la experiencia de los que llegan a nuestros hogares y espacios, totalmente rotos.

Y él continúa diciendo: “La vida está hecha de encuentros, nos encontramos frente al otro, frente a su fragilidad y debilidad, y podemos decidir qué hacer: cuidar de él o hacer como si nada”. Y surge la compasión, la misericordia, porque la compasión es una cuestión de humanidad. La compasión se expresa a través de gestos concretos. El samaritano se acerca, porque si quieres ayudar a alguien, no puedes mantenerte a distancia, tienes que implicarte, ensuciarte, quizás contaminarte. “Le venda las heridas después de limpiarlas con aceite y vino, lo carga en su montura, es decir, se hace cargo de él, porque solo se ayuda de verdad si se está dispuesto a sentir el peso del dolor del otro”. Nosotros en el Hogar de Cristo tenemos la expresión “cuerpo a cuerpo”. “Lo lleva a una posada donde gasta su dinero y se compromete a volver, y si es necesario pagar más, porque el otro no es un paquete que hay que entregar, sino alguien a quien hay que cuidar”.

Cuando el Hogar de Cristo cumplió quince años en 2023, se iniciaba una peregrinación de la Virgen de Luján en el Luna Park con el lema “Ni un pibe menos por la droga”. El papa Francisco, en el mensaje de video que envió, dijo: “Miren lo que con la ayuda de Dios se puede hacer, es una peregrinación constructiva y de esperanza. Hay tiempo, se puede”.

Cómo es la espiritualidad en nuestros espacios o cómo la vivimos nosotros: desde lo cotidiano, en diálogo con la vida concreta, se deja interpelar por esa vida y se deja transformar. Nos lleva a acercarnos al dolor de los otros con quienes compartimos la misma condición humana desde la compasión que implica sabernos humanos. La clave de esto nos hace pensar en el fundamento que da Cristo: “Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, fui forastero y me hospedaron. Estuve desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, en la cárcel y vinieron a verme”. Este texto no es una simple invitación a la caridad, es una página de cristología que ilumina el misterio de Cristo, un llamado a reconocerlo en los pobres y los que sufren, donde se revela el corazón de Cristo.

Esta espiritualidad atraviesa todos los núcleos identitarios del Hogar de Cristo. Es un evangelio encarnado que nos lleva a recibir la vida como viene, con todas sus vidas, desde el amor, porque la vida viene de Dios. Nos lleva a acompañar “cuerpo a cuerpo”, lo cual significa que cada persona es sagrada. No es un paquete que yo dejo. Es necesario meterse en medio, tomando iniciativas y decisiones. No se pueden resolver los problemas si uno no se involucra, si no abraza el dolor como lo hizo Jesús.

Esto nos lleva a ser una Iglesia que busca transmitir un anuncio que hable al corazón y que encienda la esperanza. ¿Qué le decimos? “Jesucristo te ama, dio su vida

para salvarte y ahora vive a tu lado cada día para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte”. Somos parte de un cuerpo, somos comunidad, somos familia, y en esto de ser familia, una familia atravesada por vínculos basados en el amor, el cuidado, el respeto y la aceptación plena y total de la diversidad, porque viene de todo, de distintas edades, condiciones, y cada uno con una historia dolorosa pero sagrada. Una frase que repetimos mucho en el hogar es “La alegría de saber que no estamos solos”. Podemos agregar lo del papa Francisco: “Nadie se salva solo”.

Todo esto hace que pongamos nuestros esfuerzos en transformar la realidad, porque la espiritualidad no queda sin una encarnación. Es transformar el tejido social, las instituciones, la comunidad, la cultura, que son también intentos por cambiar las condiciones que llevaron a las personas que acompañamos a esa situación de desamparo y exclusión.

En el Espacio Puentes Cura Brochero acompañamos a los hermanos y las hermanas a través de un camino espiritual desde la palabra de Dios, leída, meditada y compartida, encarnada en la realidad concreta de los procesos que viven y en la vida sacramental. Quien lo desea, puede prepararse para los sacramentos de iniciación cristiana: bautismo, comunión y confirmación. Me toca preparar a estos chicos, y son catequesis maravillosas. Cuando les pregunto si quieren bautizarse, no hablan de la foto, sino que preguntan: “¿Cuándo nos bautizamos, hermana?”. El bautismo se da en el primer paso; la comunión, en la granja; y la confirmación, en el Cuarto Umbral como un testimonio de “enviados”. Y es una fiesta. La comunidad se alegra.

En los centros barriales, la espiritualidad es algo habitual. Hay gestos que la manifiestan, como el abrazo, la bienvenida, la mesa compartida, que nos hablan de una espiritualidad concreta y nos hacen ver de nuevo la misericordia y la esperanza. En nuestra parroquia, la mesa larga de los chicos vive de momentos de fe y espiritualidad comunitaria. En la mesa se bendice la comida, se comparte la palabra del día con un mensaje de misericordia y esperanza. Otra mesa compartida y celebrada es la Eucaristía, donde participamos junto a la comunidad parroquial, y es un día de fiesta, porque la misa nos une como una gran familia.

En las granjas, la distancia ofrece la oportunidad de releer nuestra vida desde la fe. La espiritualidad es más profunda y ordenada. Ellos avanzan paso a paso en una vida más madura, hasta el punto de que son más fieles que nosotras a los 5 pasos de la espiritualidad ignaciana.

Después pasamos al Pre-Cuarto Umbral y Cuarto Umbral, donde aprenden a ubicarse en realidades que antes les resultaban complejas. Se dice que “se baja” al

Cuarto Umbral porque es un servicio a esos hermanos que ahora llegan. Se sienten reflejados en ellos, y ahora les toca servir, porque saben de esa experiencia de llegar rotos y sin ganas. La humildad les permite acercarse a ellos y a sí mismos con misericordia y esperanza. La espiritualidad de estas etapas envuelve la mística de la vocación diaconal, el servicio a los más pobres y a la mesa.

También hay un Quinto Umbral, donde la espiritualidad continúa siendo transversal. Es un espacio de encuentro donde nos reunimos y compartimos la vida, las cosas que celebramos, y cómo vamos llevando el proceso fuera de las casas convivenciales, que no es nada fácil. Dialogamos sobre cómo gestionan el dinero, los vínculos, el deseo de consumir y las recaídas. Esta es la reunión familiar que los convoca.

En todo este camino, apuntamos a que ellos sean protagonistas de la historia y de nuestra comunidad, que protagonicen la vida de las estructuras que les ofrecemos. Y las estructuras pastorales tienen que estar en diálogo con la vida concreta, dejarse interpelar y transformar. Para esto, la espiritualidad es un pilar fundamental. Tenemos experiencias y testimonios concretos de ellos que lo comparten a diario. Basta con solo preguntarles y escucharlos para dar gracias a Dios por lo que obra en sus vidas.

Como dice San Pablo en la carta a los romanos: “La esperanza no defrauda”.

IV.12

El rol del profesional atravesado por los núcleos identitarios del Hogar de Cristo

Constanza Restelli⁵⁴

Como trabajadora social visito el Centro Barrial de Mujeres Santa Clara de Asís los jueves y allí trabajamos los núcleos identitarios del Hogar de Cristo, que son los pilares de cómo acompañamos de forma particular a las personas. El Hogar de Cristo no se limita al lado profesional. Primero, acompañamos a través de “recibir

⁵⁴ Licenciada en Trabajo Social que acompaña en el Espacio Puentes Cura Brochero, Hogar de Cristo.

la vida como viene”, trabajando el consumo como un síntoma de heridas, dolores y ausencias. Cuando acogemos la vida, lo hacemos con sus problemas, pero también con sus deseos, vínculos, aspiraciones y saberes. Este principio no solo atiende los primeros días de desintoxicación, sino que también pregunta: “¿Qué te gusta hacer? ¿Qué sabes hacer?”. El padre Pablo dice que el hogar de Cristo nos permite hacernos preguntas sobre nosotros mismos, lo que nos otorga derechos. Daba el ejemplo de la orquesta en Angelelli: si no existiera, los niños ni siquiera se preguntarían si pueden aprender a tocar el violín. Desde allí se acompaña: desde la capacidad de volver a hacernos preguntas.

Otro núcleo identitario es el “cuerpo a cuerpo”. Si bien hay profesionales, en su mayor parte el que acompaña es quien transitó el espacio, quien sabe lo que es estar en el Primer Umbral o vivir en la calle. Los profesionales, en cambio, vamos un par de días, damos indicaciones puntuales, pero el que sostiene y acompaña es el otro que vivió esa experiencia.

Algo fundamental del Hogar es que somos familia, otro núcleo identitario. Trabajamos en los vínculos para aprender formas sanas de ser familia, que tal vez nuestra historia no nos dio. No se trata de suplantar la familia de origen, sino de nutrirnos.

También considero que un abordaje integral no es tener muchos números de teléfono para derivar, sino tener en cuenta a toda la persona. La situación de consumo es compleja porque las personas somos complejas, y toda nuestra complejidad se manifiesta en el Hogar de Cristo. Como acompañantes, no somos neutrales, sino que aportamos desde nuestra propia historia, nuestros saberes y lo que hemos aprendido sobre ser familia y sobre nuestra autonomía.

El cuarto núcleo es “transformar la realidad”. Esto sucede desde el minuto uno en que alguien atraviesa la puerta. Pensaba, por ejemplo, en la primera tarea desde mi rol: tramitar el DNI. Esto no es un simple documento, sino una restitución de la ciudadanía. Al ser una persona ciudadana, se tienen derechos y estos se pueden exigir. Hacer el DNI, que parece algo simple, tiene un gran peso. Este acompañamiento abre una grieta en la cultura del descarte, mostrando que el otro es valioso, que sus saberes, habilidades y deseos son importantes.

Para cerrar, el abrazo de bienvenida es un gesto fundamental. Aunque pueda sonar incómodo si la persona viene en situación de calle o en un momento de crisis, el abrazo une, nos hace parte y nos reconoce como valiosos para la comunidad. Es un signo de que “Está bueno que estés aquí”.

IV.13

Falta o defensa dos formas de abordaje

*Valentín Viglianco*⁵⁵

En estos días vi un video de una colega española que explicaba que, si bien cada psicólogo o psiquiatra trabaja con una teoría diferente –ya sea Gestalt, psicoanálisis, TCC o cualquier otra–, lo que realmente nos diferencia no es lo que hacemos, sino cómo miramos al paciente. La perspectiva es clave: podemos ver lo que le sucede a una persona como una falta o un déficit, o podemos verlo como una defensa. Si tomamos una adicción como una falta, nos colocamos en la posición de tener que darle todo al otro. En cambio, si la vemos como una defensa, nos preguntamos: “¿De qué se está defendiendo?”. Ahí es donde las distintas profesiones pueden encontrar un punto en común.

Toda conducta humana cumple una función. Las adicciones y las drogas no son una excepción: tienen la función principal de aliviar el malestar, ya sea el de la vida, el del contexto o el de la propia existencia. Entendiendo esta función podemos pensar en cómo desandar ese camino. Desde la psiquiatría, definimos la adicción como una enfermedad crónica y compleja, con componentes biológicos, sociales, culturales, espirituales y emocionales. Por eso, el abordaje no puede ser únicamente médico o psicológico; debe ser desde todo el contexto. Esto nos abre una oportunidad de trabajo: la sustancia se vuelve adictiva porque activa el sistema de recompensa cerebral, que busca el placer. Sin embargo, nuestro cerebro tiene plasticidad, lo que significa que puede formar nuevas vías y cambiar conductas. Los dispositivos grupales y comunitarios, la comunidad en sí misma, son los que pueden proveer los medios para esa transformación. Si mantenemos el mismo contexto, las conductas se mantienen. Pero si la comunidad provee espacios para crear nuevos caminos, es ahí donde puede haber una verdadera modificación. De lo contrario, caemos en un mundo sin esperanza.

⁵⁵ Médico psiquiatra de la Clínica Universitaria Reina Fabiola y docente en la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Católica.

A menudo los psiquiatras tenemos mala fama porque la gente llega a nuestras consultas con miedo. Pero debemos pensar que somos solo una arista más en el acompañamiento, ni siquiera en el tratamiento. El lema “Nadie se salva solo” es muy cierto. La gente no se arma sola: nos armamos juntos, construyendo comunidad y espacios donde todos podamos aprender y escuchar. No se trata de que uno tenga la verdad, sino de entender que cada persona tiene una situación particular y un saber propio que puede aportar. En la facultad estamos tratando de que los alumnos salgan con una idea de la salud mental que se construye de manera colectiva, en grupo; que no se trata solo de medicar o hacer terapia de por vida. Es una visión que, aunque parezca utópica, busca desestigmatizar y mostrar que sí podemos modificar, cambiar y hacer mucho. La sustancia y la conducta adictiva rompen y aíslan, y nuestro trabajo es enlazar todo lo que se ha roto. Debemos construir puentes, unirnos y pensar en un camino que mejore la salud y la calidad de vida. No se trata de mantener patrones de conducta que no funcionan, sino de crear algo que funcione para todos, para la comunidad y para cada uno en particular.

SECCIÓN V

ESTADO EFICIENTE Y COMUNIDAD ORGANIZADA O NARCOTRÁFICO

V.1

Comunidad organizada o la ley del narcotráfico

*Fabián Belay*⁵⁶

A nivel mundial, el consumo de drogas ha aumentado un 20%. Este dato nos pone en contexto y nos permite ver que el problema es global. En nuestro país, el consumo de drogas está creciendo. Sabemos que la droga entra por las fronteras del norte y se paga con más droga. Por eso no tenemos una gran cantidad de sustancias en el país; el narcotráfico paga su paso por cada provincia para llegar al puerto de Rosario y salir hacia Europa con droga, no con dinero. Para sostener la producción, necesitan venderla, lo que ha atomizado la distribución en todo el país, desde pueblos de quinientos habitantes hasta grandes ciudades como Jujuy, Salta, Córdoba y Santa Fe. Existe una ruta completa de distribución de sustancias.

Nuestra tarea no es trabajar contra eso, sino en la demanda. Es decir, cómo desde la comunidad generamos las herramientas para que se pueda frenar la demanda de sustancias.

Les compartiré un poco sobre nuestra realidad en Rosario así como sobre las características de la ciudad, que explican por qué suceden ciertas cosas. Aunque Rosario tiene el mismo problema de drogas que otras ciudades, algunos elementos lo agravan.

En los últimos veinte años, la ciudad de Rosario creció solo un 8,6%, mientras que las localidades a su alrededor crecieron un 120%. La ciudad de Córdoba creció

⁵⁶ Delegado pastoral de adicciones de la Arquidiócesis de Rosario.

un 14% en el mismo período. ¿Por qué las localidades de alrededor crecieron tanto? Porque los rosarinos huyeron de la ciudad. Rosario es la única ciudad importante de su provincia que no es capital, un caso similar al de Medellín. Por eso, Rosario debe ser un lugar de estudio.

Siendo una ciudad que no tiene el poder político y estatal de la capital, el presupuesto de Rosario es mucho menor que el de la ciudad capital de Santa Fe, que tiene un tercio de sus habitantes. Esto resulta en un Estado muy débil.

Además, durante treinta años, los gobiernos concibieron sus propias herramientas de atención a la sociedad civil. En lugar de fortalecer instituciones de la sociedad civil como clubes, asociaciones y vecinales, el Estado creó sus propios polideportivos y centros de distrito. Este reemplazo debilitó la participación ciudadana y desmanteló la red comunitaria que la sociedad construía.

Por estas razones, hasta 2023, la ciudad quintuplicó la cantidad de muertes en comparación con el promedio nacional, lo que la hizo tan famosa.

Aunque Rosario experimentó menos riesgos económicos que otras ciudades durante las crisis, el aumento de la violencia ha puesto en jaque su prosperidad. En Rosario existen dos ciudades: una con gran infraestructura, como Puerto Madero, y otra pobre, desarticulada y sin participación comunitaria. Ambas están separadas por las grandes avenidas.

El narcotráfico ha modificado tres cosas: las relaciones, el territorio y la economía. Ha impuesto relaciones de poder donde el Estado se retira y se pierde el estado de derecho, ganando la ley del más fuerte. Los barrios se organizan en torno a la venta de drogas, que ahora es atomizada, y el consumidor se convierte en vendedor. Los territorios ya no están delimitados por lo civil, sino por las bandas.

Para nosotros, la prioridad es la niñez y la adolescencia. La pobreza ha alcanzado niveles históricos: el 50% de los adolescentes no está en la escuela secundaria, y solo el 13% la termina con los conocimientos necesarios. Hoy seis de cada diez niños son pobres, y a menudo provienen de familias donde la pobreza es generacional y las adicciones están presentes. Hoy el problema en los barrios no es la falta de familias, sino la falta de adultos que los sostengan.

Vemos un descenso en la edad de inicio del consumo, y la niñez y adolescencia son el momento de captación para la venta. El sistema educativo no logra captar a los adolescentes, que necesitan vínculos fuertes. Sin una propuesta del Estado y sin la participación comunitaria, la única alternativa que les queda es la oferta del narcotráfico.

Vemos que en nuestra ciudad el mal está organizado. El crimen organizado es la única red eficiente, con mucho dinero, y atraviesa a todos los sectores de la sociedad.

Por eso, la Iglesia como comunidad debe poner en práctica el amor. El amor necesita una organización para un servicio comunitario ordenado. El gran desafío es organizar el bien, no basta con ser buenos de manera individual. Debemos encontrarnos y caminar juntos. Desorganizados y desarticulados no podremos salvar vidas. Una comunidad sí puede, porque está Dios y porque hay una comunidad.

En el texto de la multiplicación de los panes, los apóstoles se sintieron impotentes frente a la multitud, al igual que nosotros ante la realidad que nos describen. Pero el milagro se hace con lo que tenemos, si lo ofrecemos. El milagro de los panes fue ofrecido por un niño, alguien que no contaba en el relato. ¿Quiénes transforman la vida en la Iglesia de los Hogares de Cristo? Los chicos que se recuperan, los que no cuentan. Cuando ellos dan su testimonio, rompen la lógica del atrinchamiento y se convierten en vínculos de vida.

Ellos son los que nos acercan esos cinco panes, y nosotros ponemos lo nuestro.

Nos hemos propuesto trabajar en cuatro sistemas: el educativo, las redes sociales y medios de comunicación, los espacios comunitarios específicos y las comunidades parroquiales.

Hemos comenzado a trabajar con otras instituciones de la sociedad civil de Rosario. Nos interesa cómo podemos abrazar la vida de los jóvenes del barrio, pero la misión es para todos. Si se trata de organizar el bien con los buenos, los buenos están en todas partes.

Hemos creado mesas de diálogo con instituciones que trabajan por el bien común. Se elaboró un proyecto con el modelo de los Hogares de Cristo, basado en la experiencia de personas que trabajan en los barrios, que describe cómo deben ser las instituciones para acompañar a los jóvenes.

También se formó una mesa de directores de escuelas de barrios vulnerables, públicas y católicas. En ella discutimos cómo debe ser la escuela para los adolescentes que no han podido ser contenidos, que tienen familiares muertos o en situación de consumo. De ahí surgió el proyecto de la red "Escuelas para la vida".

En el ámbito deportivo, ante la falta de clubes para adolescentes en barrios vulnerables, se crearon escuelas de fútbol, ya que el problema es urgente y no podemos esperar a construir grandes estructuras.

Además, formamos la mesa “Compromiso Rosario”, que reúne a empresarios, universidades y organizaciones sociales y religiosas. La universidad es clave, ya que necesitamos que mire lo que sucede en los sectores vulnerables. La realidad es que hoy no sabemos cómo está el cerebro de los niños de la tercera generación de familias en situación de consumo. Necesitamos que las universidades formen e investiguen para generar datos.

También necesitamos un empresariado que se fortalezca desde su lugar. La infraestructura de los barrios más vulnerables es la peor; necesitamos mejores escuelas, centros de salud y clubes en los barrios, y a veces esto podría ser apoyado por el sector empresarial local.

El problema nos involucra a todos, ya que algunos sindicatos reportan que el 70% de sus miembros da positivo en las pruebas de drogas; en algunas empresas, este porcentaje es del 40%. Debemos trabajar en la prevención y la asistencia.

Esos puntos rojos en el mapa son barrios con balaceras y muertes. Los otros puntos son los dispositivos de los Hogares de Cristo, ubicados en los lugares con mayor índice de muertes. La propuesta de la Iglesia es trabajar con la niñez en centros barriales, granjas de internación, escuelas secundarias y espacios deportivos.

El gran desafío es vivir el amor en la diversidad, encontrándonos desde los diferentes sectores. Es la única manera de salir adelante. No alcanza solo con el Estado o solo con la Iglesia; los necesitamos a todos. Necesitamos lo mejor de la sociedad al servicio del hermano.

V.2

Estado y comunidad organizada o narcotráfico

Melchor López⁵⁷

El narcotráfico y sus derivaciones se encuentran en pleno desarrollo en la ciudad y en la provincia de Córdoba. No vendría mal contar con estudios pormenori-

⁵⁷ Párroco de la parroquia Nuestra Señora de la Misericordia y vicario de los pobres.

zados sobre el tema. Yo no los tengo, no sé si los hay, pero junto con tantos vecinos y vecinas sabemos, conocemos, padecemos y tenemos experiencias cotidianas de su despliegue, en especial en los barrios populares donde vivimos, trabajamos, somos familia y comunidad.

La distribución, la venta y el consumo de todo tipo de sustancias está despenalizada de hecho. Se encuentran desplegados de distintas formas en la gran ciudad, la pequeña ciudad, el pueblo y el campo. Si esto no fuera así, no existiría el acceso inmediato, directo, masivo y sin ninguna dificultad, como existe, para adquirir sustancias de distinto tipo y costo. Esto sucede con innumerables formas de pago, a la vuelta de la casa de cualquier vecino de los barrios populares, o un poco más allá en el caso de los barrios más residenciales, como así también en locales comerciales, bares y locales bailables, o por distribución a domicilio.

En nuestros barrios populares, como en algunos otros, podemos observar cómo a la intervención policial/judicial en un local de tráfico de drogas o similares le sigue el rearmado del “negocio” dos o tres horas después de la intervención. Estamos sitiados por el entramado del narcotráfico, oscuro, poderoso, destructivo e impune, que no puede desarrollarse como se desarrolla sin que se mire para otro lado y no se afronte lo que hay que afrontar.

Mientras tanto, y como consecuencia de esto, hermanas y hermanos nuestros son arrasados por una cultura de consumo, delincuencia y muerte. A los derechos que ya les han robado a los más pobres durante generaciones ahora vienen a utilizarlos como material descartable. Esto no es metafórico: es real, masivo y cotidiano. La muerte visita nuestros barrios como si fuera lo normal, y no podemos permitirnos acostumbrarnos a la cultura de la muerte.

Frente a este escenario no nos queda otra que trabajar por un Estado nacional, provincial y municipal con mayor presencia efectiva, real y desde un abordaje sistémico. Solo así las acciones y programas que se desarrollan dejarán de ser de carácter solo paliativo y podrán calar más hondo en la complejidad del entramado social pobre.

Para esto, al Estado como tal y a la comunidad en general no nos queda otra que asociarnos. Debemos asociarnos de manera inteligente y organizarnos para invertir los recursos con eficiencia, con la visión clara de la persona y el pueblo en el centro, como sujetos de derecho, por sobre cualquier otro interés.

En este sentido, quisiera presentar dos casos. Uno más general, una política pública nacional con alto grado de participación popular, y el otro, una experiencia

particular, puntual, territorial, de la periferia oeste de la ciudad de Córdoba donde vivo y sirvo pastoralmente como párroco.

Programa Nacional de Integración Socio Urbana (PNISU)

Me refiero en concreto, en el primer caso, al Programa Nacional de Integración Socio Urbana (PNISU), que hoy está en primer lugar desfinanciado y luego cerrado por el gobierno nacional. Esta política pública se construyó con el apoyo de todo el abanico partidario, en 2017 por medio del decreto 358, y en 2018 por medio de la ley 27.453.

En Córdoba son 318 los barrios populares, entendiendo como tales a aquellos donde viven al menos ocho familias agrupadas o contiguas, y más de la mitad de la población carece de título de propiedad y acceso regular a dos o más servicios básicos (agua, electricidad y/o cloacas). De ellos, 177 se encuentran dentro de la ciudad de Córdoba.

En estos barrios populares habitan 37.000 familias según el Registro Nacional de Barrios Populares (ReNaBaP), de las cuales 28.000 no acceden de manera formal al agua potable y 21.000 no acceden al servicio de electricidad. En esos barrios tenemos el núcleo duro de la pobreza en Córdoba y el despliegue impune del narcotráfico.

Solo las cooperativas de trabajo surgidas de movimientos sociales han realizado veinticuatro obras de integración sociourbana que comprenden conexiones intradomiciliarias de electricidad, forestación, equipamientos comunitarios y mejoramientos habitacionales. Esto permitió la mejora en la calidad de vida de 6.500 familias distribuidas en veintidós barrios de Córdoba.

Esto es una muestra clara del potencial que tiene una política pública pensada y ejecutada desde la lógica de la asociación inteligente y estratégica entre Estado y comunidad, en este caso representada por organizaciones sociales con sus cooperativas de trabajo y agrupadas en la Mesa de Barrios Populares de Córdoba que acompañamos desde la Vicaría de los Pobres.

Sin contacto con las organizaciones de base, pero aprovechando esta política pública nacional y otros recursos, el gobierno provincial de Córdoba pudo desarrollar el programa “100 urbanizaciones”, de las cuales unas sesenta han sido ejecutadas en su totalidad. Estas obras permiten una vida digna para vecinos y vecinas a los que se

les haría imposible el acceso a los servicios básicos. Pero como si fuera poco, cuando se piensa y ejecuta la obra con los mismos vecinos organizados en cooperativas, las obras son usadas y cuidadas por quienes las pensaron y ejecutaron.

Hoy, con la retirada del gobierno nacional y el avance descomunal del narcotráfico, no nos queda otra que pensarnos de manera inteligente y unidos las organizaciones de base, los gobiernos provincial y municipal, y también el sector privado, al cual estamos invitando a involucrarse más y más con el conjunto social y sus necesidades comunes, del cual todos somos parte.

En este sentido, estamos en estos días solicitando al gobierno provincial poner la mirada, los recursos y hacer las alianzas correspondientes para desarrollar viviendas con servicios en más de mil lotes que las organizaciones sociales han adquirido y proyectado con sentido social y solidario. Buscamos aprovechar la capacitación, la organización y la gestión comunitaria de las cooperativas de trabajadoras y trabajadores de barrios populares. La capacidad de trabajo de los pobres organizados es un potente capital social, solidario, digno y transformador que no podemos desaprovechar, ya que, en el caso mencionado, no solo aporta trabajo y desarrolla urbanismo, sino que acompaña la complejidad de la vida de los barrios populares; entre otros, también el flagelo del consumo problemático y la convivencia involuntaria con el narcotráfico.

Parroquia Nuestra Señora de la Misericordia

El otro caso, particular, pero similar al de muchas comunidades en la ciudad de Córdoba y del resto de la Arquidiócesis, es el de la comunidad parroquial de la cual he sido honrado siendo su párroco.

La parroquia tiene cinco barrios del oeste periférico de la ciudad, compuesto por familias trabajadoras, niños, jóvenes y ancianos, vecinos y vecinas llenos de sueños, cultura, lucha, sufrimientos, alegrías, contrariedades y contradicciones, esperanzas, solidaridad, pobreza y mucha fe. Buscamos asociarnos y acompañarnos para ser una red de contención, sostenimiento, asistencia y crecimiento para muchos hermanos y hermanas.

Comedores y merenderos, cooperativas de trabajo, carreros organizados, grupos de emprendimientos de economía popular, instancias educativas, de salud, sociales y deportivas de la Municipalidad, orquestas barriales, catequistas, coordinadores de grupos de fe y de grupos de promoción de la mujer, educadores no formales y

muchísimos vecinos y vecinas, todos buscamos trabajar juntos para ayudarnos y ayudar a los más frágiles.

Convivimos con el narcotráfico y el desastre social que arroja como fruto. Ante esa realidad, nos asociamos, trabajamos juntos, difundimos y promovemos la participación en todas las instancias posibles de contención, rescate, asistencia, promoción y vida digna para nuestros hermanos y hermanas. Esto nos permite sentirnos y sabernos una comunidad en camino.

Aprovechamos las instancias de educación formal e informal para todas las edades, desarrollamos el trabajo popular, lo buscamos promover y articulamos con las instancias de capacitación. Llevamos a los chicos a la mayor cantidad de espacios posibles de cuidado, alimentación, deporte y cultura para defenderlos del narcotráfico y favorecer el crecimiento digno, humano y cuidado.

Nos alegramos y participamos en las pequeñas y grandes hazañas de la solidaridad espontánea y organizada, desde una loza el sábado a la mañana, el cuidado de los abuelos solos, el acompañamiento en los trámites judiciales y de la salud hasta la búsqueda de un medicamento, una silla de ruedas, una heladera o una habitación para uno más que quedó en la calle y no quiere estar allí.

Hoy, el centro barrial para acompañar a hermanos en consumo problemático de sustancias es de todos y de boca en boca se va corriendo la voz: “Hay un lugar que te puede ayudar”. Son innumerables las acciones pequeñas y grandes, espontáneas y organizadas, que llevamos adelante.

Lo hacemos sostenidos por la esperanza y animados por una fe popular que se enciende más y más cada vez que, delante de la Virgen de Lourdes, de Jesús crucificado o de un santo amigo, rezamos juntos y soñamos con más vida plena para todos.

V.3

Construyendo Oportunidades

*Liliana Montero*⁵⁸

El año pasado, en un encuentro con Cáritas y los Hogares de Cristo, el gobernador de la provincia de Córdoba, Martín Llaryora, propuso un desafío: trabajar con las personas privadas de la libertad. El gobierno venía financiando el tremendo trabajo que hacen los Hogares de Cristo en el territorio y, en una reunión para analizar los resultados, el gobernador les propuso este nuevo proyecto.

En paralelo, nosotros en el gobierno veníamos trabajando en otra área, con jóvenes en conflicto con la ley penal, que dependen de la Secretaría de Niñez, Adolescencia y Familia. Al mismo tiempo, se dio una conversación con una representante de la Fundación E + E, una fundación muy potente en Córdoba, y con la doctora Tarditi, una titular del Poder Judicial, interesada en trabajar con mujeres en libertad asistida, condicional o con prisión domiciliaria.

Con estos tres elementos (el desafío del gobernador, el interés de las organizaciones civiles y los distintos estamentos de gobierno) surge el programa Construyendo Oportunidades, que tiene tres pilares centrales:

1. El Poder Ejecutivo de la provincia, a través de tres ministerios:
 - El Ministerio de Desarrollo Humano, bajo mi órbita.
 - El Ministerio de Desarrollo Social y Empleo, que aporta los programas de empleo.
 - El Ministerio de Justicia y Trabajo, que tiene a cargo los establecimientos carcelarios.
2. El Poder Judicial de la provincia, que incluye a una jueza y a un miembro del Ministerio de Defensa.
3. La Universidad Provincial de Córdoba, que se encarga de la capacitación.

⁵⁸ Psicóloga, especialista en psicología clínica y actual ministra de Desarrollo Humano de la provincia de Córdoba.

A esto se suman dos ingredientes que para mí son claves: las empresas del sector privado, que se unen al proyecto de inserción laboral, y tres instituciones que marcan la diferencia en la implementación: la Fundación E + E (que articula el programa para mujeres), Cáritas (para los varones mayores de veinticuatro años) y la Fundación Scholas (para los jóvenes).

Los objetivos de Construyendo Oportunidades son facilitar la reinserción socio-comunitaria y laboral de personas mayores de dieciséis años. Es importante destacar que por primera vez se incorpora esta franja etaria, ya que salir del sistema penal juvenil y encontrar una oportunidad es muy complicado. Los objetivos específicos son fortalecer la empleabilidad y prevenir la reincidencia a través de la articulación con cooperativas y empresas.

El programa se divide en tres tipos de proyectos: para jóvenes, para mujeres y para varones. La selección de los participantes es un proceso complejo.

En el caso de las mujeres, las juezas de ejecución penal, el Servicio Penitenciario y los equipos técnicos del Ministerio de Desarrollo Humano realizan entrevistas para evaluar sus habilidades, inquietudes y, sobre todo, su deseo de participar. Hemos tenido casos de mujeres que, aun siendo postuladas, deciden no unirse, y eso es una decisión que respetamos.

Con los jóvenes, Scholas inicia un trabajo dentro del centro socioeducativo Complejo Esperanza a través de talleres sobre habilidades para la vida y de formación sociolaboral. Al salir, continúan con el taller para asegurar su reinserción.

En el caso de los varones, trabajamos con el Patronato del Liberado para seleccionar a los postulantes, quienes también pasan por una evaluación de nuestros equipos técnicos.

Todos los participantes, sin excepción, firman un acuerdo de compromiso. Esto puede parecer algo menor, pero opera a nivel psíquico como un acto simbólico muy importante. Viene de nuestra experiencia en la pandemia, cuando trabajamos con personas en situación de calle. De 525 personas, 110 se incorporaron a un programa de empleo con compromisos básicos. El 98% de ellas tenía consumo problemático. Este programa, que la pandemia nos permitió implementar, nos enseñó el valor de un compromiso firmado, que le da a la persona un sentido de que su palabra y su firma tienen valor.

El proceso es complejo. No se trata solo de dar una lista de nombres. Implica una evaluación, una firma de compromiso y una capacitación laboral. Algunas mujeres, por ejemplo, que tienen prisión domiciliaria, trabajan cosiendo pelotas y cumplen con objetivos de producción.

Lo que marca la diferencia en este programa es el acompañamiento constante de organizaciones como Scholas, la Fundación E + E y Cáritas. Este apoyo ha permitido que el índice de permanencia sea altísimo. En 2024, de veintiuna mujeres, solo tres dejaron el programa: una para tomar un empleo formal y las otras dos porque no pudieron sostener las condiciones. Con los varones, no solo no hemos tenido bajas, sino que Cáritas hace un trabajo tremendo.

El gobierno provincial aporta una beca que cubre los primeros meses de capacitación, para luego pasar al programa de empleo. Para nosotros es crucial que el programa sea exitoso, ya que eso atrae a más empresas. No es fácil decirle a un empresario “Tomá a personas que han estado privadas de la libertad”. Por eso, el acompañamiento es vital para las personas y también para las empresas.

El equipo de Vanessa mantiene una política de cercanía, hablando de manera constante con las empresas para asegurarse de que todo funcione bien. Para nosotros, esto hace que el programa sea escalable. Si no lo hiciéramos de esta manera, fracasaría como tantos otros.

Un ejemplo del valor de este programa es la Cooperativa CALEX, de exprivados de la libertad, que trabaja con nosotros en diversas obras y hoy firmará un contrato para prestar servicios a una de las empresas más grandes. Esta cooperativa, que lleva quince años funcionando, es fundamental porque sus miembros, que han pasado por la misma experiencia, pueden hablar de manera cercana y auténtica con los jóvenes, como en el caso de Alcohólicos Anónimos.

Esta es la razón por la que, a mi criterio, el programa tiene buen camino: porque estamos todos, todos, todos, trabajando juntos.

V.4

Acompañar cuerpo a cuerpo en las cárceles

*Liliana Come*⁵⁹

En los Hogares de Cristo decimos que recibimos la vida como viene y cuerpo a cuerpo. La parroquia va dando respuesta a las diversas necesidades del barrio, creando escuelas, talleres de oficio, murgas, apoyos escolares y grupos de exploradores. Todo esto tiene que ver con la prevención y el acompañamiento.

Sin embargo, a veces el mismo joven que iba a la escuela y participaba en las actividades deja de ir y termina en una esquina, consumiendo. Si somos una parroquia que está en salida, ¿qué hacemos con los que se quedan afuera? La realidad nos confronta y nos obliga a actuar, a hacernos cargo de la complejidad.

Así surgen los Hogares de Cristo como una respuesta comunitaria desde el barrio. Son una respuesta fundamental porque nacen de la comunidad y para la comunidad. Con la ayuda de voluntarios y profesionales, se crean centros de día, hogares, granjas terapéuticas y dispositivos específicos para acompañar a personas con adicciones, enfermedades, a mujeres, a niños y en el ámbito pospenitenciario.

A diferencia del trabajo de prevención en la capilla, el club y el colegio, no podemos olvidarnos de lo que llamamos las “otras C”, las que están en blanco y negro, más oscuras: el consumo y la calle. El consumo, a menudo de paco, es el escape a una vida llena de necesidades insatisfechas. La calle no es solo la falta de vivienda, sino también el desarraigo familiar. El consumo en la calle lleva a malas decisiones.

Y es ahí, en la cárcel, que a veces se da una oportunidad. Es un lugar donde el joven, que antes no escuchaba a nadie y consumía, se pone un freno. Y ahí es donde el Hogar de Cristo y la Casa Libertad entran a acompañar.

Hoy existen más de trescientos hogares en todo el país. Llevamos diecisiete años trabajando, y el primer hogar se fundó en la Villa de Barracas. Sin embargo, el problema de la droga es un flagelo profundo, en especial en las personas más excluidas.

⁵⁹ Abogada, psicóloga social y actual coordinadora de la Casa Libertad de Buenos Aires.

Nosotros acompañamos a las personas privadas de su libertad en distintos penales federales y provinciales. Tenemos un convenio con el Servicio Penitenciario Federal que nos permite realizar nuestro trabajo. Entendemos que los Hogares de Cristo y la Casa Libertad deben ser agentes pacificadores. Esto significa que, aunque a veces un miembro de la comunidad se sienta mal porque nosotros acompañamos al victimario de un delito, entendemos que trabajar con ambas partes genera menos conflictividad. El joven que sale de prisión vuelve al barrio, y si no se responsabiliza por sus hechos ante la comunidad, la pena no sirve de nada.

Trabajamos juntos en esto. Todos los viernes vamos a los penales a visitar y acompañar con lo más valioso que tenemos: nuestros acompañantes pares. Estos son personas que, habiendo estado presas, reconstruyeron su identidad. En el barrio, a veces es mejor ser “chorro” que “fisura”. Nuestro trabajo es desnudar esa identidad y poner a esa persona al servicio de los demás. Quién mejor que alguien que ha vivido el proceso de estar detenido para contar su experiencia. El otro ve una posibilidad de esperanza, de cambio y de responsabilizarse.

Esta es nuestra Casa Libertad. Tenemos espacio para veinte varones (hay otra casa para mujeres). Trabajamos el aspecto pospenitenciario porque es fundamental prepararlos para la libertad y luego cuidarla. Es muy difícil, y por eso trabajamos en darles la posibilidad de servir. Cuando hay trabajo para estas personas a través de cooperativas es una gran ayuda.

Durante la pandemia, cuando era difícil llevar alimentos a las cárceles, pudimos coordinar con actores del Estado para que nuestros acompañantes pares pudieran hacer ese trabajo. Nuestro acompañamiento es “cuerpo a cuerpo”, no tenemos recetas. Tenemos éxitos y fracasos, pero muchas alegrías.

Cuando una persona sale, nos aseguramos de que haya alguien esperándolo en el penal. Sabemos que las primeras 48 horas son cruciales para evitar la reincidencia. Creemos que somos una familia. Compartimos las comidas y ofrecemos asistencia psicológica. En el afuera, seguimos respondiendo a las necesidades de la realidad.

Hemos realizado encuentros de diálogo entre la justicia y la comunidad, entendiendo que necesitamos una justicia más humana, que escuche y que se pregunte por qué los jóvenes siempre entran y salen. No se trata solo de castigar, sino de dar segundas oportunidades.

Para terminar, quiero mencionar a nuestro querido papa Francisco. En una ocasión, él abrió una puerta santa en una cárcel en Italia para que todos pudieran pasar por ella, simbolizando el perdón de los pecados.

V.5

Las cooperativas: una respuesta ante el descarte

*Hugo Vidal Fernández*⁶⁰

El papa Francisco en el Año del Jubileo abriendo una puerta a la esperanza. El logo del Jubileo tiene una cruz que es también un ancla, un ancla que nos lleva a la esperanza. Y tiene cuatro figuras de diferentes colores, que representan la comunidad y la peregrinación. El agua en movimiento simboliza los tiempos que vivimos.

Quiero proponerles una reflexión a partir de un pasaje del Evangelio en el que unos amigos bajan a un paralítico a través del techo de una casa para que Jesús lo cure. El papa Francisco dice que, además del milagro físico, hay otro milagro: el de la cooperación de esos amigos. No se quedan indiferentes ante el sufrimiento. La cooperación es una estrategia de equipo que abre una brecha en el muro de la multitud indiferente. El papa lanza una frase: “Tienen el coraje de abrir el techo”. Hoy hablamos de ese desafío: abrir el techo y crear algo que no existe.

Para los que no están familiarizados, hay varios tipos de cooperativas. Las cooperativas sociales, que nacieron en Italia para trabajar la desmanicomialización, no tienen un régimen legal propio en la Argentina, por lo que muchas se encuadran como cooperativas de trabajo.

Podemos clasificarlas en tres tipos:

1. Cooperativas de cuidado: Formadas por personas que cuidan a ancianos o niños. Estas se unen para no perder su trabajo si se enferman, produciendo algo fundamental e invisibilizado en nuestra sociedad. Durante la pande-

⁶⁰ Abogado, psicólogo social y presidente de la Cooperativa UPA.

mía, el Hogar de Cristo creció de manera exponencial haciendo este tipo de trabajo.

2. Cooperativas de integración sociolaboral: Colectivos vulnerables que se reúnen, como personas con problemáticas de salud mental o exprivados de la libertad.
3. Cooperativas de acompañamiento integral: Nuestra cooperativa, AUPA (Acompañantes, Usuarios de PACO), es inédita en la Argentina. Desafiamos los límites jurídicos y creamos una “fábrica” que produce acompañamiento integral. Usamos la palabra “paco” de manera disruptiva, porque esta droga desorganiza la vida de las personas.

¿Qué es lo que producimos? El cuidado. En la Villa 21-24, nuestro primer lugar fue el centro barrial Hurtado, donde Bergoglio lavó los pies a los primeros jóvenes. Este lugar es parte de nuestra cooperativa.

Además, tenemos dispositivos de salud para problemas como la tuberculosis y el VIH, que son un flagelo en los barrios populares. También dispositivos de salud mental para personas con problemas graves. En el ámbito de la justicia, tenemos la Casa Libertad y la Casa Quinquela, para acompañar a menores con múltiples causas judiciales que no tienen familia. También contamos con dispositivos específicos para mujeres y diversidades, y para familias, ayudando a quienes no fueron ayudados a aprender a ser padres. Por último, tenemos programas específicos para infancias y adolescencias.

Todo este trabajo se concentra en la zona sur de Buenos Aires, donde nacen los Hogares de Cristo.

Quiero cerrar con dos ideas del papa Francisco. En un encuentro con cooperativistas, él dijo que el modelo cooperativo, inspirado en la doctrina social de la Iglesia, frena el individualismo. La cooperativa social combina la lógica de empresa con la solidaridad.

Recientemente, un diario publicó que Francisco donó sus últimos ahorros a una cárcel de menores en Italia para impulsar un emprendimiento de pastas llamado “Pasta Futuro”, con el fin de dar esperanza a los expresos.

Entiendo que el trabajo es importante y no es algo nuevo. Muchas iniciativas han fracasado porque la lógica de la empresa se le impone a la persona. Nosotros, en cambio, creamos una empresa que se basa en la mejor habilidad de quienes sufrieron el descarte: cuidar a otros. Nuestros “operarios” son personas que hoy son clave para acompañar a quienes pasaron por experiencias similares.

Un médico no va a una “ranchada” a dar la medicina para la tuberculosis; van nuestros jóvenes. Y no hay nadie mejor que ellos para acompañar a una persona a la cárcel o a una mujer en una situación de violencia.

V.6

Nos dimos cuenta de que el vínculo era fundamental

Florencia Boneu⁶¹

Comenzamos en Córdoba con nuestra primera experiencia en este campo, preguntándonos sobre la reinserción social en las cárceles de Bower y Montecristo. Empezamos acompañando a través de talleres grupales para ayudar a las personas a construir un proyecto de vida. Una vez en libertad, continuamos el acompañamiento en la sede de Cáritas.

En este proceso nos dimos cuenta de que las personas liberadas enfrentan innumerables experiencias negativas. Esto nos obligó a ampliar nuestra mirada y evitar los reduccionismos. Si bien consideramos algunas variables al principio, la experiencia y los propios participantes nos enseñaron a tener en cuenta otras complejidades de sus vidas.

Nos preguntamos qué sabíamos sobre la reinserción social. Entendimos que implica que la persona no vuelva al delito, lo que, a su vez, contribuye al cuidado de la sociedad. Estos dos objetivos de la política social no son contradictorios, van de la mano. Trabajar junto a la justicia penal es fundamental, ya que la reintegración a la sociedad es un pilar de este proceso.

Sabíamos que necesitábamos un acompañamiento integral que considerara varias áreas: psicológica, artística, deportiva, familiar, contextual y de salud física.

Todo esto es la parte teórica, pero quiero ir más allá y compartir la experiencia que vivimos como comunidad. Cuando empezamos, algunos de los chicos decían

⁶¹ Psicóloga coordinadora de Casa Libertad, Cáritas.

que el equipo parecía “la banda del Chavo” porque había más profesionales que liberados en los encuentros. Al principio, nos preguntamos cómo motivarlos para que vinieran, ya que no teníamos muchos recursos económicos ni podíamos ofrecerles un empleo de inmediato. Sabíamos que, con el tiempo y a través de la articulación con el Ministerio, podríamos conseguir becas, pero eso tardaría.

Al principio, cuando les preguntamos por qué estaban allí, las respuestas eran “Para conseguir un trabajo”, “Porque no tengo plata” o, con algo de resentimiento, “Porque me manda la jueza Rita”.

Nos dimos cuenta de que el tiempo nos dio la respuesta. El vínculo y el lazo que creamos con los chicos empezaron a cambiar las respuestas. Quienes al principio venían por un trabajo o dinero, se quedaron. El tiempo pasó y seguían viniendo. Aquello que nuestros prejuicios nos decían que era solo por interés material, resultó no serlo.

De repente, la jueza Rita dejó de ser la protagonista. Ya no estaban allí por obligación, sino porque querían y les hacía bien. Nos dimos cuenta de que el vínculo era fundamental.

Aprendimos que es difícil vivir en libertad, y más aún cuando se ha estado inmerso en el encierro. Por eso, el acompañamiento en el afuera es un aprendizaje crucial.

En función de esto, y como ya se ha adelantado, pronto inauguraremos la Casa Libertad, que llevará el nombre de “Volver a Elegir”. Quiero compartirles por qué elegimos este nombre. El psicólogo Viktor Frankl, prisionero durante el Holocausto, escribió sobre el “hombre en busca de sentido”. Él nos dice que al ser humano se le puede arrebatar todo, excepto una cosa: la última de las libertades humanas, que implica la capacidad de volver a elegir ante diferentes circunstancias.

Como comunidad, lo que queremos transmitir es que creemos en la posibilidad de que cada persona pueda volver a elegir. Lo vemos día a día, y las palabras no alcanzan para describir la alegría que nos produce ver los pasos que cada uno de ellos va dando.

V.7

¿Reinserción social o comunidad organizada?

*Gastón Fabián Heredia*⁶²

Desde hace sesenta años se viene tratando de dar respuestas a la problemática, pero los tiempos han cambiado, las sociedades no son las mismas, corren momentos difíciles, en los que es necesario tomar posturas claras. Por un lado, si se analizan los datos a nivel mundial, el número de personas que usan drogas se elevó a 292 millones en 2022, lo que representa un aumento del 20% en diez años. Tanto a nivel nacional como provincial también se nota en los últimos años un aumento de los consumos de drogas ilegales.

Por otro lado, tenemos que tener en cuenta cómo se han disparado los discursos de reproducción de las desigualdades y de clara violencia, los cuales ponen en jaque derechos conquistados. Es por esto que tenemos que dar batalla, no solo en las prácticas concretas y los territorios que habitamos para acompañar, sino en los órdenes simbólicos y de sentido. Batalla de ideas que el papa Francisco percibió con claridad meridiana y supo dar cuando en estos tiempos individualistas y meritocráticos puso en el centro de la escena la justicia social.

Es necesario llegar a la raíz del problema. De allí que, desde este humilde espacio, queremos poner de relieve otros términos más genéricos, propios de los paradigmas en pugna en estos tiempos en que nos encontramos, tanto en lo nacional como a nivel global. Queremos proponer una dimensión que no solo tenga en cuenta los guarismos y el abordaje de las consecuencias, sino que creemos que es necesario ampliar la mirada hacia una perspectiva que tenga en cuenta el marco general propio de las sociedades de consumo que habitamos en la actualidad.

En las sociedades bajo una lógica capitalista, el consumo es el motor de toda la vida cotidiana; por lo tanto, no solo es adicto el ser que abusa de alguna droga ilegal en particular. Consumos de todo tipo hacen que los seres humanos seamos parte del sistema, un círculo vicioso y patológico de adquisiciones y descartes, que

⁶² Licenciado y docente en antropología.

nos llevan a la alienación e insatisfacción. El exceso es la norma de un rumbo colectivo catastrófico. Según Zygmunt Bauman, consumir es “invertir en la propia pertenencia a la sociedad”, ya que el propósito fundamental y decisivo del consumo es elevar el estatus del consumidor al de un bien de cambio vendible. Aceptando a este enfoque, se puede afirmar que no es por el lado de las carencias, o las incompetencias personales, que una persona cae en el consumo, el reduccionismo de estas perspectivas descarta la causa de raíz social que tiene la problemática.

Enfrentarse a los consumos problemáticos, las adicciones y sus comportamientos no deseados equivale a enfrentarse a las estructuras sociales y culturales que las originan y sustentan, teniendo en cuenta la precariedad material y las exclusiones simbólicas. En este sentido, los caminos de recuperación no pueden ser vistos desde un enfoque individualista y un tratamiento de reduccionismo psicologista, donde la persona hace un proceso personal de recuperación y se reinserta en una sociedad, estimada como mínimamente saludable y sana. Hoy estamos hablando de que un proceso de recuperación tiene que ver con considerar que la sociedad está sumida en el consumismo, en la oferta constante de sustancias de diferente tipo, en la presencia constante de consumos. Y que es esta misma sociedad la que produce estos sujetos y formas de subjetivación.

Entonces, si damos una vuelta de tuerca a la cuestión, podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿reinsertar en qué sociedad? Y esto nos lleva a plantear el problema desde otro enfoque: no es una cuestión de cómo reinsertar a las personas adictas a la sociedad, sino cómo trabajamos para atacar el problema desde su raíz, y para eso hay que cambiar los interrogantes: ¿qué tipo de sociedades habitamos? y ¿qué se puede hacer desde ellas para mejorarlas?

Por eso, desde los “Hogares de Cristo” se plantea que lo que hay que conformar es una “comunidad organizada”, que sirva de germen de una nueva sociedad, un proceso de transformación de la sociedad desde las realidades cotidianas en los territorios. Es en este sentido que se plantea una dicotomía, un parteaguas paradigmático. ¿Qué “modelo” llevar adelante para abordar el problema? Platón utilizó el término para designar un instrumento de mediación entre la realidad y su ideación, la relación entre el Mundo Inteligible y el Mundo de las Cosas. Tomas Kuhn hace referencia a los paradigmas como un consenso implícito, interiorizado e institucionalizado, en cuyo marco se insertan los criterios de acuerdo con los cuales se enjuicia la validez del quehacer de los miembros de una comunidad, proporcionando los problemas de investigación y los modos de abordarlos, así como también criterios

para enjuiciar la validez de las soluciones propuestas, tanto conceptual como práctico. Estos paradigmas y formas de abordaje se muestran en las preguntas del taller: ¿Reinsertar en la sociedad? o ¿Conformar una sociedad organizada de transformación? El camino es claro cuando recurrimos a la frase de Francisco “Nadie se salva solo” y a la consigna motivacional del congreso, “La comunidad se organiza para dar respuesta”.

La relevancia de cambiar de paradigma radica en que este proporciona una visión global de la problemática, de su campo de trabajo, de los posibles problemas a resolver y de los tipos de soluciones posibles. Hay que tener en cuenta que nos encontramos frente a un fenómeno humano multidimensional; por lo tanto, su abordaje requiere de múltiples conocimientos disciplinares, metodologías, herramientas, dispositivos, áreas de trabajo, etc. En este sentido podemos recurrir al concepto de complejidad, que Edgar Morin pone a colación para el abordaje de los problemas sociales. Desde lo disciplinar, epistemológico y metodológico, podríamos decir que, frente a un fenómeno multidimensional, no debemos caer en reduccionismos, o en poner el carro adelante del caballo. Por lo que es necesario un trabajo de interdisciplinariedad, que reúna diferentes disciplinas implicando interacción, intercambio conceptual, cooperación metodológica. Pero hay que tener en cuenta que esta forma de pensar va más allá, planteando que las teorías, los esquemas cognitivos, los métodos, también son polinizados desde los órdenes sociales y culturales en su amplio sentido. Por lo que es necesario hablar de una transdisciplinariedad como un esquema cognitivo que permita “atravesar” las disciplinas. Lo que se plantea es un proceso dialéctico de mutua modificación: no solo un contraste entre disciplinas en interacción, sino además entre las teorías y los órdenes académicos y las prácticas concretas en los territorios.

Es necesario ir más allá de lo disciplinar y construir conocimientos, conceptos, prácticas, sentidos y valoraciones, desde los contextos sociales y culturales, propios de los entornos del mundo de la vida y el plano existencial. Es necesario un trabajo transdisciplinario y en territorio que permita encuentros y acuerdos.

La territorialidad es un concepto fundamental como herramienta para comprender a las personas y los grupos que se relacionan con sus espacios, el cual toma en cuenta las prácticas cotidianas y relaciones sociales y culturales. Cómo se organizan y construyen sus identidades las comunidades, en sus particulares espacios físicos. Desde una perspectiva crítica, se considera al territorio como una construcción social resultado del ejercicio de relaciones de poder. Como señala

David Harvey, “Las relaciones de poder están siempre implicadas en prácticas espaciales y temporales”. Relaciones tanto materiales como simbólicas, resultado de la producción de un espacio que se construye de modo diferencial según vivencias, percepciones y concepciones particulares de los individuos y de los grupos y clases sociales que lo conforman. Esto permite comprender a nuestras territorialidades como superpuestas por diferentes organizaciones que pugnan por el uso y control, generando conflictos.

Se hace necesario así hacer propios los espacios que habitamos mediante la construcción de nuevas prácticas y significados, teniendo en cuenta dos cosas: por un lado, de manera física, la acción de tender redes de articulación entre todas las instituciones y organizaciones. Por otro lado, como trabajo simbólico, la conformación de vasos comunicantes entre las prácticas concretas y el trabajo de teorización, lo territorial situado y sus singularidades, y la academia y sus conceptualizaciones.

Pierre Bourdieu nos mostró la relación de correspondencia que hay entre la interiorización y la institucionalización como procesos interrelacionados, los cuales explican cómo se reproducen las estructuras sociales y las desigualdades en la sociedad. La incorporación de disposiciones, esquemas de percepción, normas y valores, dentro de los ámbitos sociales de pertenencia (*habitus*), conformadas por las instituciones que tienen el poder de consolidarse. Pensemos en las relaciones de poder que se dan en cada uno de nuestros territorios, donde el narcotráfico también conforma redes organizacionales instituidas.

Desde aquí pretendemos tender a lo instituyente, lo novedoso, eso que nace desde la agencia de los actores y sus prácticas concretas en el territorio, desde sus reflexiones críticas y creativas que desde allí se generan, por medio un trabajo colaborativo, y de la conformación de redes dentro del tejido social, articulando distintas instituciones y coordinando un trabajo intersectorial, que plasme con sus acciones un proceso de transformación social y cultural tendiente a generar comunidades organizadas, haciendo de nuestros territorios y comunidades lugares más habitables y vivibles de manera digna.

“Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados, pero al mismo tiempo importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca... estamos todos. Y nadie se salva solo.”

Papa Francisco